Este libro se terminó de imprimir en los Tall. Gráficos Editorial Escorpio, Cabrera 3555, el día 30 de setiembre de 1964, para Ediciones Pampa y Cielo

JORGE ABELARDO RAMOS

LA LUCHA POR UN PARTIDO REVOLUCIONARIO





DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
Librería y Editorial "PLUS ULTRA" S. R. L.
Corrientes 569 - 1º Piso - T. E. 49-0151
Buenos Aires

CAPITULO I - 1955

DESPUES DEL 16 DE JUNIO *

La revolución popular argentina encuentra su primera expresión moderna el 17 de octubre de 1945. Pero los sucesos posteriores de esta revolución resultarían inexplicables si abstraemos el proceso social de nuestro país en los quince años que la preceden. Ese período iniciado con la revolución de setiembre de 1930 y simbolizado con la muerte de Yrigoyen, ha sido llamado la "década infame". ¡Un nombre bien puesto!

La crisis mundial del año 30, las intrigas de los monopolios petroleros y una bien orquestada campaña de la prensa cipaya de Buenos Aires barrieron al radicalismo del poder. El viejo Yrigoyen ya se sobrevivía; su gobierno había agotado todas sus posibilidades internas; en realidad, su segunda presidencia no hizo sino retratar su completa impotencia para hacer frente a las necesidades imperiosas de una política genuinamente nacional. El radicalismo había cumplido su ciclo. Yrigoyen representó de manera confusa, embrionaria pero inequívoca, las exigencias de una burguesía nacional argentina en formación; con el apoyo activo de la clase media urbana y rural, de los artesanos, peones, jornaleros agrícolas y pequeños industriales —y también de muchos estancieros provincianos— el caudillo radical realizó una

* Este artículo se publicó en la revista "Izquierda", Nº 1, de agosto de 1955, un mes y medio antes de la sublevación del general Lonardi en Córdoba, en setiembre del mismo año.

política defensiva, destinada a preservar al país de la extorsión imperialista.

La clase obrera argentina era débil y gran parte de ella, sobre todo en la cosmopolita ciudad de Buenos Aires, seguía las inspiraciones del Partido Socialista, cuya orientación europeizante lo conducía a aislarse de las grandes masas trabajadoras no proletarias del interior. Este partido primero, y el Partido Comunista más tarde, disociaron la lucha de los obreros porteños del destino del país en su conjunto. Cumplían así un papel objetivamente reaccionario dejando en manos de Yrigoyen la bandera de la soberanía nacional y desconectando la batalla proletaria de sus naturales aliados de la pequeña burguesía urbana y rural, expoliadas por el imperialismo y la oligarquía. Al carecer los partidos obreros de una política *nacional* (esto se repetiría en 1945) abandonaron a Yrigoyen el control de las masas populares, para las cuales las consignas puramente "socialistas" carecían de significado concreto.

La revolución de setiembre de 1930, después de un agitado proceso en el que intervinieron los antagonismos anglo-yanquis, perdió el carácter nacionalista-militar que habían pretendido imbuirle sus inspiradores (Uriburu y los nacionalistas del periódico "La Nueva República"), cayendo en manos del viejo equipo conservador oligárquico, ligado al imperialismo inglés y cuya personificación fue Sánchez Sorondo. Así fue como, por medio de elecciones fraudulentas, llegó al gobierno el general Agustín P. Justo, antiguo ministro antipersonalista de Alvear y niño mimado de la oligarquía. Con él se inicia la década infame: el "alvearismo" oligárquico copa el partido radical, los socialistas de Repetto, en alianza con los stalinistas, controlan el movimiento obrero, la oligarquía ganadera goza en paz de su indiscriminado dominio.

Eran los años del Convenio Roca-Runciman, de la entrega de los transportes porteños al capital británico, de las más escandalosas concesiones al imperialismo, de los negociados astronó-

micos. También era la época en que el stalinismo, agente de la política exterior de la burocracia Soviética, practicaba la política de los Frentes Populares. De esta manera ataba el destino de nuestras masas trabajadoras a las necesidades momentáneas del Kremlin, que buscaba por ese medio ganar la buena voluntad anglo-francesa, ante la amenaza de Hitler. La misma palabra "imperialismo" fue excluida del vocabulario político; esa fue la cláusula decisiva en la alianza de hecho pactada por los stalinistas, los socialistas, los radicales cipayos y los demócratas encabezados por Lisandro de la Torre (ídolo de los pequeños ganaderos del Litoral y de los chacareros de la "pampa gringa").

Mientras esto ocurría, los sectores más combativos de la vanguardia obrera se veían obligados a difundir sus ideas por medio de pequeños periódicos de escasa circulación. En sus páginas se atacaba el Frente Popular, la traición a la Revolución Española consumada por el stalinismo y los socialistas ("primero ganar la guerra y luego hacer la revolución"), los preparativos de la segunda guerra imperialista, la entrega del país al capital extranjero y las monstruosas infamias de los Procesos de Moscú. El gobernador Fresco se ufanaba en la provincia de Buenos Aires de su amistad con Mussolini, de la instauración del "voto cantado", y de la liquidación física de los organizadores sindicales. Empleado de los ferrocarriles ingleses, hombre de los ganaderos bonaerenses y admirador de los bandidos fascistas, Fresco simbolizó la abyección de esa época.

Los que habrían de organizar la Unión Democrática, del brazo con el imperialismo, eran los que fundaban en 1933 la Sección Especial e inventaban la picana eléctrica, eran los que deportaban obreros bajo Justo y Ortiz, los que violaban el comicio y vendían científicamente el país. Pese a sus divergencias puramente formales y parlamentarias, la década infame testimonió que la base de acuerdo entre la oligarquía en el poder y los socialistas, radicales y stalinistas en la oposición, era su capitulación común

ante los dictados del imperialismo colonizador. Después de 1945 los volveríamos a ver, todos juntos al fin, en el inmundo pelotón de la "oposición antiperonista" y antiobrera.

El desarrollo industrial y la nueva clase obrera

La crisis mundial del imperialismo —en 1914, 1929 y 1939— proporcionaría un poderoso impulso a la industrialización de los países atrasados. Al quebrarse la corriente tradicional de los productos manufacturados por el imperialismo y también al restringirse las importaciones por la escasez de divisas, la industria argentina experimentó un desarrollo importante. La clase obrera nacional acogió en sus filas a centenares de miles de trabajadores provincianos, sobre todo de las llamadas "provincias pobres", sumidas en la parálisis económica desde hacía décadas. Al incorporarse a la civilización industrial, los trabajadores provincianos modificaron profundamente la composición nacional y política del proletariado de Buenos Aires y sus alrededores. Eran los "cabecitas negras", que sin ningún vínculo con los partidos obreros traidores ni con las viejas organizaciones sindicales influidas por el imperialismo "democrático", venían a crear un nuevo punto de partida para el destino político argentino.

La oligarquía ganadera ya no estaba en condiciones de seguir gobernando un país en proceso de industrialización; el dispositivo social exigía un cambio profundo, una nueva política económica, la protección a la industria, la creación de una flota mercante, la ampliación del mercado interno y la remodelación de nuestras relaciones con el imperialismo. Esto se hizo más evidente a partir del estallido de la segunda guerra mundial. Ortiz representó en ese momento la tendencia "democrática" y Castillo, el vicepresidente, la orientación "reaccionaria". ¿Qué significación real revestían estas figuras? En verdad, el presidente Ortiz, abogado de los ferrocarriles ingleses y proclamado candidato presidencial en

un banquete de la Cámara de Comercio Británica, daba expresión a la corriente oligárquica, tendiente a incorporar nuestro país a la guerra imperialista. Su promesa de "democratizar" el país y de amparar elecciones libres estaba impuesta por el imperialismo: las elecciones libres habrían llevado al poder al radicalismo de Alvear, que bajo la máscara yrigoyenista obedecía a los intereses antinacionales. Con el manto de un gobierno radical "popular", habría sido mucho más fácil declarar la guerra al Eje y enviar a la nueva generación argentina a morir en los campos de Francia.

Pero la clase obrera ya se resistía a esa política. Algunos débiles sectores de la burguesía nacional en formación y de la pequeña burguesía, que carecían de órganos propios, se oponían sordamente a esa orientación. Salvo el efímero diario "Reconquista" —ahogado rápidamente por el imperialismo—, la burguesía nacional no supo, no pudo o no se atrevió a defender su propia consigna de "neutralidad".

En el campo de la pequeña burguesía anti-imperialista, solo los forjistas (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) difundían desde un sótano de la calle Lavalle la divisa: "Los argentinos queremos morir aquí".

En la arena del movimiento obrero, marxista y revolucionario, sólo los que hoy editan la revista "Izquierda" proclamaron su voluntad irrenunciable de combatir la intervención argentina en la guerra imperialista. Con tales consignas salieron, en esos tiempos difíciles, donde la infamia entreguista tenía plenipotencia, los periódicos "La Internacional", la "Nueva Internacional", "Inicial" y "Frente Obrero". Todas esas voces fueron ahogadas por la maquinaria stalinista, cipaya y socialista, que aclamó a Ortiz como al "presidente democrático". Castillo, que ejerció la presidencia luego, por enfermedad de Ortiz, encabezó la tendencia "neutralista", haciéndose intérprete así de los intereses de la burguesía nacional en su conjunto, del pensamiento del ejército y en particular de la

industria. Pero las fuerzas imperialistas en el partido conservador quisieron imponerle un candidato "rupturista". Castillo fue incapaz de enfrentar esta presión. Fue entonces que la juventud militar, que no deseaba mezclar al país en la aventura bélica, salió a la calle el 4 de junio de 1943.

La revolución de palacio

Era un simple motín militar. Pero reflejaba profundas tendencias subterráneas de la economía y de la política. El grupo militar dirigente vivió desgarrándose en luchas intestinas. Su ideología era una aleación de prusianismo, nacionalismo castrense, profascismo y clericalismo. Trataron de hacer una revolución nacional "desde arriba". Protegieron la industria, reordenaron la política económica, practicaron algunas nacionalizaciones. Al mismo tiempo, disolvieron por decreto los partidos políticos sin excepción, clausuraron sindicatos obreros, reprimieron todo género de manifestación política independiente.

El dominio de Hitler sobre Europa parecía inatacable y en modo alguno quimérica su ambicionada conquista del mundo. Los militares estaban impresionados por los éxitos estratégicos del nazismo; se preparaban para reacomodar al país si ese triunfo se consolidaba y se establecía un nuevo orden mundial. Así fue como el nacionalismo fascista alcanzó en el gobierno militar un gran predicamento. Pero por su propia naturaleza, la política económica defensiva del gobierno militar y su nacionalismo manifiesto suscitó inmediatamente la desconfianza del imperialismo, en particular del imperialismo yanqui. Estados Unidos ya se había convertido en el dirigente virtual del bloque aliado. Su vieja política de embolsarse la herencia colonial británica, en América Latina como en todas partes, se veía constreñida por la inesperada aparición de un gobierno militar nacionalista en la América del Sur. A partir de ese momento lanzó una concentrada ofensiva contra el gobierno militar. En ella participaron todos los partidos oligárquicos y las organizaciones socialistas y stalinistas: se condenaba al gobierno como "fascista" en nombre de la "democracia".

Fue evidente que el gobierno no podía resistir con sus solas fuerzas la presión imperialista. La clase obrera se mostraba pasiva y reticente, sin sindicatos, ni orientación alguna. Los llamados socialistas y stalinistas, para movilizarlas contra el gobierno militar, tampoco encontraban ningún eco, pues el proletariado intuía que se quería utilizarlo en contra de sus verdaderos intereses. Del grupo militar dirigente se destacó el entonces coronel Perón, único político del equipo, que al organizar la Secretaría de Trabajo y Previsión, canalizó la movilización obrera, iniciada en defensa de sus condiciones de vida, y facilitó su organización en nuevos y poderosos sindicatos. La realización de esta política, dirigida a encontrar un apoyo interior en la defensa de la soberanía política y económica del país, preparó la transformación del motín militar en revolución de masas.

Las huelgas del 17 y 18 de octubre

La intensidad de la ofensiva imperialista llegó a su fase suprema el 8 de octubre de 1945. Detenido Perón, la clase obrera, hasta ese momento una incógnita en la política nacional, salió el 17 de octubre en un aluvión incontenible, barriendo de las calles, como una marea, la conspiración de la oligarquía. El embajador Braden y los partidos de la Unión Democrática fueron derrotados de manera aplastante. La revolución popular estaba allí. Pero su lucha recién comenzaba. Perón es llevado al gobierno en las elecciones del 24 de febrero de 1946. La Unión Cívica Radical (Junta Reorganizadora), el Partido Laborista y los sindicatos obreros se presentaban unidos a la contienda electoral. La tentativa de gobernar con estos partidos fracasó, ya sea por la

penetración del imperialismo en su seno, por el escaso contingente que implicaban o por la propia lógica de la centralización del poder que distingue a los regímenes bonapartistas. Dichos partidos desaparecieron rápidamente, siendo sustituidos primero por el Partido Unico de la Revolución y luego por el Partido Peronista. Perón no había logrado interesar en su movimiento a ninguna de las viejas formaciones "democráticas" u "obreras", por lo cual se vio obligado a gobernar virtualmente sin partido. El Partido Peronista no fue nunca más que un nombre, pues el capital electoral lo constituían las masas trabajadoras que apoyaban a Perón directamente, sin pasar por dicha agrupación, esencialmente burocrática, de corte burgués, incolora, inodora y arribista por definición y por naturaleza.

En la medida en que el Partido Peronista es un frente único que aspira teóricamente a reunir en un solo movimiento a los obreros, profesionales, industriales, sectores de la clase media del interior, jornaleros agrícolas, etcétera, no está en condiciones de formular un programa coherente. En esa razón radica su insuficiencia ideológica, principal fisura que aprovechan los enemigos de la revolución para rechazar "el peronismo" (que no es el Partido Peronista) como un todo, negando al mismo tiempo la revolución que ruge debajo de él. Tampoco la C.G.T. puede ofrecer un programa político serio, por su carácter de central sindical. La negativa del radicalismo tradicional a integrarse en el movimiento popular de Octubre quitó al peronismo la posibilidad de efectuar una conexión natural con la tradición yrigoyenista, trasladándola a un plano más alto y maduro.

Del mismo modo, la traición de los socialistas y stalinistas a los intereses obreros y nacionales desvinculó al peronismo de toda posibilidad de integrar una ideología y un equipo dirigente nutrido en las ideas propias de la clase obrera. Perón debió sacar de la nada su partido, del mismo modo que su programa. El imperialismo, por su parte, supo aprovechar esta debilidad del

peronismo, utilizando las formas ideológicas tradicionales de la "democracia" burguesa y del "socialismo" puro, pero imbuyéndolas de un contenido reaccionario, es decir, dirigiendo esas ideas contra el peronismo, al que atacan no por sus errores sino por su significación progresiva. La circunstancia de ser por su contenido histórico (tareas democráticas, modernización de los modos de producción, desarrollo del capitalismo, etcétera), un movimiento de carácter burgués, que la burguesía industrial no apoya, y sí el proletariado, plantea al peronismo una contradicción viva y permanente. Ello hace posible la aparición del régimen bonapartista.

La naturaleza del bonapartismo

¿Qué es el bonapartismo en un país semi-colonial? Es el poder personal que se ejerce "por encima" de las clases en pugna, haciendo el papel de "árbitro" entre ellas. En realidad, el contenido social del régimen bonapartista se desprende de la situación concreta del país. Durante la década infame, el general Justo encarnó un bonapartismo que defendía ante todo el sistema agropecuario de la vida argentina. Fue, si así puede decirse, un bonapartismo de los ganaderos, que suprimía mecánicamente (por medio de la dictadura) las contradicciones entre los intereses nacionales de la industria y los intereses agropecuarios, en beneficio de estos últimos. Contaba con la hostilidad de la clase obrera y con el beneplácito del imperialismo. Bajo el régimen peronista, el bonapartismo se orienta hacia la industrialización del país y cuenta con el activo y fundamental apoyo del proletariado. Situación paradojal: el propio industrial burgués que recibe sustanciales beneficios de este sistema, es profundamente adverso al régimen que lo enriquece. El bonapartismo se apoya en la burocracia civil y militar y, en general, en la maquinaria del Estado.

Como en América Latina el Estado es el único elemento "nacional" con cierta fuerza, frente a la potente presencia imperialista

extranjera, suelen provenir del Ejército los políticos burgueses que de una u otra forma resisten al imperialismo (Cárdenas, Perón). Tienden a fortalecer el Estado, precisamente porque la burguesía carece de la fuerza y de la conciencia nacional necesarias para ejercer directamente su dominación. Los partidos políticos generalmente están bajo la influencia imperialista; el proletariado a su vez, es el sector más poderoso del país, tanto por su concentración y conciencia política, como por el hecho de que gran parte de la industria pertenece al capital extranjero o está en manos de industriales nativos influidos por la ideología imperialista. Así es como la clase obrera en América Latina y en Argentina desempeña un importante papel y constituye, en los hechos, la base política en que se apoya el actual jefe bonapartista de la revolución "democrático-burguesa". Por supuesto que Perón oscila constantemente del campo de la revolución al campo de la "estabilización"; este movimiento pendular es una peculiaridad del bonapartismo y se explica fácilmente por la presión que sobre su gobierno ejercen las fuerzas sociales en lucha. Pretender que en un régimen bonapartista su jefe mantenga una política lineal y continua es ignorar de qué manera está sometido al fuego cruzado de las clases sociales antagónicas y del imperialismo.

La hostilidad de la burguesía industrial al peronismo se funda, como ya lo hemos indicado, en que sus componentes son extranjeros o carecen de una conciencia nacional madura; en algunos casos el industrial argentino está ligado a la industria pesada imperialista, o preferiría sus productos, mejores y más baratos. Tal es el caso de muchos sectores de la industria liviana. En otros, son simples filiales de empresas extranjeras que han saltado el cerco aduanero y que rehúsan aceptar la política obrera del peronismo. Esta última, por supuesto, motiva la resistencia general de la burguesía industrial contra el régimen de Perón.

El industrial desearía (¡oh iluso!), un peronismo sin Perón, sin C.G.T., sin "demagogia", sin delegados de fábrica, sin deva-

neos anti-imperialistas. ¡Como si hubiera sido posible enfrentar a la industria imperialista sin esas fuerzas! Solamente porque Perón movilizó a la clase obrera pudo contar con los recursos necesarios para luchar con los grandes imperios de la tierra.

Aunque la clase trabajadora es el respaldo sustancial de su política, no es menos cierto que su principal debilidad radica en la ausencia de una ideología capaz de incorporar a la juventud y a la pequeña burguesía a su movimiento, de "democratizarlo" por la vía ideológica. Este hecho ha pesado hasta hoy como una fatalidad sobre el peronismo. Es justamente dicha crisis ideológica, cuyas raíces históricas hemos explicado anteriormente y cuya responsabilidad recae sobre los viejos partidos "populares" y "obreros", la que ha permitido al imperialismo aglutinar tras la desgarrada bandera "democrática" a los estudiantes y jóvenes de Buenos Aires que constituyen la vanguardia de la oposición cipaya.

Es esta crisis la que ha permitido al infame "socialismo" repettuno y al no menos infame stalinismo de Codovilla sobrevivirse penosamente después de sus colosales traiciones de 1945. Pero las conquistas sustanciales logradas por una década de revolución popular exigen imperiosamente su contrafigura ideológica. Todos los partidos tradicionales del movimiento obrero han muerto históricamente. Ni el Partido Socialista, ni el Partido Comunista están en condiciones de encabezar la tarea urgente del rearme ideológico de la clase obrera. El Partido de Repetto es un agente directo del imperialismo extranjero. El Partido de Codovilla es un agente no menos directo de la burocracia soviética. Nada tienen que ver con el proceso viviente de nuestras luchas.

No hay en este momento un solo partido capaz de asumir la gran tarea de la "revolución ideológica" para preparar los cuadros dirigentes del proletariado argentino. Es preciso crearlo con la ideología del marxismo revolucionario, más viva y aguda que nunca y que ha demostrado su derecho a la existencia en la explicación y previsión del proceso revolucionario desde hace diez

años. Testimonio de ello, creemos, es la revista "Izquierda", continuadora de aquellas luchas y publicaciones de pre-guerra a que hemos aludido anteriormente.

La Iglesia y el imperialismo

Estados Unidos es el baluarte de la contrarrevolución mundial. En sus preparativos para aplastar a China, a la Unión Soviética y a las revoluciones populares de Oriente y América Latina, Wall Street ha encontrado un poderoso aliado en la Santa Sede. Defensor del feudalismo contra la burguesía naciente, aliado de los Imperios opresores y balcanizadores contra la unificación nacional alemana e italiana, enemigo mortal de la clásica Revolución Francesa y del pensamiento moderno, el Papado romano debía estar y está, en efecto, contra las revoluciones democráticas y anti-imperialistas que se desarrollan impetuosamente en todo el mundo.

Así es como en la Argentina se ha enfrentado a las medidas progresivas de Perón, tendientes a emancipar a la mujer, al niño y a los jóvenes de una legislación bárbara. Pero el significado esencial de la lucha clerical contra el pueblo argentino reside en que la Iglesia es el elemento coagulante empleado por el imperialismo para derribar a Perón. No lo han podido voltear como fascista, ni como comunista, ni como "clerical": ¡ahora quieren derribarlo como hereje! Es el imperialismo el que usa estas máscaras sucesivas para aniquilar no sólo a un hombre, sino, ante todo, a las conquistas fundamentales realizadas por la clase obrera argentina en el curso de la revolución democrática. El motín sangriento del 16 de junio se inserta en esta serie causal, que demuestra hasta el crimen el designio imperialista de concluir de una vez por todas con el "peronismo", esto es, con la revolución.

El conflicto con la Iglesia mostró, entre otras cosas, la actitud de los partidos tradicionales, que se nuclearon detrás del hisopo y el dólar, pero por sobre todo, señaló a fuego una nueva traición

de los socialistas y los stalinistas. Los discípulos de Repetto, masones, ateos y laicos profesionales, que hicieron del anticlericalismo un caballito de batalla de diez años, descubrieron de pronto que la Iglesia "estaba perseguida" y que era mucho mejor dejar a Perón quemarse en el intento. ¡La eterna cobardía social-demócrata! Era un cálculo grato al imperialismo. Creían que esta lucha podía conducir a su caída, suprema ambición que hasta ahora no han satisfecho. Así es como vimos el grotesco espectáculo del Partido Comunista tendiendo su mano a los mártires del Episcopado, invitándolos a una lucha común "contra el régimen 'nazi-fascista' argentino".

¡Y ahora el petróleo!

El espectro de Vargas frecuenta los planes del imperialismo. La solución Villarroel es la mejor solución para Wall Street. Pero en la medida que las circunstancias le impiden practicar el crimen político o que fracasa la asonada criminal, el imperialismo concentra su presión sobre los partidos locales y les suministra las fórmulas cotidianas para jaquear a la revolución popular. Ahora se han plegado todos a una ofensiva redoblada para "defender el petróleo". ¡Nada menos que los stalinistas y los radicales se han convertido en los campeones de la soberanía!

Si el gobierno, para conseguir el petróleo requerido por la industria argentina, ofrece concesiones al capital extranjero yanqui, ese es un asunto que es preciso examinar concretamente. Para medir su significación se hace necesario partir de la caracterización general del actual régimen argentino. Si estas concesiones fuesen otorgadas por un gobierno de la oligarquía, nada podría impedir el acrecentamiento de la influencia imperialista en el país. Todo radica en saber quién controla el poder político en los presentes momentos. También Lenin ofreció importantes concesiones a los capitalistas extranjeros, para poner en marcha la agotada

y desorganizada industria rusa. Esas concesiones constituían, como la NEP, un paso atrás. A nadie se le ocurrió acusar a Lenin de "entregar" la revolución. De ahí que el mismo tema del petróleo deba ser sometido no a un examen técnico de la ley (han surgido muchos peritos en estos días) sino a dos preguntas esenciales: ¿Quiénes están en el gobierno? ¿Quiénes son los que hoy "defienden el petróleo argentino"? Esto sería bastante para los revolucionarios independientes. Que los stalinistas, hundidos en el pantano de mil históricas traiciones a los obreros y al país, salgan ahora a pregonar su angustia por la "pérdida" de nuestro petróleo, es una demostración indirecta de la falacia de todo el asunto. Acuden a los buenos oficios de Silenzi de Stagni, ex ministro del fascista Baldrich en Tucumán, durante el gobierno militar, que ahora se ha hecho stalinista.

Liceaga y Frondizi parecen más preocupados en el petróleo que en romper con los agentes del imperialismo que pululan en su mismo partido y que los atan al carro de la reacción. Antes de hablar del petróleo, sería preciso que Liceaga y Frondizi rompan con Santander, Laurencena y Sabattini, que abjuren de la Unión Democrática y que declaren qué piensan de la ley de divorcio y de la separación de la Iglesia y el Estado. ¡Son temas de interés más candente! ¿Será que los cipayos se han vuelto anti-imperialistas y los anti-imperialistas, cipayos? ¿Será que los que actuaron junto al embajador Braden defenderán mejor los intereses nacionales que los que lucharon contra Braden en la calle y en el comicio? No, no hablemos del petróleo, hablemos mejor del conjunto de la situación, del destino de esta revolución y de la necesidad imperiosa de "democratizarla por la izquierda". De una cuestión subordinada al manejo del poder, como es el petróleo, la oposición "democrática" ha hecho toda la cuestión. Una simple cortina de humo que no engaña a sus promotores ni a los obreros.

¡Democratizar por la izquierda!

Diez años han transcurrido desde la revolución de 1945 a la contrarrevolución de 1955. El 16 de junio traza una raya de sangre entre las fuerzas antinacionales y la clase obrera argentina. Las líneas están tendidas y nada podrá confundirlas. Una desdichada expresión de Frondizi contribuye a iluminar más aún el panorama. Hace un año se aventuró a manifestar que si algunos opositores estaban en contra de Perón, era porque consideraban que en nuestro país se había producido una revolución; los radicales, en cambio, eran antiperonistas porque estimaban que el peronismo era el signo de una contrarrevolución. Marxistas pro-imperialistas, internacionalistas cipayos de todas las escuelas y muchos otros revolucionarios conservadores coinciden en esa apreciación. Así se establece una división del trabajo entre las fuerzas que directa o indirectamente sirven al imperialismo en la Argentina. Sea por la "izquierda" o sea por la "derecha", por "revolucionario" o "contrarrevolucionario", es preciso aniquilar al régimen apoyado por las masas.

La política de pacificación no ha servido sino para dar expresión a la guerra abierta. ¡La Unión Democrática está reconstituida! La oposición pro-imperialista se ha lanzado después del 16 de junio a proclamar que "si la revolución está vencida, el gobierno está muerto". Pero el proletariado no ha golpeado todavía la mesa con sus puños. A la campaña por las "libertades democráticas" se ha sumado la Iglesia romana, que no logrará santificar esta empresa, puesto que su más claro designio es concluir con la soberanía del país y con la gravitación política de la clase obrera. La lucha contra el clericalismo no ha sido sino la lucha por reintegrar al país su verdadera fisonomía democrática. Como herencia del período juniano, en que la revolución buscaba cumplir "desde arriba" y con estilo castrense las tareas nacionales, la Iglesia había quedado como una excrecencia cada vez más ex-

traña al espíritu y al sentido del proceso revolucionario. Si dio su carácter ideológico al motín militar, ya no podía reflejar la revolución del pueblo. Pero la burocracia peronista, improvisada sobre la marcha, en su mayoría sin conciencia nacional y, por el contrario, hostil al gobierno que la emplea, no estaba en condiciones de librar una batalla ideológica con el clericalismo, ni lo está, en general, para entablar ninguna otra. Tanto los partidos burgueses tradicionales como los funcionarios de la administración estatal han sido educados y formados por el "antiguo régimen", esto es, imbuidos de la ideología cipaya-imperialista, que no ha sido suplantada por ninguna otra capaz de integrar en una visión moderna las necesidades nacionales del país. Sólo el marxismo revolucionario puede remontar esta crisis ideológica de la revolución. Nuestra tarea preeminente será educar a la nueva generación en el espíritu del socialismo revolucionario, enraizándolo profundamente en las entrañas de nuestro pueblo y de América Latina, la patria grande y la meta de nuestra unificación redentora. Tal es el objetivo que se abre hoy ante nuestros ojos. Sin partido obrero independiente no habrá salida para la revolución popular argentina. Pero no podrá formarse ese partido sin una teoría revolucionaria que eduque los cuadros preliminares, los galvanice y los prepare para desempeñar un papel en la vida nacional.

El imperialismo se prepara para derribar el gran baluarte de la revolución latinoamericana que los obreros argentinos sostienen en el Sur del continente. Es más imperioso que nunca agruparse alrededor de la revista "Izquierda" para preparar la construcción de un gran partido independiente de la clase trabajadora. ¡Paso a la juventud! ¡Por la revolución ideológica! La vieja izquierda cipaya ha muerto. ¡Forjemos una nueva, bajo la bandera de la revolución nacional latinoamericana!

GOLPE DE TIMON HACIA LA IZQUIERDA *

El 31 de agosto fue la respuesta que la clase obrera argentina ofreció a la asonada imperialista del 16 de junio. Después del baño de sangre que los aviadores cipayos brindaron en la dramática jornada, pareció abrirse un período de retroceso en el proceso revolucionario. Todos los agoreros de la política se apresuraron a comunicar al mundo que si la revolución estaba vencida, el gobierno había muerto.

El análisis de las fuerzas sociales en presencia fue sustituido por la anécdota supuestamente originada en los círculos áulicos. Los estadistas sin empleo manipulaban incansablemente el rumor en la misma medida que renunciaban a comprender la lógica interna del desarrollo. Los desplazamientos administrativos del aparato estatal eran objeto de hondas cavilaciones. Perón "estaba en manos de los militares"; la marina "seguía sublevada"; el ejército "imponía condiciones"; la era de la C.G.T. "había concluido"; la revolución se deslizaba hacia su ocaso por la vía fría; al traducir sus deseos por realidades el imperialismo y sus agentes nativos no cometían ni el primero ni el último de sus errores fatales.

El 16 de junio había constituido la prueba más evidente del odio frenético de las fuerzas antinacionales contra el proletariado. La política de "pacificación" pareció a los bandidos derrotados el signo de un "cambio". Las bombas —susurraban estos tristes profetas— habrían persuadido al Presidente de la República que

* Publicado en la revista "Izquierda", Nº 2, de setiembre de 1955. Al día siguiente, el 16 de setiembre, estallaba la contrarrevolución oligárquica.

la Revolución había cumplido sus fines y que en consecuencia se imponía la tarea de "democratizar" el país, con el objeto de que los partidos directa o indirectamente asociados al imperialismo extranjero o a la burocracia soviética, gozasen pacíficamente las ventajas del parlamentarismo clásico. Los acontecimientos demostraron fehacientemente que no sólo la Revolución no había terminado, sino que en realidad se disponía a iniciar una nueva etapa en su desarrollo histórico.

La amenaza creciente de la conspiración imperialista después del 16 de junio obligó al régimen bonapartista a comprender dos cosas: Primero, que era impostergable proceder a una democratización de su propia base, en primer lugar del Partido Peronista. En segundo lugar, que no sólo la C.G.T. debía continuar gravitando en los problemas políticos y económicos del país, sino que la participación obrera en estas cuestiones debía hacerse más amplia, elástica y profunda, puesto que el proletariado constituye la columna vertebral del proceso revolucionario.

La suplantación de Teisaire por Leloir fue el primer signo del nuevo curso político hacia la izquierda. Charlatanes de todo orden se apresuraron a designar a Leloir como "oligarca", en virtud de su condición de ganadero, vulgaridad que ni merecería el análisis si en el fondo no tradujera el pensamiento secreto de estos críticos superficiales; si un ganadero —pensaron— es colocado a la cabeza del Partido Peronista, la "democratización a la cipaya" es segura. Sin embargo, Leloir representaba, como fue haciéndose cada día más evidente, a las tendencias del radicalismo yrigoyenista tradicional, nacionalista y democrático, proteccionista y antiimperialista. Como no podía ser de otro modo, ese radicalismo había encontrado su cauce histórico en las filas de Forja, durante la década infame, tendencia que se incorporó naturalmente al proceso de la Revolución Popular desde 1945.

Los Forjistas han dado un paso al frente y este hecho se liga férreamente al proceso de democratización efectiva que está sufriendo el Partido Peronista, única vía para dotarlo de una bandera nacionalista y democrático-burguesa acorde con su significación social. Teisaire y su equipo encarnaban cabalmente el período funesto de la burocracia pura y sin pasado enquistada en el aparato estatal y en el Partido Peronista. En un artículo publicado en el N° 1 de la revista "Izquierda" calificábamos al Partido Peronista en la era de Teisaire como "esencialmente burocrático, de corte burgués, incoloro, inodoro y arribista por definición y naturaleza".

La crisis del 16 de junio ha permitido el resurgimiento de las tendencias auténticamente nacionales y antiimperialistas, que vivían sofocadas bajo la lápida del burocratismo triunfante en los últimos ocho años.

La ofensiva ideológica del peronismo

Por primera vez en mucho tiempo, si dejamos a un lado los discursos personales de Perón, el Partido Peronista pasa a la ofensiva ideológica. Este hecho reviste una gran importancia política al proyectar el debate de todos los problemas argentinos al campo de las ideas. Los discursos de Leloir, de Cooke y de Bustos Fierro, son notablemente ilustrativos a este respecto, puesto que tienden a conectar el movimiento nacional peronista con las tentativas precedentes en la historia argentina y con movimientos más o menos similares en América Latina y el resto del mundo. Con esto se demuestra que, en realidad, el peronismo no es sino la expresión argentina del vasto ciclo de revoluciones nacionales contemporáneas que están haciendo vacilar los fundamentos mismos del imperialismo mundial.

Este entronque histórico, particularmente evidenciado en el discurso de Bustos Fierro, constituye la más importante batalla que haya librado hasta hoy el nacionalismo burgués contra los agentes imperialistas en la Argentina. Puede afirmarse en ese sentido que el actual equipo dirigente del movimiento peronista

tiende a cerrar la gran fisura ideológica que debilitó a ese movimiento durante la mayor parte de su existencia. La transformación del Partido Peronista en un verdadero partido nacionalista burgués plantea nuevamente, con renovado vigor, la consigna del Frente Unico Antiimperialista, alrededor de la cual deberían agruparse todos los partidos, grupos y organizaciones nacionales, proletarias y revolucionarias que aspiren a llevar hasta el fin la bandera de la revolución popular argentina.

Confírmase así la incomparable justeza de las posiciones y análisis que del peronismo y del moderno proceso político argentino hicieran desde 1945 los periódicos "Frente Obrero", la revista "Octubre" y, más recientemente, la revista "Izquierda", que al representar en el seno de la revolución los intereses históricos de la clase obrera, bajo la forma de una vanguardia consciente, obtuvo las más considerables victorias intelectuales del proceso revolucionario. Es en estos triunfos teóricos del marxismo donde puede anticiparse la inevitabilidad de la formación de un genuino partido obrero en el país.

A la luz de los ardientes acontecimientos actuales queda bien al desnudo la verdadera significación imperialista de aquellas calumnias y aquel barro que cubrieron a los redactores de "Frente Obrero" y de "Octubre" en 1945, procedente de la canalla cipaya, "marxista" o seudo-internacionalista. Aunque las calumnias no han terminado, su carácter contrarrevolucionario ya no ofrece dudas. La confirmación resonante de nuestros análisis, sometidos a la prueba de fuego de diez años, constituye nuestro escudo sin mácula.

La confusión del pequeño burgués

La formidable demostración de masas del 31 de agosto demostró, por otra parte, que nuestro proletariado está de pie, dispuesto a defender irrenunciablemente sus conquistas revolucionarias. El pequeño burgués superficial, sólo advierte en estos vigorosos episodios la adhesión incondicional a un político. Pero el pequeño burgués pasa por alto el hecho de que todos los grandes movimientos que remueven hasta el fondo una sociedad cristalizan sus aspiraciones e ideales en un hombre. Ese jefe, caudillo o monarca, según las circunstancias históricas o nacionales, encarna un sistema de intereses y de experiencias vitales de las clases o las masas.

Al pequeño burgués trivial le indignan los rasgos idolátricos de este fenómeno, olvidándose de examinar sus raíces materiales, que permitirían explicarlos. El pequeño burgués "progresista" o el incauto lector que lee "Propósitos" o las publicaciones stalinistas, no experimenta la misma indignación cuando advierte que en las manifestaciones de Moscú, inmensas multitudes pasean miles de retratos gigantescos de Stalin. En este país nadie ha llamado a Perón, ni aún sus partidarios más exaltados, "Padre de los Pueblos" o "Sol de las Naciones". Sin embargo, durante el cuarto de siglo en que Stalin ejerció su dictadura en Rusia, eran éstas las expresiones habituales en toda la prensa soviética. Lo mismo podría decirse de la época de Yrigoyen. Más importante que reunir una antología de ditirambos al Jefe de Estado para ridiculizar el movimiento que encarna, es estudiar las razones históricas, económicas y sociales que permitieron a un jefe militar transformarse en un caudillo popular.

La pequeña burguesía imperialista ha olvidado que la gigantesca traición que los socialistas y stalinistas cometieron contra el pueblo argentino en 1945 determinó, si así puede decirse, la formación del gran capital político del peronismo.

El imperialismo y el clero

La lucha contra el clericalismo en la Argentina, la sanción de las leyes progresistas que la caracterizaron y la convocatoria a la Convención Constituyente para separar la Iglesia del Es-

tado, han creado un frente único de todas las fuerzas oligárquicas e imperialistas con el fin de derribar al régimen revolucionario. Esta coalición produjo el 16 de junio. El sangriento motín evidenció la peligrosidad criminal de la Iglesia y sus connivencias con sectores militares. Tal circunstancia obligó al régimen bonapartista a articular democráticamente su propia base y a promover un debate ideológico de gran vuelo. La aparición del equipo de radicales revolucionarios al frente del Partido Peronista, provocó a su vez las furias desatadas de la cohorte imperialista, que ejerció una poderosa presión hasta en las cumbres mismas del aparato estatal y que llegó a jaquear al propio Jefe de Estado. Así fue como se produjo la renuncia del 31 de agosto y la subsiguiente movilización de masas, convocadas por Perón como una tentativa para demostrar ante la República, las fuerzas armadas, la burocracia y el imperialismo, que contaba con el enérgico apoyo de la inmensa mayoría del pueblo argentino.

La contraofensiva política de Perón lo llevó a destacar de una manera inequívoca el papel preeminente que la C.G.T. desempeña en la estabilidad y consolidación de las conquistas revolucionarias. La concentrada violencia con que la oposición cipaya imperialista lucha contra el gobierno argentino, no sólo tiene un fundamento interior. En la medida en que los viejos partidos —radicalismo alvearista, conservador, socialista y comunista— son la prolongación de los intereses imperialistas o prosoviéticos en nuestro país, las modificaciones de la política mundial se expresan en la realidad argentina.

Las consecuencias de Ginebra

La Conferencia de Ginebra abrió una etapa de paz negociada entre Oriente y Occidente. Estados Unidos, baluarte de la contrarrevolución mundial, encontró en la delegación rusa la mejor disposición para llegar a un acuerdo provisorio sobre los problemas más importantes del planeta. El imperialismo yanqui ve postergada así, por un plazo que no puede de antemano definirse, el desencadenamiento de la tercera guerra mundial. La paz en Europa, por más precaria que sea, del mismo modo que las tentativas de acuerdo con Mao Tsé Tung en China, dejan al imperialismo yanqui las manos libres para resolver sus problemas en el resto del mundo. Como ha sido la costumbre tradicional de la burocracia soviética, el destino de América Latina la tiene sin cuidado. Al estar fuera de su cinturón defensivo, el pueblo latinoamericano sólo interesa a la burocracia soviética como masa de maniobra en su diálogo con el imperialismo. De ahí que la conferencia de Ginebra tienda, en lo que a nuestro destino latinoamericano se refiere, a replantear una renovada ofensiva imperialista yanqui en el continente. Neutralizados circunstancialmente en Europa, los Estados Unidos vuelven sus ojos a América Latina y se disponen a liquidar con sus propios métodos los regímenes nacionalistas democráticos que hasta ahora no ha podido vencer y que en virtud de la tensa situación internacional se había resignado temporalmente a reconocer. Estamos en presencia de una nueva ofensiva imperialista interior y exterior cuyo propósito central es derribar del poder a Perón, decapitar a la C.G.T., destruir el movimiento obrero argentino y restablecer el equilibrio de fuerzas en nuestro país en directo beneficio de los partidos cipayos.

Milicias obreras

La reciente proposición de la C.G.T. de ofrecer al Ejército las reservas obreras para defender la Constitución y las autoridades constituidas, son el primer paso hacia la organización de las milicias obreras armadas que habrán de constituir el inconmovible bastión de la Revolución Popular argentina. Nosotros dirigimos

nuestro ardiente saludo de combate a la poderosa central obrera de nuestro país y la invitamos a seguir adelante en el largo y heroico camino que se abre a la revolución democrática. En estos momentos, la burguesía industrial, la burguesía comercial, los importadores y exportadores, la oligarquía ganadera, los partidos políticos cipayos y la Iglesia Católica han sellado su "Unión sagrada".

El imperialismo y sus agentes están resueltos a todo para voltear el régimen de la revolución. La formación de las milicias obreras armadas habrá de constituir la más adecuada réplica frente a todo "putsch" reaccionario.

Es preciso ahora completar la lucha contra la oligarquía que financia el terrorismo de sus hijos, con medidas que destruyan de una vez por todas su poder económico. La expropiación de las estancias, su transformación en cooperativas, la federalización del Gran Buenos Aires, la nacionalización de los frigoríficos, asestarán un gran golpe a las fuerzas antinacionales y acentuarán el proceso de democratización económica de la Argentina.

Frente a toda tentativa del imperialismo de jaquear al movimiento nacional y popular, hay que disponerse a devolver golpe por golpe. Los muertos del 16 de junio son muertos sin sepultura. A los "demócratas" imperialistas, a los nacionalistas oligárquicos vendidos a Wall Street, a los socialistas sin socialismo y a los comunistas de la traición permanente, el proletariado argentino les contesta: el fusil en el hombro del obrero es la única garantía de la democracia.

CAPITULO II - 1958

LA IDEOLOGIA MILITAR, DESDE ROCA A ARAMBURU *

En las horas tenebrosas de la Guerra del Paraguay, el joven Roca leía a Tácito, junto al vivac. Soldados legendarios como Racedo construían el Ejército y alimentaban su tradición popular participando en los fogones donde Martín Fierro cantaba sus últimas coplas. Ese Ejército criollo nacido en las invasiones inglesas, endurecido o diezmado en las guerras de la Independencia y del Imperio, en las luchas civiles, en los bloqueos internacionales, en Cepeda, Pavón y los Corrales, ha desaparecido, tragado por el abismo de la historia. Un ayudante de Roca, el general Ricchieri, bajo la inspiración del notable tucumano, implantó hace medio siglo la Ley del Servicio Militar obligatorio, pivote, junto con la enseñanza gratuita y laica, de la democratización de la vida argentina. Pero como el Ejército no puede sino reflejar la sociedad que lo nutre, forzoso es concluir que las fuerzas armadas han manifestado siempre en nuestro país no una ideología pura y simple, sino ante todo las influencias dimanantes de cada época. De aquel Ejército de Roca, que heredaba la tradición viva de los montoneros y de las legiones gauchescas, hemos

* Publicado en la revista "Política", 1ª época, Nº 1, octubre de 1958.

venido a parar a un Ejército que admite en sus filas al general Luis Rodolfo González, el célebre disertante del Círculo Militar e interventor de la cadena de diarios. Bastaría esta mención para medir la dramática crisis ideológica de nuestro Ejército. La indiscutible influencia que los cuadros de oficiales ejercen todavía en la política argentina, aun en pleno "Estado de Derecho" justifica esta nota y obliga a remontar la mirada para esclarecer el origen del ejército argentino, que los epígonos del general González se empeñan en ocultar. La "tarea específica" y el carácter "democrático" de las fuerzas armadas disfrazan en nuestros países el designio imperialista y oligárquico de separar los medios de los fines, el fusil de la conciencia nacional, el pueblo del Ejército. A los "democráticos" se unen los "nacionalistas". Estos últimos, impregnados de la ideología apolillada de Charles Maurras, del Vaticano y del Duce, económicamente industrialistas y políticamente reaccionarios, aspiran a un Ejército todopoderoso, elevado por encima de la sociedad; un jefe providencial es su necesaria consecuencia, y su espada, unida a la Cruz de Roma, sería la suprema garantía de un Estado justo y jerarquizado. Allá abajo, en el verde valle medieval, el pueblo, beneficiario feliz de un régimen patriarcal al estilo de Oliveira Salazar o de Franco. Unos y otros no responden ya a los tiempos. El Ejército argentino no fue así en el pasado, y tampoco lo será en el porvenir. Se trata de dos formas especiales de confundir a los oficiales y al pueblo mismo sobre la historia de las fuerzas armadas y su programa, en una época decisiva donde se enfrentan poderosos grupos imperialistas y países semicoloniales que pugnan por liberarse de su yugo.

De San Martín a Roca

El siglo XIX engendra el movimiento de las nacionalidades y San Martín viaja a América para contribuir a la fundación de un gran Estado latinoamericano. La Logia Lautaro, a la que perteneció, perseguía esos fines y no tenía el carácter reaccionario y proimperialista de las masonerías modernas. Del mismo modo, las fracciones políticas del Ejército que proponen la candidatura de Sarmiento a la Presidencia, hastiadas de la carnicería mitrista en el Paraguay, si bien es cierto que eran liberales, no eran antinacionales, como afirman los clericales de nuestros días, porque no siempre ni en todas partes el liberalismo burgués marchó contra la corriente de la historia. Muy por el contrario, expresó las fuerzas del progreso, a semejanza del cristianismo, que después de haber sido un vasto movimiento de clases oprimidas, se transformó en un bastión del viejo orden y en el brazo espiritual de todos los opresores. Desempeña esta amable tarea desde hace quince siglos. La verdadera tradición del Ejército argentino es nacionalista, popular y democrática. Cuando el liberalismo se transforma en expresión política de la oligarquía, sobre todo a partir de la presidencia de Quintana, el liberalismo pierde su nacionalismo; y veinte años más tarde surge un nuevo nacionalismo antiliberal, impopular y antidemocrático, epifenómeno ideológico de los totalitarismos europeos. El divorcio entre nacionalismo y liberalismo influyó en el Ejército, puesto que se trataba de un fenómeno general, y los militares fueron "democráticos" a la manera del general González o "nacionalistas" a la manera de Uriburu, Lonardi o Bengoa.

El Ejército en Tiempos de Yrigoyen

Cuando la inmigración y la penetración imperialista hacen palidecer la estrella de Roca, la vieja sociedad argentina precapitalista intenta sobrevivirse políticamente en un nuevo movimiento, que también abrazaba los nuevos sectores de la nacionalidad en formación. El Ejército reflejará esa fusión. Si un General Levalle era bastante raro en el ochenta y tantos, un Richieri a prin-

cipios de siglo indicará que los descendientes del inmigrante integran ya la reserva nacional por excelencia: los cuadros del Ejército. Era un hecho auspicioso, y un triunfo de la capacidad asimilativa de los argentinos frente a colectividades europeas renuentes a la integración con el joven país. Yrigoyen fue el símbolo político de ese proceso de mixturación. Y los oficiales que habían combatido a lanza en la Argentina de ayer, estudiaban balística con las becas que les daba Roca, a quien apoyaron cuando los trece ranchos provincianos marcharon sobre la soberanía de Buenos Aires para nacionalizarla de una vez y realizar la profecía de Alberdi: la Grande Argentina con Buenos Aires por Capital. Guerreros gauchos como Calaza, que usaban bota de potro bajo los pantalones planchados, doblegaron a la oligarquía portuaria e hicieron de la gran ciudad un patrimonio común de los argentinos. Yrigoyen recibió ese Ejército, que era tanto una fuerza armada como el partido político de Roca; y el genio de este último comprendió que su hora había llegado al entregar a Yrigoyen, por medio de Ricchieri, y discretamente, la inmensa heredad del criollaje del Norte. Véanse los recuerdos de Ricardo Caballero a este respecto. Yrigoyen era un caudillo civil; la edad de hierro quedaba atrás, pero debió manejarse, no obstante, con el ejército, que lo respaldó frente a las maniobras de la oligarquía despechada. Los oficiales, cadetes en los tiempos de Roca, enseñaron a los cadetes nuevos que el movimiento popular en el poder era constitucional, y debía respetarse. No había comandos paralelos en esos días. El Presidente no sólo era el "Jefe Supremo de la Nación", como lo establecía además de la Constitución una vieja tradición argentina, sino también el "Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas". Por eso Yrigoyen pudo gobernar durante dos presidencias, sin que el Ejército lo traicionara. Y si el 6 de setiembre un general retirado lo volteó, no fue precisamente porque el general Dellepiane no supiera ni quisiera resistir —sobrados medios tenía para deshacer con una mano la farsa aristocrática— sino porque el yrigoyenismo como tal había irremisiblemente concluido para la historia.

La generación militar de 1930

El nacionalismo popular de Yrigoyen había sido ahogado por la heterogeneidad social del movimiento que lo sustentaba, y por las vacilaciones del caudillo estanciero. La crisis mundial de 1929 le infligió el golpe de gracia. La prensa venal, vendida en su conjunto a las grandes fuerzas imperialistas, organizó el escándalo. La juventud militar que hace su carrera durante la década del 30 presencia el triunfo indisputado de la oligarquía más cínica y cerril. Un general, Agustín P. Justo, es la personificación de un Ejército "específico", "apolítico" y "profesional", que tolera y apoya las más grandes infamias antinacionales de que haya memoria en sus anales. Un ministro de Guerra, el general Rodríguez, llamado por solícitos exégetas el "hombre del deber", crea la doctrina del carácter eminentemente profesional y aséptico de la carrera militar. Esa doctrina permite a la pandilla civilista y oligárquica vender sistemáticamente la soberanía económica de la Nación. Mientras todo esto ocurre, la oficialidad se recluye en sus cuarteles y se limita a observar el panorama nacional e internacional. En ese momento, las potencias fascistas, que se autodeterminaban "naciones proletarias", desarrollaban la campaña preliminar a la segunda guerra imperialista. La circunstancia de que los ingleses eran los beneficiarios exclusivos del régimen oligárquico argentino, originó una corriente de simpatía de la nueva generación del Ejército hacia los adversarios de nuestros opresores directos. Esta simpatía se teñía con un nacionalismo vernáculo, rosista, hispanizante. No se trataba en verdad sino de una reacción puramente defensiva, puesto que la influencia de los totalitarismos europeos, aspirantes a opresores, se contradecía con el carácter argentino del nacionalismo popular necesario.

Era una variante de la colonización espiritual argentina en las filas del Ejército. Y como el radicalismo había caído en manos del antipersonalismo cipayo, encarnado por Alvear, los oficiales se convirtieron en los únicos nacionalistas de la República; FORJA estaba ahogada por la propaganda entreguista y "democrática". Y el socialismo revolucionario, representante de los intereses históricos de la clase obrera y heredero del socialismo nacional planteado hacia medio siglo por Manuel Ugarte, estaba en pañales.

Los hombres del 4 de Junio

En tales circunstancias, el grupo de coroneles que en 1930 eran capitanes —Perón, Silva, Sosa, Molina, Lucero, González— asesta al viejo régimen tambaleante del golpe del 4 de junio de 1943. Sabían muy poco y estaban llenos de ideas confusas, pero lo poco que sabían lo llevaron a cabo. Las ideas confusas —autoritarismo, clericalismo— quedaron en el camino, junto con los asesores nacionalistas que las propagaban. Lo otro ingresó para siempre en la política argentina. Era simplemente, la idea de la "industrialización de Estado" como parte de la práctica gubernamental. La segunda idea, movilización de la clase obrera vendría a sostener la primera. Y esto ocurrió el 17 de octubre de 1945. El coronel que vio mejor y más lejos el poder intrínseco derivado de una asociación de las dos ideas, fue Juan Domingo Perón. Ese fue todo su secreto, pero había que tenerlo. No lo llevaba consigo desde su nacimiento como Júpiter a Minerva, pero supo descubrirlo en la marejada. Aquella generación militar nacionalista madurada entre el 30 y el 43, se hizo en su mayor parte, peronista. En su origen, el peronismo fue una alianza entre el Ejército y el Pueblo. Hacia mucho tiempo que esa formidable fusión se había perdido, y en un país semicolonial, cercado e indefenso, era la fórmula.

Sin embargo, tan sólo doce años fueron suficientes para aniquilar a esa generación y a sus jefes. Las razones de ese hundimiento son múltiples, pero pueden reducirse a una sola: el peronismo llevó adelante una revolución incruenta en condiciones de prosperidad general; pero no podía funcionar en tiempos difíciles, a menos que llevara los confusos postulados de su doctrina más allá de los límites burgueses fijados por su jefe. Al no preparar al país políticamente para experimentar las nuevas tareas, al no plantear los fundamentos de una genuina ideología revolucionaria, Perón dejó en manos de la oposición todo el viejo arsenal oxidado de la "democracia", así como había dejado en pie a la CADE y a las estancias, a los frigoríficos y al poder económico de la burguesía comercial. Se detuvo en la mitad del camino. Y el Ejército no supo qué hacer. Los mejores ideólogos que tenía Perón eran nacionalistas católicos, y el catolicismo era su programa, un programa antiguo y prestigioso, el metro de plata para todas las dificultades inexplicables. El conflicto con la Iglesia hizo del jefe militar un apóstata. Los oficiales descubrieron un día que ya no entendían nada; y cuando Perón descubrió que con la ayuda norteamericana podía extraer petróleo y zafarse de los ingleses, se hizo una coalición con respuestas para todos los participantes: a los militares la Fe y el petróleo, y a los otros, a la ralea de Santander, las "libertades democráticas" y el paralelo 42. Los ingleses unieron a masones y clericales, a nacionalistas y contrabandistas y organizaron el 16 de setiembre. El Ejército cayó en la trampa, y ya no se repuso.

Lonardi, Aramburu, Solanas Pacheco

Como Lonardi se había levantado contra Perón, los peronistas que habían permanecido en el Ejército en silencio, no lo quisieron sostener cuando les pidió ayuda en la noche del 13 de noviembre. Aramburu, después de derribar a Lonardi, depuró el Ejército de

peronistas. No a todos, por supuesto, pues muchos de ellos quedan, pero arrinconados. Entre los que quedaron está Aramburu mismo, que ostenta su grado de general discernido en tiempos de Perón. Porque Aramburu pertenece, al fin y al cabo, a esa generación que sostuvo al régimen peronista y que contribuyó a modelarlo. Aramburu podría ser calificado como un peronista de extrema derecha, uno de los tantos reaccionarios que cobijaba el gobierno de Perón y que le confería un carácter tan contradictorio. Cuando Rojas, prototipo de los que llevan el luto por Nelson con verdadera unción, clamaba desde el gobierno contra aquellos funcionarios subalternos que no se apresuraban "a desmontar la maquinaria totalitaria", se estaba refiriendo precisamente a todo el dispositivo administrativo de la Argentina moderna, a ese Estado y a esa burocracia (nacionalismo pasivo) que representaban a su modo un dique de contención a la libre empresa y a las maniobras del imperialismo extranjero. Aramburu expresó en el gobierno ese poder moderador, una temerosa política burguesa sin obreros, ni sindicatos, repleta de concesiones a la oligarquía, pero que no era la oligarquía misma, la que ya no podrá gobernar jamás este país. El Ejército, después de Aramburu, ha quedado en estado de asamblea, completamente confundido, diezmado y a la defensiva. Tiene horror a la simple idea de un golpe de Estado, que le susurran las raleadas huestes gorilas. El gobierno de Frondizi reposa en esa confusión, y en este desaliento encuentra su fuerza. La burguesía industrial, por medio del grupo Frigerio, intenta tranquilizar a los oficiales, y se hace devota. Ignora, a su turno, que los oficiales jóvenes no lo han sido nunca, y que la "política espiritual" de Frondizi los intranquiliza más que sus medidas temporales (petróleo, Dinie, etc.) impuestas por las circunstancias y también por la cobardía de los pequeños burgueses fubistas en la Casa de Gobierno. El país necesita una ideología moderna; y el Ejército también, puesto que la "guerra es la continuación de la política, aunque por otros medios". El

ejército de un país semicolonial, situado en el extremo austral de un continente periférico, no puede permanecer ajeno al debate de los grandes problemas nacionales. Los acontecimientos mundiales del porvenir harán de América Latina el campo geográfico de la historia. La nueva generación militar, junto al pueblo del que ha salido, debe prepararse a contribuir a la segunda emancipación del continente. Tampoco debe olvidar que el proletariado argentino está llamado a dirigir esa campaña que inició hace más de un siglo José de San Martín. Nuevas ideas guiarán viejas tareas.

EL OCASO DEL NACIONALISMO OLIGARQUICO *

El nacionalismo se revuelve en una dolorosa crisis. Se ha desgarrado en dos polos: los que se integran y los que no se integran. Entre los primeros deben mencionarse a los "pólipos del presupuesto": Amadeo, Estrada, Etchecopar, que han unido en una trilogía indispensable la infalibilidad papal, el culto a Rosas y la amistad con Estados Unidos. Frondizi es su Alá y Frigerio su profeta. Tristes son los tiempos y este ocaso es patético. En cuanto a los otros, lanzan espumarajos de furor. Son los últimos restos de aquella soldadesca política exaltada que rodeó a Uriburu, aprendió en la prosa traducida de "La Nueva República" los énfasis maurrasianos y reapareció durante el gobierno militar, en 1943, como el cerebro teologal de los militares pundonorosos.

Aquellos monárquicos de "Sol y Luna" pregonan ahora desde

* Publicado en la revista "Política", 1ª época, Nº 8, diciembre de 1958.

"Azul y Blanco" las excelencias de la dictadura; y sus amargas invectivas contra la democracia burguesa, o la democracia a secas, resuena hoy como la música de su propio Requiem. Porque a estos nacionalistas argentinos les ha ocurrido algo muy singular: surgieron durante la época del predominio mundial del totalitarismo y en nombre de los intereses nacionales adoptaron fórmulas extrañas, compulsivas y repulsivas. Participaron en las tres revoluciones del último cuarto de siglo y fueron sucesivamente depurados de los gobiernos triunfantes, sin miramientos. El único régimen que los toleró, en cierto sentido los asimiló y les hizo gustar el fascinante perfume del poder, fue el de Perón; y fue a ese gobierno precisamente al que ayudaron a voltear. ¿Cómo no rebelarse contra el destino? ¿Cómo no destilar ese humor bilioso que los distingue, cómo no injuriar a la perversa realidad que los excluye? ¿Y cómo no atribuir a fuerzas diabólicas (intimamente entrelazadas), la culpa de estas tribulaciones y extravíos? La masonería, el marxismo, el liberalismo, los judíos y el capitalismo serían las múltiples cabezas de un monstruo universal que los persigue. A la manera de los pueblos animistas que en su soledad y penuria veían en cada piedra, árbol o rayo, la personificación de un dios o un demonio, los redactores de "Azul y Blanco" buscan en el cielo lo que la tierra les niega y en sus adversarios simples epifenómenos de fuerzas terribles y sobrenaturales.

La caída de Perón les proporcionó un instante voluptuoso: unir el nacionalismo con las masas decapitadas. Ahí estaba una prodigiosa fórmula. Como el ex-presidente se encontraba lejos, nada costaba enjuiciar serenamente a quien se había difamado el día antes; y mientras que con un ojo miraban hacia la clase obrera, practicando el inédito goce de mezclarse con el pueblo, con el otro soplaban al oído de los coroneles de turno las palabras seductoras de los viejos éxitos. Era repetir una antigua representación. Pero la comedia tocaba a su fin, pues los militares se habían vuelto insensibles a la sirena nacionalista; y el proletariado advertía algo extraño en esos ojos en blanco, y en ese contoneo aristocrático de los estilistas disfrazados de "overall". Para el orgánico realismo obrero había cierta inautenticidad en la prédica de estos profesionales del honor hispánico, que después de haber traicionado y volteado a las fuerzas nacionales, ahora pretendían sucederlas.

Durante el período de Aramburu y hasta el triunfo electoral del 23 de febrero, los nacionalistas buscaron (casi con una secreta desesperación) al pueblo. Luego, con la fatiga del fracaso, cayeron las máscaras. Ya nada esperan, pues lo han perdido todo. Solo les resta la eterna y calcinada ilusión del golpe militar. Y como no pueden ganar a las masas, anhelan el poder sin ellas, y, si es preciso, contra ellas. A esto se reduce su actualidad. Los frutos de esta desilusión son verdaderamente melancólicos, como la vejez, el hastío y la muerte.

Al desprenderse de los nacionalistas "realistas", que han ingresado al suntuoso rodeo "integrador", o han permanecido en el peronismo, los últimos mohicanos de "Azul y Blanco" afirmaban orgullosamente su voluntad de ser ellos mismos, y de permanecer como el soldado romano a que alude Spengler y que se encontró petrificado en su puesto de guardia en Pompeya dos milenios más tarde de la erupción; indiferente a la catástrofe que lo cercaba, no abandonó su consigna, porque sus jefes se olvidaron de relevarlo.

Y despreciando la turbamulta democrática, las miserias cotidianas, el cretinismo parlamentario del pueblo ignaro, "Azul y Blanco" se vuelve hacia sus maestros primeros, que había ocultado en los últimos tiempos en gracia a su inocente demagogia, y los reflota para edificar a sus lectores, para que todos sepamos a qué atenernos.

Tres son las figuras señeras cuyos pensamientos publica "Azul y Blanco": Nimio de Anquín, Ramón Doll y Roberto Laferrere. El primero es un monje laico de Córdoba, que reivindica la

sombría ciudad ultramontana entre las chimeneas de la nueva metalurgia; es un guerrero de Santo Tomás y hay cierta candidez atemporal en este reaccionario de los pies a la cabeza. El segundo proviene de la izquierda tradicional (escribía en "Claridad" años ha); maneja una lengua vitriólica que denuncia, por la violencia del brulote, su origen plebeyo. Pero es un buen francotirador; cree que todos los males del mundo se originaron el 14 de julio de 1789, cuando el pueblo, en plena insolencia, asaltó las panaderías. En un artículo que le publica "Azul y Blanco", escribe *Frondizzi*, destacando así su origen italiano. Este crimen del Presidente, es compartido (creemos) por varios millones de argentinos, entre ellos muchos nacionalistas. Con este racismo de cámara de gas, Doll recurre al método antiguo; sus ideas no han cambiado. Su nacionalismo nos recuerda la revista "Clarinada" ("A Dios rogando y con el mazo dando") que se escribía en los albañales de la Sección Especial y cuya doctrina unía en solo haz la picana eléctrica y el Congreso Eucarístico. ¿Es que estamos viejos, Doll? Hitler, ¿no ha muerto? Y Mussolini, ¿acaso no terminó sus días colgado en Milán? ¿De dónde esta fiebre seca de autoridad que recorre su pluma, Doll, sino de una gran tristeza por los tiempos que fueron? Trasuda este autor solitario un vivo odio por el pueblo, por los de abajo, y nos obliga a recordar que estos padres del nacionalismo tradicional se incubaron en la redacción del órgano conservador "La Fronda" que dirigía Pancho Uriburu. Enemigos mortales del yrigoyenismo, lo fueron de todos los grandes movimientos populares de nuestra historia. Y ahora reaparecen como sombras crepusculares, para recorrer, como un fantasma inglés, la casa deshabitada. ¡Pobre Doll!

En cuanto a Roberto de Laferrére, fundador de la Liga Republicana, que gritaba en la calle Florida "¡Muera el Peludo!" en el año 30, ¿qué decir sino que padece de ese misterioso desfallecimiento de todos los nacionalistas ante el silbido del látigo? ¿Es que detrás de las frases tan viriles que constituyen el ornato verbal

de esta corriente se esconde un alma pasiva, ansiosa de un jefe, embriagada ante la idea de subordinación?

Laferrère propone en "Azul y Blanco" una dictadura; sugiere que hay un entendimiento entre Perón y Frondizi para entregar la Patagonia y el país; anuncia que se prepara la introducción de dos millones de judíos para poblar la Patagonia, provenientes de la Rusia Soviética, y que se proyecta la desmembración de ese territorio. ¿Y son estos conservadores descontentos, estos parientes pobres de la oligarquía los que ahuecan la voz y en nombre de un nacionalismo cavernícola tan sobrevivido como Nicolás Repetto pretenden trabajar como Fiscales de la República?

El país ha crecido mientras los nacionalistas del 30 envejecían; sus voces son voces de ultratumba. Hay que soportarlos como se soportan las torpezas seniles, que desagradan pero son inofensivas. La paz sea con ellos.

CAPITULO III — 1961

EL ULTIMO CONDOTTIERO *

El general Toranzo Montero ha coronado su carrera con un sublime adiós. Su carta a Fraga resulta reveladora. Todo el país, incluida la oficialidad, comprenderá ahora sin equívocos la personalidad y las ideas del Comandante en Jefe del Ejército que acabamos de perder.

La habitual reserva con que se han tratado las divergencias con los militares y entre los militares, ha impedido, hasta el pronunciamiento literario de este guerrero, que la opinión pública se impregnara de su generosa y audaz visión de los problemas argentinos. Pero nadie tiene hoy derecho a quejarse, nadie puede declararse ignorante acerca de quién es Toranzo Montero. Digamos, académicamente, que se trata de un perfecto contrarrevolucionario, de un reaccionario de los pies a la cabeza, de un típico ejemplar del militarismo sudamericano clásico, de esos pretores criollos que se han asimilado todos los valores "éticos" del capital extranjero y de su estilo cultural para emplear las armas contra su propio pueblo. En la India se los llamaba "cipayos"; aquí, el pueblo, que legisla el idioma vivo, los llama "gorilas". Toranzo Montero se propuso, de acuerdo a los términos expuestos en su arenga escrita, "ubicar la fuerza armada . . . en situación de Ejército de operaciones, capaz de rechazar a tiempo la ofensiva total desencadenada contra nuestras instituciones

* Publicado en el semanario "Política", Nº 5, 29 de marzo de 1961.

por la guerra revolucionaria, que el comunismo internacional ha logrado desatar en éste y otros países del mundo occidental".

El comunismo, en este país, es un partido menos turbulento que Toranzo Montero, pero a semejanza de Toranzo Montero, si bien no participó en la realización física del golpe del 16 de setiembre de 1955, que derribó al gobierno popular de Perón, lo usufructuó. Si el ardor pasivo de nuestro heroico general fue retribuido con ascensos fulminantes y sustanciosas retroactividades, el Partido Comunista recibió numerosos sindicatos obreros; mediante la ayuda de la policía, ese partido los controló desde 1955 hasta que las elecciones gremiales dieron fin a su ilegítimo mandato.

¿De qué comunismo habla, en consecuencia, el general Toranzo Montero? En realidad se refiere a algo diferente; se refiere al espíritu revolucionario de las masas obreras, a la voluntad de emancipación nacional y social del pueblo, al odio general contra el imperialismo y sus agentes oligárquicos, estén o no de uniforme, a todo lo que el propio ejército conserva, aunque bien oculto por ahora, de las tradiciones montoneras y sanmartinianas. Toranzo Montero ha estado demasiado tiempo fuera de los cuadros (se trata de un conspirador profesional), para recordar que las montoneras, que proveyeron hacia el final de las guerras civiles la mayor parte de los generales del viejo Ejército, no eran sino la manifestación argentina de la guerra revolucionaria. Pero, si Toranzo Montero es un conocedor de los problemas de Argelia, ignora la historia de su país y de su propio ejército. Es una lástima que se la recordemos cuando ya no puede servirle para nada.

En otro párrafo de su misiva, el ex comandante en jefe afirma que procuró "apremiar al gobierno nacional . . . para que adoptara perentoriamente medidas tendientes a lograr el cambio definitivo de rumbo a su política integral". ¿Y qué política quería cambiar Toranzo Montero?, cabe preguntarse. ¿Seguramente quería suprimir a Alsogaray, denunciar los contratos inconvenien-

tes, recordar la plenitud de la soberanía en nuestra política exterior, afrontar a los grandes imperios, quebrar al parasitismo ganadero y terrateniente? No sueñe, cándido lector: Toranzo Montero ejercía esos "apremio ilegales" movido por otros designios. Lo que Toranzo Montero exigía era "detener de una vez por todas la infisión comunista en el gobierno, en la administración, en las Universidades y en los gremios, con vistas a impedir, en esta parte del continente americano, la conquista del más feroz imperialismo".

Con la ruda franqueza del soldado, el ex comandante nos ha mostrado el fondo del su pensamiento. Resulta ahora que el gobierno no era tode lo anticomunista (léase antinacional, antiperonista) que debía ser. A semejanza de esos tristes reyezuelos africanos que cuando la "City" entra en guerra con algún potente rival se apresuran a "romper hostilidades" con el adversario de su opresor, Toranzo Montero ha planteado, mediante el respaldo circunstancial de un puñado de generales, una política pro occidental e imperialista que no corresponde al desenvolvimiento histórico argentino, a nuestra tradición militar ni a la voluntad de nuestro pueblo. Este servilismo ideológico no podía ser más deplorable y no podía arrastrar a un nivel más bajo el prestigio del Ejército nacido en la lucha contra el imperialismo inglés, en 1806. ¿Lo recuerda, general?

Toranzo Montero ha compendiado en un solo párrafo, merced a un admirable esfuerzo, todo su programa. Esta proeza intelectual permite que lo veamos a plena luz, sin sufrir las disgresiones más o menos doctrinarias a las que se abandona dulcemente este ideólogo retirado.

He aquí el párrafo en toda su belleza:

"Comprenderá que resulta inexplicable que nada se haya hecho por remediar todo lo señalado, por insistir acerca de la modificación de la Ley de Asociaciones Profesionales, por evitarle al país la vergüenza de la integración y entrega de la Central Obrera

en medio de vítores a los delincuentes de la dictadura y al son de cánticos del régimen depuesto, por corregir la corrupción administrativa, sólo comparable a la de la tiranía depuesta, así como que no haya rectificado la torcida gestión internacional de público conocimiento que abre las compuertas al más crudo izquierdismo".

Dicho en otros términos, Toranzo Montero proponía complicar al Ejército en un fraude contra la mayoría peronista de la clase obrera y retrotraer la actual posición frente a Cuba y América Latina a la infortunada política anterior. Toranzo Montero aparecería así ante los Estados Unidos como el último "condottiero" del continente, que cuida celosamente la estrategia del coloso del Norte. Pero esa política no podía prevalecer y no ha prevalecido. Nuestro arrojado general, que ganó sus ascensos sin batallas, ha perdido su fuerza sin librarlas. La ha perdido porque lo mismo que en el seno del gobierno, de los partidos, de las organizaciones sindicales y de los sectores económicos, también en el Ejército, conscientemente o no, se miden dos tendencias fundamentales: las fuerzas nacionales y las antinacionales. Pasiva o activamente, con claridad en los objetivos de la lucha o a pura "intuición de pensamiento", como decía Don Hipólito, el país forcejea para salir adelante. El fundamento de esa lucha es la clase trabajadora. También podría serlo la oficialidad de la juventud militar que recobre la lucidez de su propia historia, y no se deje maniobrar por el generalato.

Toranzo Montero ha caído porque era un anacronismo; el fracaso de los acuerdos con Estados Unidos; la inclinación a pactar con el bloque capitalista europeo y el comercio con el Este; la necesidad del gobierno de buscar para su nueva política una opinión pública menos hostil; la ausencia de una política concreta de Perón y el fracaso de las quimeras insurreccionales; la devolución de la CGT, fruto de las circunstancias anteriores, y que obligará a los dirigentes peronistas a negociar con la Casa Rosada:

tales son los hechos que determinaban la eliminación, más tarde o más temprano, de este experto en "guerra revolucionaria". El imperialismo pierde su espadón. Se nos va el último "condottiero".

SOCIALISMO Y EJERCITO EN LA SEMI - COLONIA *

Dice el Evangelio que el número de tontos es infinito: y Lenín (citemos a Lenín, que siempre da prestigio) coincidía en cierto modo con ese aforismo, comentando que el socialismo solucionará los problemas fundamentales de la humanidad, pero no todos, porque aún en la sociedad socialista habrá lugar para los tontos.

Cubriéndonos cautelosamente bajo estas dos autoridades, es que nos atrevemos, un poco tímidamente, a mencionar esta del Ejército. Como la ciudad de Buenos Aires engendra cipayos a mayor velocidad que nuestras ubérrimas vacas paren terneros en la infinita pampa, porque para eso nació como ciudad puerto, vuelta de espaldas al país, y donde los cipayos pululan como masa consumidora de productos de importación (sea nylon o ideologías) es lógico que la mayor parte de los temas difundidos entre los muchachos de "la izquierda" hayan sido pasados por el hervidor del puerto.

Entre los temas más resistidos por la "izquierda" europeizante, sobre todo si es de cuño eslavo y cubre sus desnudeces teóricas con el pabellón "leninista", se encuentra el de la interpretación del Ejército argentino. Nada suscita entre los neófitos más aversión que el planteamiento de una posición nueva: la observan como una aberración y la juzgan como una "revisión" del marxismo. ¡Que destino el de Marx, el de Lenín, el de Trotsky y en general el de todos los maestros del socialismo! No los han enterrado sus adversarios de clase, sino sus seguidores ciegos. No por casualidad Marx exclamó un día amargamente que había sembrado dragones y cosechado pulgas.

La cuestión del Ejército argentino, tiene sin embargo, la más alta importancia. Viene de muy lejos, desde los orígenes de la vieja izquierda europea en nuestro país, esa negativa a considerar el Ejército como un fenómeno vivo, en evolución, contradictorio y sujeto a las luchas internas del pueblo argentino. Esto se explica: los fundadores de los movimientos socialista y comunista en la Argentina eran en su inmensa mayoría provenientes de países europeos, en especial del Imperio zarista, o de su dominio polaco, de los países eslavos atrasados en general y también del extinto Imperio austro-húngaro, que oprimía a múltiples nacionalidades menores. La aplicación de las nociones socialistas, o del marxismo "en general", a la realidad argentina era improcedente, desde luego, pero en lo relativo a la función del Ejército, estaba envuelta en la visión que traían los inmigrantes de sus lugares de origen. Para ellos, el Ejército, en general y el argentino en particular, era similar a las castas prusianas, a las castas grandes rusas del zarismo (que hablaban francés entre el generalato, ahondando más aún el abismo entre ellas y el pueblo) y a las castas austro-húngaras, con los brillantes oficiales cubiertos de alamares y condecoraciones, lanzados de los salones con espejos al huracán de las represiones sangrientas.

Dicho de otro modo, asimilaban los ejércitos de los países opresores e imperiales a los ejércitos de los países dependientes o semicoloniales. Los inmigrantes de izquierda proyectaron esa visión de su pasado nacional a la óptica deformada de un país que apenas conocían y cuyo desarrollo histórico les era profundamente extraño. Hicieron escuela, y las generaciones posteriores adopta-

* Publicado en el N° 8 de "Política", 19 de abril de 1961.

ron ese criterio antimilitarista a secas, coincidiendo, cosa harto sospechosa, con la doctrina "antimilitarista" de "La Nación" y de "La Prensa", de la United Press y de los partidos oligárquicos, que solo admiten a los abogados y a los civiles como estadistas legítimos. Esta confusión de ideas e intereses se explicará si se juzga el problema diciendo que también el imperialismo anglo-yanqui es antimilitarista, pero en América Latina, no en Estados Unidos, donde cuando les conviene hacen a un inepto general como Eisenhower héroe nacional y dos veces presidente. Para el imperialismo, alentar a la izquierda latinoamericana, "fubista" o "marxista" en un antimilitarismo abstracto, significa imbuirlo de su propio contenido, esto es, impedir al marxismo o a sus portavoces influir en las corrientes del Ejército, así como en el pasado argentino influyeron en él el partido federal, el alsinismo, el roquismo, el yrigoyenismo, el peronismo y el nacionalismo católico. Del mismo modo, el imperialismo no mira con malos ojos la propagación de la doctrina del "socialismo puro", del "internacionalismo" vacío y de toda aquella corriente que prescinde de considerar en su programa las tareas nacionales de nuestra revolución democrática.

Persigue con esa actitud, a la cual sirven los grupos "marxistas puros", separar a la clase obrera del resto de la población no proletaria, despojarla de su condición de caudillo natural de la Nación y someterla, por ese aislamiento, sea a la dirección de los jefes burgueses nacionales o a la acción reaccionaria del imperialismo y la oligarquía que pueden así imponer su voluntad al país y a la clase obrera simultáneamente.

El Ejército argentino puede jugar, como las restantes clases, un papel muy diverso. Se trata, en primer lugar, de una formación estatal armada, compuesta esencialmente de oficiales provenientes de la clase media; de ahí su heterogeneidad política, sus vacilaciones y sus reagrupaciones. Los estratos más altos del ejército han representado, y no solamente en nuestros días, la doble

condición a que ha estado sometido el país en su conjunto: los intereses nacionales y los intereses de las potencias extranjeras. De ahí que hubo un ejército de Rondeau y uno de San Martín, un ejército montonero y otro del mitrismo porteño, un ejército contra la clase obrera en la Semana Trágica y otro con la clase obrera en las jornadas del 45.

Lo primero que debe plantearse un revolucionario que no tema a los problemas ni al porvenir, que no tema romper con los esquemas congelados, es precisamente el análisis de las fuerzas reales que desempeñan su papel en la sociedad argentina. Pero como el marxismo ha sido en nuestro país un artículo de importación, en muchos cerebros aun no ha florecido con raíces propias. La esencia del pensamiento socialista es su aptitud crítica para repensar todo de nuevo y para extraer de la realidad nacional sus propias originalidades. Frente a los generales golpistas, gorilas y cipayos que se han empatotado desde 1955, no cabe sino una sola posición. Pero el Ejército en su conjunto refleja todas las tendencias de la sociedad argentina, no una sola.

Ya sabemos que el número de tontos es infinito, y que no se reclutan tan solos en los izquierdistas del viejo estilo. Pero no nos interesan los tontos de otros campos, sino los de éste. Que recuerden, si esto no constituye un esfuerzo intelectual exagerado, que Lenin no vaciló en saludar la gesta de los "dekabristas", oficiales zaristas jóvenes que subrayaron con su sangre su oposición al absolutismo. Pero, se nos dirá, eran "dekabristas", célebre palabra rusa, y no algo tan prosaico como "montonero" o "Perón". Pero para Lenin, esa palabra no era extranjera sino propia, porque casualmente Lenin también era ruso, y Chernichevsky era para él algo tan cercano como para nosotros el apellido Gómez. Por eso, porque era un revolucionario, no temió ser él mismo en su país, y despreciar el occidentalismo y el europeismo de los mencheviques. Los chicos de la izquierda tienen mucho que aprender, y quizás lo hagan.

POR UN PARTIDO DE IZQUIERDA NACIONAL *

El diario "Democracia" ha tenido la gentileza de solicitar mi opinión política, económica y social. También el reportero me ha dicho que puedo expresarme con toda claridad, pues en el país existe "libertad de prensa", lo que no ha dejado de asombrarme. No me cabe la menor duda de que esta libertad existe, si por ella se entiende la que poseen las empresas periodísticas comerciales para publicar lo que sus intereses les dicta y para silenciar lo que exigen los intereses del país. Los partidos cipayos en tiempos de Perón protestaban porque la "prensa" estaba dirigida y reclamaban, a su vez, que el gobierno peronista otorgara plena libertad a los capitalistas de la "opinión pública", que eran en verdad voceros de la opinión privada. La Revolución Libertadora primero, y el gobierno del Dr. Frondizi después, procedieron como pedían los partidos entreguistas. Devolvieron a las empresas la libertad de publicar todo aquello que coincide con el imperialismo extranjero y de ahogar las noticias y las ideas que convienen al país y a la clase trabajadora. Libertad de "prensa" existe en la Argentina, de lo que carecemos es de prensa nacional. Pero si el diario "Democracia", por cualquier motivo considera que un ciudadano independiente puede decir lo que piensa, no estoy dispuesto a dejar escapar esta rara ocasión.

No dispongo de tiempo ni, posiblemente, de espacio, para abrazar en estas breves declaraciones todo lo que puede decirse sobre la situación argentina. Me parece que su rasgo dominante es que

* Declaraciones publicadas en el diario "Democracia", el 28 de diciembre de 1961.

mientras el mundo entero evoluciona hacia la izquierda, lo mismo que nuestras masas populares, los "factores de poder" en nuestro país lo hacen hacia la derecha. Este anacronismo es evidente y puede medirse por la impotencia de la burguesía nacional y del doctor Frondizi para realizar, aunque sea en mínima parte, su programa de "desarrollo" y una actitud independiente en materia de política exterior. Esta situación escandalosa se debe, en primer lugar, al funesto papel que están jugando los mandos actuales de las Fuerzas Armadas en el manejo general de la conducción gubernamental. Lejos de reaccionar y enfrentarse a este poder extralegal, extrapopular y reaccionario, el Presidente de la República no ha hecho más que retroceder sistemáticamente hasta hoy. Ya no queda ni sombra de poder real en sus manos, y si el programa del 23 de febrero, que era una adaptación democrática para uso de la clase media del programa del peronismo, se ha convertido en un espectro, el propio programa ulterior de "Estabilización y Desarrollo" no constituye a esta altura de las circunstancias más que un sarcasmo. Es posible que el imperialismo desee "estabilización", pero resulta harto dudoso que esté dispuesto a apoyar un programa de progreso industrial en los sectores básicos. Este conformismo de Frondizi parecería ser el conformismo de la burguesía industrial y la demostración de sus ímpetus revolucionarios.

Los mandos que el Ejército ha heredado de la contrarrevolución setembrina se han arrogado la función de Fiscales de Occidente en esta tierra, y toda su acción parece consistir en marchar contra la corriente de la historia. Por su ideología y sus actitudes, los jefes superiores del Ejército recuerdan los tiempos del general Rodríguez, ministro de Guerra de Justo, aquel presidente de la Década Infame que estableció el Estatuto Legal del Coloniaje. Es imposible vaticinar durante cuánto tiempo esos mandos prevalecerán en la conducción de las Fuerzas Armadas. Pero la historia marcha muy de prisa, aquí y en todo el mundo, y los gene-

rales deberían leer los diarios. A la inepcia del Pentágono norteamericano, que con sus servicios de inteligencia no ha hecho más que cometer errores en los últimos años y cubrirse de ridículo, no se le puede otorgar mucha confianza. Si la defensa de Occidente dependiera de esos estrategos, no hay duda que Occidente imperialista estaría definitivamente condenado, si no lo estuviera por causas mucho más profundas.

Toda la doctrina de nuestros generales se funda en un "anticomunismo" trasnochado que no resiste el menor análisis. Del imperialismo no hablan. Pero si se considera que los comunistas en la Argentina constituyen un puñado insignificante y reaccionario; que nadie ignora su alianza con Braden en 1945, su apoyo a la Revolución Libertadora y, más lejos, todavía, su oposición a Yrigoyen, podrá advertirse que nuestros generales pelean con molinos de viento.

Nuestra clase trabajadora sabe muy bien cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos. Los comunistas la han traicionado demasiadas veces como para olvidarlo. Cuando yo me refería a la "evolución hacia la izquierda", daba por supuesto que no aludía al encuentro de los comunistas con el pueblo argentino. Mencionaba otra posibilidad muy distinta. La clase obrera busca una salida al bloqueo político que los reaccionarios del Ejército, de la oligarquía y del gobierno le han establecido. Una ideología de izquierda, nacional y revolucionaria, fundida con la clase trabajadora, podría ser, y lo será, una posibilidad para un reagrupamiento de las grandes masas populares que en tiempos no muy lejanos siguieron a Yrigoyen y luego a Perón. Nadie puede prever con certeza los ritmos de esta evolución necesaria.

La reciente proposición del Poder Ejecutivo de establecer el sistema de representación proporcional apunta a ese peligro para las clases dominantes. Se intenta dividir un gran movimiento popular, alentar las ambiciones electoralistas de los pequeños partidos, crear las condiciones del cretinismo parlamentario, base

para todas las combinaciones antinacionales y antipopulares, y convertir en una gran minoría impotente a cualquier movimiento mayoritario del presente o del futuro. Nunca podría un gobierno nacional moverse con las cámaras "proporcionalizadas" para obtener sanciones legislativas de fondo; atrapado por ese sistema, todo gobierno popular debería pactar en los corrillos parlamentarios con los peores representantes de la oligarquía y del imperialismo. Esa proposición revela qué lejos han ido Frondizi y la UCRI de la posición de Yrigoyen. Resulta además lamentable que el doctor Tieffenberg, en nombre del socialismo argentino, haya apoyado la representación proporcional, tesis política de la reacción.

Por otra parte, ninguna argucia leguleya podrá evitar que la Argentina soslaye el proceso de deshielo que recorre el planeta. Para nosotros, los argentinos, las decisiones del pueblo y de la clase obrera serán más decisivas que las fórmulas jurídicas circunstanciales impuestas por el gobierno que sucedió al golpe de setiembre. Cuando hablamos de una "izquierda nacional" queremos decir que la clase obrera criolla nacida del proceso industrial de las últimas décadas, necesita crear su partido político independiente del imperialismo, de la burguesía nacional y de la burocracia soviética. Sólo esa independencia de clase podrá calificarla para encabezar la lucha por la Revolución Nacional, que no se detendrá en los límites estatales del país, sino que sólo alcanzará su corolario victorioso en toda América Latina. La unidad nacional de nuestros pueblos, concebida por San Martín y por Bolívar, desterrará para siempre el atraso, la barbarie agraria, la abyección indígena, la opresión imperialista y la colonización cultural. Seamos de nuevo "americanos del Sur", como lo fueron los revolucionarios de Mayo, los montoneros de ayer y los soldados de los Andes. Dejemos que los conservadores gocen su efímera victoria de la "libre empresa", que los radicales se olviden de Yrigoyen, que los comunistas piensen en Rusia antes que

en la Argentina y pisoteen el marxismo, que los generales estudien la guerra contrarrevolucionaria en lugar de seguir el ejemplo de San Martín, libertador de negros y de pueblos, que practicaba la guerra revolucionaria; y que los teóricos de la burguesía "nacional", como Frigerio, quieran salvar al país con la ayuda de su verdugo, el imperialismo y reconstruir su historia equiparando a Mitre con el Chaco, a Rivadavia con Roca y al general Justo con el general Perón.

Todo eso pasará. Pero el pueblo, base de la soberanía, tomará al fin su destino con sus propias manos.

CAPITULO IV - 1962

LA ARGENTINA EN PUNTA DEL ESTE

1. — América Latina atraviesa diversos estadios de su desenvolvimiento. Cuenta con países en estado colonial (Puerto Rico); semi-coloniales (Centro América y otros semejantes), y países dependientes (Perú, Colombia, etc.). En cuanto a la Argentina, Brasil, México, Chile, la evolución industrial ha engendrado una burguesía nacional con mayor fuerza que la de aquellos Estados mencionados. Esto no significa que estos últimos sean países que gocen de la plenitud de su independencia política o económica. Significa tan sólo que están en mejores condiciones para resistir las exigencias monstruosas del imperialismo. Pues el carácter semicolonial de nuestro país reside precisamente en su aislamiento, similar en esto a los otros Estados hermanos, que forman las provincias de la gran nación latinoamericana que habrá de constituirse. La autodeterminación nacional, en nuestro caso, no reside, como en el imperio zarista o el austro-húngaro, en nuestro derecho a separarnos, sino en nuestro derecho a unirnos. Sólo seremos nación si nos unimos a los 19 Estados latinoamericanos. Esto le resultará incomprensible al General Fraga, pero un general más importante, el general San Martín, así lo comprendió y por eso luchó. De todo lo dicho se desprendente que la posición argentina en Punta del Este ha sido el resultado de que la burguesía na-

* Declaraciones publicadas en "Democracia", en febrero de 1962.

cional, representada por Frondizi, no ha querido plegarse al chantaje imperialista; demasiado débil para enfrentarlo abiertamente, ha suplantado el coraje por la hipocresía jurídica y en lugar de defender el derecho de Cuba a hacer la revolución, ha preferido solidarizarse en palabras con los Estados Unidos y en la práctica con Cuba. Teniendo en cuenta la ambigua política exterior del Presidente y la tradición inglesa del doctor Cárcano, era lo mejor que podía ocurrir. Como Frondizi carece de fuerza para mantener a raya a los Estados Unidos, nombró canciller a Cárcano, que, como Quintana en 1889, sabe enloquecer a los rudos yanquis con las sutilezas del derecho internacional. No hay como un diplomático probritánico para dialogar con los norteamericanos. A esto se reduce la potencia de fuego de la burguesía argentina en este momento. Pero, de todos modos, más vale Cárcano que Zavala Ortiz. Este último quiere la rendición incondicional del país. Lo lamentable es que el Ejército y las fuerzas armadas en general estén más de acuerdo con los traficantes de guerra del Pentágono que con la dignidad nacional. Ya se preveía por otra parte, pues estos mandos sobrevivientes de la "revolución libertadora", se han convertido en la expresión químicamente pura de los intereses imperialistas en el país. Estos generales y almirantes pertenecen al mismo género de los Vernengo Lima del 45, responden a la misma orientación antinacional y tendrán el mismo destino. En lugar de sostener al gobierno nacional prefieren sostener al gobierno norteamericano; en lugar de felicitar al Presidente por las migajas de soberanía que logró salvar en Punta del Este, lo jaquean; en lugar de estar con los países débiles, están con los explotadores del mundo. ¡Qué soldados han salido últimamente de ese ejército fundado por San Martín! Siempre están listos para servir de policía, para romper huelgas y para exigir sumisión a los dictados de Washington.

Cabe preguntarse si los altos mandos que deliberan perpetuamente representan realmente la opinión de la masa de la oficialidad. Pues una de dos: si la deliberación se ha establecido definitivamente en el Ejército, es preciso que sea realmente total y democrática; que todos los oficiales del país se reúnan y discutan los problemas políticos y económicos de la República y decidan por mayoría su criterio público. Esto sería muy interesante y dejaría precedentes. Pero si los generales gordos rehusan llevar la discusión a los niveles inferiores de la oficialidad por "razones de disciplina", pues entonces que dejen ellos mismos de discutir las decisiones de su Jefe supremo, que según la Constitución que han jurado defender, es el comandante de todas las fuerzas armadas. Tiempo al tiempo. Los oficiales jóvenes se encargarán ellos mismos de sorprender a sus supuestos representantes políticos que llevan uniforme de generales.

He leído las opiniones de diversos partidos políticos sobre la Conferencia de Punta del Este. Los diputados oficialistas son lamentables. Se han vuelto mudos. Le tienen miedo a la palabra Cuba y se ahogan en un mar de vaguedades jurídicas. En cuanto a los radicales del pueblo, no tienen más remedio que seguir el funesto sino marcado por Braden. Si en 1945, junto a los comunistas, socialistas y conservadores pedían la intervención militar extranjera, contra la Argentina, ahora la piden contra Cuba. La "izquierda" —socialistas y comunistas— se pronuncian, como siempre, en la misma orientación que los gorilas de las Fuerzas Armadas. Mientras Frondizi estaba en "clinch" con los Estados Unidos, la izquierda cipaya lo acusaba de entregarse al imperialismo, y el Ejército de entregarse al comunismo.

Esta vieja coincidencia mide muy bien el carácter "nacional" de la izquierda cipaya.

2. — En cuanto al discurso del Presidente, despojémoslo de todos los elementos accesorios. Ni siquiera en la Europa capitalista la burguesía logró asumir enteramente el poder; debió compartirlo siempre con la aristocracia feudal, o, como en Inglaterra, debió aceptar hasta la Corona. ¡Qué diremos de la Argentina,

donde la burguesía industrial es mucho más débil! Por eso Frondizi refleja la ambigüedad de las clases sobre las que se apoya: oligarquía ganadera, industriales, elementos del comercio importador. Acorralado por los mandos militares, no se atreve a llamar al pueblo a rodearlo para practicar una política de gran vuelo, desmantelar los bolsones contrarrevolucionarios del Ejército, imponer el sacrificio del "desarrollo" también a las clases parasitarias y apretar las clavijas a los eternos chupasangres del país. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo puede defenderse de los gorilas si todo su elenco y toda su política carece de coherencia? El discurso habla de los "conspiradores" con deliberada vaguedad. Pero no los nombra, no los destituye. Y sin embargo, los tiene muy cerca. Es todo su gabinete militar. Y estos reaccionarios matamoros conocen un solo lenguaje: el del arresto.

EL EJERCITO Y LA REVOLUCION NACIONAL *

Los problemas teóricos de nuestra revolución comienzan a despertar la atención de la vieja izquierda, o para decirlo mejor, de aquellos jóvenes de los viejos partidos que se enfrentan a la nueva realidad. Se establece así una primera contradicción, muy explicable, por lo demás, entre los cauces anquilosados de las antiguas formaciones políticas en el Río de la Plata y las preguntas irreverentes de la nueva generación. Entre las cuestiones más resistidas y desfiguradas por la izquierda tradicional figura la de una política socialista frente al Ejército. Intentaremos con unas pocas observaciones situar el problema en sus verdaderos términos.

* Publicado en la revista "Presente", Montevideo, Nº 1, abril de 1962.

revolucionario. Lenín consideraba ese hecho como un hecho fundamental para el destino de la revolución, pues no era un hombre que gastaba frases hechas (aborrecía la fraseología "revolucionaria") y enseñó durante toda su vida que la clase obrera y el pueblo no pueden por sí solos tomar el poder sin una profunda crisis en los órganos de coacción y sin que parte de éstos se pronuncien por la revolución.

Y esto ocurría en la Rusia Imperial, en el seno de la autocracia, donde la oficialidad provenía de familias y generaciones de terratenientes, donde todavía subsistía la servidumbre y donde los privilegios de casta y de clase tenían un carácter monstruoso. Esto ocurría en el Ejército de un Imperio que oprimía a más de sesenta nacionalidades, no en países como los nuestros donde los generales son nietos de inmigrantes o hijos de almaceneros.

El antimilitarismo socialdemócrata

Pero la tradición "socialista" que llegó a nuestros países no procedía de la Rusia prerevolucionaria de Lenin, que era mirado por sus colegas de la Segunda Internacional como un energúmeno sin domicilio constituido, sino de los santones de la socialdemocracia alemana, inglesa, o francesa, que hacían la Oposición de Su Majestad a la burguesía imperialista. Para esos "maestros", el antimilitarismo servía en los días feriados; y en caso de guerra, se volvían socialpatriotas. Así como Juan B. Justo en la Argentina practicaba un pacifismo en tiempos de paz y un belicismo en tiempos de guerra, pero al servicio del imperialismo inglés, entonces predominante. El "antimilitarismo" del socialismo rioplatense y de todas sus variantes "izquierdistas" posteriores se fundaba en la ignorancia del pasado nacional y, en el fondo, en la renuncia a luchar seriamente por el poder.

Pues, a decir verdad, la política proletaria no puede prescindir en países semicoloniales que deben realizar la unidad nacional,



El ejército y la formación de las nacionalidades

En Europa, en efecto, el régimen capitalista, que para triunfar llevó la guerra desde Valmy hasta Austerlitz y llamó a los ciudadanos "a las armas", se había consolidado y se había transfigurado en imperialismo. En el interior de sus fronteras, el poder civil de la burguesía había logrado subordinar al poder militar y lo usaba para las aventuras coloniales; en casos de guerra civil empleaba al ejército para ametrallar al pueblo (1870, la Comuna). La Nación se había realizado y sobre todo a partir de 1870 las principales naciones europeas presentaban al mundo el espectáculo de clases sociales perfectamente diferenciadas: Marx estudió el papel de la burguesía, la clase media y el proletariado en Inglaterra, no en Colombia. El papel desempeñado por el Ejército en el Viejo Mundo no dejaba lugar a duda alguna: era un ejército de clase, era el brazo armado de la burguesía. Sobre esa realidad viviente, la social democracia elaboró sus puntos de vista contra el militarismo. Pero de esa realidad no podía inferirse de ninguna manera que el movimiento obrero socialista renunciase a adoptar una política destinada a "ablandar" las fuerzas armadas en la lucha revolucionaria. Y como es simple suponer, el sector más revolucionario de la socialdemocracia, que estaba constituido por los socialistas rusos, encabezados por Lenin, demostraron teórica y prácticamente que el socialismo no es una abstracción intelectual, sino un método viviente. Pues fue precisamente Lenin, durante el desarrollo de la revolución de 1905, quien advirtió la enorme importancia que el desarrollo de la revolución estaba ejerciendo en el ánimo de los oficiales y soldados del ejército zarista. En su libro "La Revolución Democrática y el Proletariado", el genial dirigente señalaba que después de la insurrección del acorazado Potemkin, grandes sectores de la oficialidad zarista (formada en parte por la nobleza) vacilaban en su fidelidad al Zar, se amotinaban y se pasaban al campo



Las fuentes del antimilitarismo tradicional

El repertorio de ideas del socialismo rioplatense se nutrió, en sus orígenes, de la ideología importada por los artesanos europeos que constituyeron a principios de siglo la clase trabajadora. De origen socialista unos y de ascendencia anarquista otros, todos coincidían en enjuiciar a nuestros países sudamericanos como simples provincias europeas. Había cierta lógica en esa óptica incorrecta, debemos admitirlo, pues el imperialismo había creado en los dos grandes puertos pequeñas sociedades que de un modo u otro reflejaban las características de la sociedad capitalista europea. Pero a espaldas de Montevideo estaban los hombres de a caballo y las legiones gauchescas de Saravia; y a espaldas de Buenos Aires morían de una muerte lenta los últimos recuerdos de las montoneras. La izquierda nació en las ciudades, y nació sin historia. Su historia verdadera estaba, si estaba en algún lado, en Europa y sus ideas eran las ideas generales del socialismo nacida en los grandes centros del poder mundial. Si el imperialismo acopló a nuestros Estados como granjas y los unió medularmente a su Imperio, también la izquierda de comienzos del siglo no se proyectó desde el interior de nuestros pueblos a la conciencia política, sino que se inyectó desde afuera como una prolongación europea de la penetración imperialista.

Todo, entre nosotros, hablaba el lenguaje de las armas, pues si éramos, éramos por las armas; invasiones inglesas, revolución de 1810, abogados hechos generales, invasiones portuguesas, ejércitos artiguistas contra Buenos Aires y contra Portugal, disensiones civiles resueltas por la pólvora o la lanza, Guerra Grande o guerras chicas todo había sido hecho por la milicia. Y ¿de dónde provenía, entonces, ese "antimilitarismo" tenaz de que haría gala más luego la izquierda rioplatense? Pues provenía de la tradición europea, no de la nuestra.

de tener una posición frente al Ejército. Muchas veces nos hemos referido a la diferencia funcional que existe entre el Ejército argentino y el Ejército francés, para tomar el ejemplo más actual. Sin embargo, en el ejército argelino no actúan como dirigentes jefes socialistas o marxistas; por el contrario, lo dirigen jefes de la burguesía nacional y lo apoyan hasta jeques feudales. ¿Esa es una razón para que le neguemos nuestra simpatía? Era lo mismo el Ejército boliviano de 1943, con Villarroel o antes aún, con Busch, que el Ejército norteamericano "democrático" de Mac Arhtur? No, no era lo mismo, al menos para un marxista. En el ejército boliviano se expresaba la desesperación, y la esperanza, todo a un tiempo, de la pequeña burguesía del Altiplano frente a la opresión imperialista. Los mismos fraseadores que se pavonean hoy con el triunfo de la revolución cubana, como si hubiera sido cosa de ellos, eran los que calificaban de "nazi" a Busch o a Villarroel. Para no recordar las cosas que dijeron de Perón y del "fascismo militar argentino".

A esta clase de "antimilitaristas" que pululan en los partidos de izquierda se les aplicaría el verso de Fierro, que "olvidarse de algo también es tener memoria". No ha faltado quien adujese, en relación con la revolución cubana, que "allí sí se había hecho lo que convenía. enfrentar al ejército y destruirlo". No es este el lugar ni el momento más oportuno para examinar la revolución cubana; sólo diremos ahora que precisamente en Cuba la revolución no enfrentó un ejército, pues Cuba carecía de él. Lo que había en Cuba era una policía militar creada durante la ocupación norteamericana, una guardia pretoriana al servicio del imperialismo. Cuba no tenía Ejército, porque había sido durante cuatro siglos una colonia española; la tragedia se coronó cuando Martí se hizo matar por la independencia justo a tiempo para no ver a Estados Unidos reemplazando a España y la Enmienda Platt en lugar de las ordenanzas españolas. ¿Qué clase de ejército podía tener Cuba? ¿El del Sargento Batista? Su fuga hizo

desmoronar el aparato policial, que no estaba insertado como factor activo en la historia cubana, sino que por el contrario se había construido contra Cuba.

Pero lo que a nosotros los marxistas nos interesa en este problema es la especiosa utilización que de la revolución cubana se hace en nuestros pagos para confundir el sentiro y la estrategia de nuestra propia revolución. ¡Es el destino habitual que sufren todas las revoluciones a manos de sus vividores!

El ejército semi-colonial

Pues en lo que a nosotros respecta, no será ocioso recordar que el Ejército argentino está presente a lo largo de ciento cincuenta años de vida independiente. Está presente para bien y para mal, al servicio del país y en contra de él, ha sido mitrista y montonero, porteño y nacional, artiguista y antiartiguista (Ramírez y López), roquista y portuario, yrigoyenista y antiyrigoyenista, peronista y antiperonista, librecambista y proteccionista, aliado al pueblo y convertido en policía militar, defensor del Puerto y constructor de la unidad del Estado, exterminador de gauchos y conquistador del Desierto. Ha sido todo eso y, quién sabe qué destino le aguarda.[1]

---

[1] Un ejemplo típico del hundimiento político del ejército argentino en el último período, lo ofrece el cambio de mandos que se produce después de la caída de Perón en 1955. La generación militar que lo acompañó diez años fue barrida de los cuadros activos. La suplantó un núcleo de "reincorporados", rápidamente ascendidos a partir de ese año, y que estaban hasta ese momento fuera del ejército por varias razones: oposición cipaya a la Revolución Nacional; incompetencia profesional; divergencias ideológicas de varios órdenes, unas de índole nacionalista reaccionaria, otras nacidas del mitrismo porteño siempre latente en un ala del ejército. El tono dominante de los mandos del ejército argentino desde 1955 hasta la fecha, está dado por el "occidentalismo" declarado, su adhesión irrestricta a los postulados internacionales del imperialismo en particular del norteamericano su aversión a la clase obrera, su ciego anticomunismo. Una clara manifestación del servilismo político de estos mandos que hoy dirigen el ejército argentino, lo demuestran los cursos de "guerra contrarrevolucionaria" que se dictan actualmente en todas las unidades del arma.

Al aparecer las nuevas clases sociales en la Argentina, también el Ejército se ha integrado en ellas y sus oficiales, los mismos que ahora estudian a Marx para los cursos de guerra contrarrevolucionaria, no añoran a sus antepasados en las Cruzadas ni las baronías brumosas de estirpe normanda. A lo sumo, recordarán en sus guarniciones al abuelo gringo que labró su chacra en el litoral o al padre bolichero que juntó peso sobre peso para costearle la carrera. Sus hermanos serán universitarios, burócratas o industriales. Son clase media, tan definida como puede serlo esta clase. Y en el panorama convulso del mundo actual, saben leer diarios como cualquier izquierdista porteño. Saben que la balanza de poder mundial se está inclinando irresistiblemente hacia el lado del socialismo y que la ideología del siglo es la del socialismo.

Corresponde al socialismo revolucionario que sea realmente latinamericano y que no tenga compromisos con Rusia ni con nadie, hablar a la oficialidad el lenguaje de los latinoamericanos. Nos corresponde, y así lo haremos, considerar al Ejército como una entidad que será desgarrada, como la sociedad entera, por el dilema contemporáneo y persuadir a sus mejores hombres que el partido proletario, al frente de la Nación latinoamericana,

Se trata de una combinación de las enseñanzas de la escuela colonialista francesa y de las doctrinas de la "subversión" nacidas en el cráneo de los estrategas del Pentágono. Se han introducido en un terreno peligroso. Los oficiales jóvenes, por imperio de dichos cursos, están leyendo ciertas obras de Marx, Engels, Lenin y Mao-Tse Tung. Se enterarán, qué duda cabe, que el marxismo no es la fórmula de una conspiración insensata y diabólica, sino una concepción del mundo, una interpretación de la historia universal y lo que un jesuita llamaría la "idea terrena de la justicia". La introducción de los textos marxistas en las filas del ejército por obra de los generales reaccionarios es la broma más cruel que la historia se complace en jugar a las fuerzas del pasado. La doctrina revolucionaria que San Martín puso en la base inicial de la milicia criolla, se ha transformado en manos del actual generalato en una doctrina contrarrevolucionaria. Las enseñanzas de la historia argentina y del marxismo operarán en las cabezas de la nueva generación militar. Ya tendrán oportunidad de enterarse los generales.



es el mejor guardián de las tradiciones nacionales, es la encarnación misma del heroísmo pasado, de la sangre vertida y la única garantía del porvenir.

Si en un país semicolonial dividido, como América Latina, el socialismo revolucionario no es capaz de arrastrar tras su bandera no sólo al proletariado, sino también a las clases medias urbanas y rurales, con todas sus profesiones, sectores y grupos, para asumir plenamente su soberanía, ese movimiento está condenado.

A los reaccionarios del Ejército les tocará la suerte de todos los reaccionarios. Pero a todos los demás, las puertas estarán abiertas para ese otro gran Ejército latinoamericano que habrá de realizar el programa inconcluso de San Martín, de Artigas y de Bolívar.

Puestos estos tres nombres señalan al socialismo de este tiempo que en un día no muy lejano todos éramos americanos, todos estábamos armados y todos luchábamos bajo la misma bandera. Esa y no otra, es la verdadera actitud que un socialista revolucionario debe tener frente a las fuerzas armadas de un continente que no se pertenece a sí mismo.

EL PARTIDO OBRERO EN LA REVOLUCION DEMOCRATICA

La revolución rusa de 1905 y sus enseñanzas son mucho menos conocidas que la revolución triunfante en 1917. Sin embargo, esta última sería inconcebible sin la grandiosa experiencia teórica y práctica de aquella, llamada justamente por Lenin el

"ensayo general" de la insurrección de Octubre. Ocurre con frecuencia que la seducción del éxito deslumbra a ese tipo de "revolucionarios platónicos" que sólo adhieren a las revoluciones estabilizadas; el género es muy rico y la revolución rusa no tuvo nunca amigos más interesados que cuando la contrarrevolución stalinista de instaló en ella, después de fusilar a los grandes jefes de Octubre. Desde entonces, a partir de la muerte de Lenin, la historia de las dos revoluciones rusas fue incesantemente depurada por los censores literarios de la política soviética, atentos a las exigencias cotidianas de la burocracia, que rehacían el pasado revolucionario para justificar su oportunismo del presente. Por esa razón, la bibliografía oficial acerca de las revoluciones de 1905 y de 1917 inspira las mayores reservas en cuanto a su seriedad científica.

Por otra parte, la canonización de la historia soviética contemporánea se propuso obstaculizar la comprensión de las generaciones nuevas sobre el significado íntimo de la lucha de Lenin y las diferencias notorias entre su táctica de 1905 y la de 1917. Esto último no sólo es imputable al stalinismo, sino en general a todas las variantes de "izquierda" que se declaran a sí mismas "marxistas". El fundamento de esta confusión deliberada entre nosotros debe buscarse en la resistencia a encontrar en nuestra propia realidad latinoamericana la clave de la revolución. El estudio de 1905 lleva directamente a la iluminación de las tareas nacionales de la revolución latinoamericana pues ¿qué otro interés podría poner un revolucionario en investigar las revoluciones del pasado si no fuera para extraer de ellas las lecciones útiles a las revoluciones del presente?

Si la revolución de Octubre de 1917 y su triunfo espectacular sumió en cierto modo en la sombra la gran experiencia de 1905, no sólo se debe a que la victoria suscita más interés que la derrota, por más enseñanzas que de esta se desprendan, sino al hecho de que el marxismo en Latinoamérica nos llegó de Europa total-

mente elaborado y con la aureola respetable de una doctrina definitiva. El criterio dominante en el mundo después de 1924, era que el proletariado, dueño del poder en la Rusia multinacional, expropiaba económica y políticamente a la burguesía, se proponía colectivizar la agricultura y edificar la sociedad socialista. En el otoño de 1924, Stalin reduciendo ese planteo al absurdo, dirá que era totalmente legítimo *"construir el socialismo en un solo país"*. No hacía un año que Lenin había cerrado definitivamente los ojos, cuando el triste epígono formulaba la doctrina tranquilizadora de la burocracia autosatisfecha. De esta manera, los europeos de los países avanzados comprendieron muy bien lo que mejor correspondía a la realidad de sus países-metrópolis: los aspectos *socialistas* de la revolución rusa.

Si se considera que para los países europeos desarrollados las tareas nacionales o democráticas del desarrollo histórico habían sido cumplidas uno o dos siglos antes por su burguesía, era perfectamente claro que tan sólo podían plantearse en Francia, Inglaterra o Alemania las tareas de la revolución socialista. Pero como los países del Viejo Mundo dominaban a su vez la vida económica y política de la Argentina, transfirieron a nuestro medio las ideas *socialistas* que llegaban de la Rusia posterior a Lenin y la "izquierda" de la Argentina semi-colonial fue educada en la imagen congelada de un marxismo para consumo metropolitano. De las tareas nacionales o democráticas de la revolución en los países atrasados, poco se decía en ese marxismo, ruso de origen, pero transvasado a nuestro medio por la vía europea. La evolución oportunista de la burocracia soviética consolidó y perfeccionó esa imagen falsificada de la revolución rusa. La exportación de un *"internacionalista abstracto"* llegó a nuestras fronteras y su rasgo descollante fue ocultar o colocar en el último plano de interés no sólo los escritos de los maestros del marxismo sobre la cuestión nacional, sino sobre todo enseñar que la revolución rusa se había originado y triunfado como una "revolución socialista".

No se momificaron solamente los restos mortales de Lenin en la Plaza Roja, sino sobre todo la médula de su pensamiento y el sentido de su acción. Todo el marxismo y el leninismo se presentaron desde entonces como las manifestaciones más ortodoxas y ciegas de las posiciones "anticapitalistas" y "antiburguesas". La abstracción radical del concepto reducía a la nada las enormes diferencias en el desarrollo histórico de los países imperialistas y de los países coloniales cuyo antagonismo nadie mejor que Lenin había señalado para fundar en él toda la estrategia nacional de la clase obrera.

A casi medio siglo de la revolución de Octubre, el "socialismo" no se ha realizado todavía en la Unión Soviética, ni podía "realizarse", por otra parte, con o sin Stalin, con o sin la teoría del "socialismo en un solo país". Khrushchev, a pesar de sus fanfarronadas, admite hoy que la agricultura soviética tropieza con crecientes dificultades y que es menester "alentar" al campesino, lo que implícitamente significa confesar que la colectivización forzada no ha rendido los resultados esperados. Si el éxito del régimen socialista deberá medirse por la productividad del trabajo, estamos ante la evidencia de que el socialismo no se ha "realizado" en la Unión Soviética, sino que aún, a pesar de sus grandiosos triunfos técnicos, se está luchando por él. Esto no es un crimen; lo criminal reside en ocultar la verdad, pues con ella la lucha por el socialismo se verá acelerada. La "coexistencia" de Khrushchev significa que en último análisis la "teoría del socialismo en un solo país" de Stalin continúa siendo la doctrina oficial de la burocracia.

Por esas razones, el marxismo latinoamericano debe estudiar con la mayor atención las experiencias de la revolución rusa de 1905. Para contribuir a ese estudio, publicamos un notable trabajo de Lenin tan poco conocido como el pensamiento del gran revolucionario sobre la cuestión nacional.

La gran polémica que la revolución de 1905 originó entre las variadas fracciones de la socialdemocracia rusa giraba en torno a una cuestión capital: si, como todos admitían, la revolución rusa era "burguesa" (pues debía proclamar la república democrática y abrir el paso al desarrollo de las fuerzas productivas estranguladas por la estructura feudal) ¿qué táctica debían adoptar los socialistas consecuentes? Los mencheviques, cuyo portavoz teórico más eminente era Plejanov, asimilaban el desarrollo histórico de Rusia a las etapas seguidas por Occidente. Fundados en esa identificación puramente estática, sostenían que del carácter burgués de la revolución rusa se desprendía la hegemonía de la burguesía liberal en el proceso revolucionario. Al proletariado tan sólo le restaba colaborar desde "la izquierda" con la burguesía en el poder y reproducir de ese modo las condiciones clásicas del parlamentarismo europeo. La revolución socialista, lógica sucesora de la revolución burguesa, se situaba bajo esta perspectiva en un futuro indeterminado. Plejanov insistía a este respecto que la socialdemocracia no debía inquietar con su "falta de tacto" a la burguesía liberal, a fin de permitirle cumplir su papel conductor en la revolución democrática con la misma urbanidad con que lo hacían los socialistas de los países avanzados ante su respectiva burguesía imperialista. Esta división de tareas definía mejor el carácter del menchevismo que la naturaleza real de las clases en la revolución rusa.

Lenin y los bolcheviques, por el contrario, sostenían que si la revolución era sin duda burguesa, el proletariado no podía reducirse a desempeñar un papel puramente contemplativo en su desarrollo. Antes bien, de la iniciativa revolucionaria de la clase obrera y de su partido dependía en alto grado que la revolución democrática profundizase su cauce, alcanzara sus objetivos burgueses con los métodos plebeyos del proletariado y los campesinos y abriese un ancho camino para el desenvolvimiento del capitalismo y de la lucha de clases en él implícita; que permitiera

plantear la lucha por el socialismo. En el pensamiento de Lenin, la lucha contra la autocracia y por la República no podía desvincularse de la cuestión agraria, que reputaba el verdadero eje de la revolución burguesa. Precisamente por ese hecho, si la revolución democrática debía alcanzar sus fines, sólo podría hacerlo mediante una estrecha alianza entre las dos clases fundamentales de la sociedad rusa: el proletariado y los campesinos. Estos semipropietarios, cuya inmensa masa pequeño burguesa era la única capaz de sostener a la ciudades proletarias y a los sectores revolucionarios de la burguesía y pequeño burguesía urbanas, debían participar en la creación de un gobierno provisional revolucionario, junto a los obreros y a las clases interesadas en la República democrática. Aquí surgía la segunda divergencia con el menchevismo, que como los socialistas y comunistas de la Argentina de hoy, eran revolucionarios de palabra y oportunistas en los hechos. El menchevismo rechazaba la posibilidad de que la socialdemocracia interviniese en un gobierno provisional semejante. Su negativa se fundaba no solamente en que debía dejarse a la burguesía liberal el supuesto privilegio acordado por la historia de responsabilizarse del poder en "su revolución", sino en virtud de que la participación de la socialdemocracia en un gobierno burgués revestiría un carácter de "millerandismo", o dicho en otros términos, de oportunismo. Millerand era un famoso político socialista francés que se había permitido formar parte de un gabinete burgués, revelando así la profunda degradación política del socialismo en Francia. Su apellido sirvió desde entonces para señalar la traición a los principios del socialismo. El menchevismo, con aire triunfal e invocando el ejemplo de un país que ya había realizado sus tareas democráticas, negaba al proletariado de un país que aún no la había realizado el derecho y el deber de intervenir en el proceso vivo de la revolución popular. Bajo el majestuoso manto de los "principios" del "socialismo puro", el menchevismo escondía su impotencia para encabe-

zar a las grandes masas no proletarias. Los doctrinarios cedían el paso a la burguesía liberal, complacida por el determinismo histórico de los mencheviques, que contemplaba tan acertadamente sus intereses inmediatos.

¿Cuál fue la posición de Lenin ante este problema? Precisamente la opuesta. Si por un lado la burguesía liberal rusa había demostrado, como todas las burguesías de los países atrasados, una profunda mezquindad y estrechez histórica originadas en un nacimiento tardío, por el otro, el peso del proletariado ruso era mucho mayor que el de la burguesía, si se tiene en cuenta la inversión del capital extranjero en la industria rusa. Las tendencias al compromiso con la autocracia, evidenciadas reiteradamente por la burguesía liberal, exigían perentoriamente del partido obrero la más resuelta participación en la formación de un gobierno provisional revolucionario y la mayor audacia en el ahondamiento del proceso revolucionario, precisamente para conjurar las vacilaciones, retrocesos o traiciones de la burguesía liberal en el curso de la "revolución burguesa". Pues esta revolución burguesa no se realizaba en la época del ascenso de la burguesía mundial, sino en la era de su declinación definitiva.

La hegemonía incuestionable de la burguesía en la realización de las revoluciones nacionales y democráticas de los siglos anteriores se derivaba férreamente del amorfismo social del proletariado, pues el desarrollo industrial era muy precario en esa época y la burguesía comercial y manufacturera dominaban la escena económica sin temor a la competencia de un artesanado tan múltiple como disperso. Pero en el siglo XX la burguesía como clase ha perdido ya toda viabilidad histórica; sin duda que en los países atrasados aún está en condiciones de participar o aún de encabezar la revolución nacional y democrática. Pero a su lado se levanta el proletariado, que para librar en el plazo más breve posible su propia lucha por el socialismo y modernizar la nación, se ve obligado a impulsar el proceso revolucionario nacional hasta la

realización de todas las tareas burguesas y democráticas incumplidas o redactadas por la burguesía misma.

¿Cómo negarse, en consecuencia, decía Lenin, a participar lo más activamente posible en la formación de un gobierno provisional revolucionario junto a representantes de la burguesía? ¿Cómo podían los mencheviques asimilar la situación de la Rusia zarista —imperio opresor y semicolonial del capital anglofrancés, a un tiempo— con la Francia imperialista? Entrar en un gobierno que hubiera derrocado a la autocracia en Rusia difería por completo del ingreso a un gabinete burgués en la República imperialista. Si en esta última tan sólo podía hablarse de realizar el socialismo, en el país atrasado la cuestión misma del socialismo era inconcebible sin plantear ante todo la República democrática y la liquidación de la barbarie precapitalista. No faltaban veces que en nombre de la "revolución socialista" se negaban a considerar la intervención de la socialdemocracia en el gobierno provisional. Lenin explicaba: "*La socialdemocracia, que actúa en el terreno de la sociedad burguesa, no puede participar en la política sin marchar, en casos aislados, al lado de la democracia burguesa*". Y agregaba: "*En países tales como Rusia, la clase obrera sufre no tanto del capitalismo como de la insuficiencia del desarrollo de este último. Por eso la clase obrera está absolutamente interesada en el desarrollo más vasto, más libre, más rápido del capitalismo... Por eso, la revolución burguesa es extremadamente beneficiosa para el proletariado... De esta conclusión, dicho sea de paso, se desprende asimismo la tesis de que, en cierto sentido, la revolución burguesa es más beneficiosa para el proletariado que para la burguesía. He aquí en qué sentido es indiscutible esta tesis: a la burguesía le conviene apoyarse en algunas de las supervivencias del viejo régimen contra el proletariado: por ejemplo, en la monarquía, en el ejército permanente,*

etc."[1] A los teóricos del "marxismo "impoluto" —que tanto abundan en nuestro país— y que manifestaban un santo horror por la expresión misma de "revolución burguesa", Lenin les respondía con una de sus fórmulas lapidarias: "*Es completamente absurda la idea de que la revolución burguesa no expresa en lo más mínimo los intereses del proletariado*". Plejanov, por ejemplo, dirá en esa polémica, que participar en el gobierno revolucionario con "*los representantes de la pequeña burguesía es traicionar al proletariado*"[2]. El precursor del pensamiento marxista ruso expresaba en esos términos su incomprensión típicamente "occidental" de los fenómenos revolucionarios de un país atrasado: trasladaba a Rusia lo que era correcto para Alemania. Un cuarto de siglo más tarde el stalinismo remitirá desde Rusia al mundo entero fórmulas no menos abstractas y peligrosas, aunque del vuelo teórico de Plejanov ya no quedarán rastros.

El lector del presente libro de Lenin podrá estudiar el pensamiento del revolucionario bajo la presión de los acontecimientos que lo espoleaban: es la revolución de 1905 y la actitud del partido hacia ella lo que constituye el tema de los trabajos de Lenin. A los mencheviques que tan sólo deseaban presionar a la burguesía liberal "desde abajo", Lenin opone: "*Desde abajo y también desde arriba*". Quien desee luchar tan sólo desde abajo en la revolución democrática, "*sostiene un principio anarquista*". En este mismo volumen, son particularmente relevantes las observaciones de Lenin acerca de la política a seguir frente al ejército, a las sediciones militares (que Engels tanto como Lenin juzgaban en ciertos casos útiles al desarrollo de la revolución democrática y al carácter resuelto con que el partido revolucionario debía lanzarse hacia el centro mismo del movimiento de masas, junto a las clases no proletarias, para inspirarlas, alentarlas y poder así disputar

[1] Lenin, "Obras Escogidas", T. II, Ed. Problemas, Bs. As., 1946, página 48.
[2] Idem ant. pág. 48.

con la burguesía la conducción del torrente revolucionario. *"On engager et après voir"*, tal era la fórmula napoleónica que Lenin citaba con preferencia[3]. Se comprende el asombro de la escuela marxista tradicional de Rusia ante este marxismo viviente, penetrado de especificidad nacional, propuesto por el jefe bolchevique a los maestros venerables del menchevismo, imbuídos de respeto por la socialdemocracia alemana y su cautelosa táctica parlamentaria. Del mismo modo que los mencheviques rusos vivían prisioneros del modelo europeo, que aspiraban a imponer a la realidad de un país atrasado, los izquierdistas de la izquierda cipaya argentina oponen a nuestra realidad modelos no menos extraños, sean estos de procedencia europea o soviética. Se niegan en todo caso a comprender la cuestión nacional desde el punto de vista marxista y esta ceguera los ha conducido a la impotencia más completa. La lectura atenta de esta obra de Lenin contribuirá a esclarecer ciertos aspectos fundamentales de la táctica proletaria en la revolución democrática —y también a comprender por qué Lenin condujo a su partido a la victoria—. Si en el debate con Plejanov, su antiguo maestro y figura descollante de la inteligencia revolucionaria rusa, Lenin no vacila en emplear todas sus armas polémicas, hará lo mismo con Trotsky, en cuya fórmula de la "revolución permanente" temía no estar representado con suficiente claridad el papel que debía jugar la burguesía liberal y el campesinado en la revolución democrática. Esas grandes figuras cambiaban golpes porque podían soportarlos y porque en la polémica se jugaba el destino de millones de hombres. Tan sólo en nuestro país, los "izquierdistas" temen analizarse recíprocamente, en aras de la "unidad podrida" de la izquierda cipaya. El estilo de Lenin no era tan complaciente.

Las posiciones de los actores y las clases de 1905 cambiarán radicalmente en 1917. La primera guerra imperialista desnudará por completo la sumisión de la burguesía liberal rusa a los de-

[3] "Comprometerse, meterse y después ver".

signios de la Entente anglo-francesa y su renuncia a llevar adelante la "revolución burguesa", a tocar la tierra y a hacer la paz. Lenin adoptará en abril de 1917, al llegar de la emigración, una posición totalmente diferente a la de 1905. Al verificar la total deserción de la burguesía liberal del frente revolucionario, extraerá de un golpe todas las conclusiones necesarias y lanzará la fórmula: *"Todo el poder a los Soviets"* y *"Abajo los diez ministros capitalistas"*. Caído el zarismo, impotente la burguesía para profundizar la revolución, al proletariado no le quedaba otro camino que asumir la dirección de los campesinos y de la revolución, a riesgo de hundir el país en el caos. En ese momento, la burguesía liberal y Plejanov, con los mencheviques, que hacían frente con ella, acusaron a Lenin de haberse pasado al "trotskysmo". Naturalmente, Trotsky estará al lado de Lenin en el gran momento de la insurrección de Octubre, pues si Lenin, se había vuelto "trotskista" al adoptar la fórmula del gobierno obrero, Trotsky se había vuelto leninista al abrazar la concepción bolchevique del partido, punto capital de sus antiguas divergencias.

Si Plejanov consideraba como una "traición al socialismo" el ingreso de la socialdemocracia a un gobierno provisional en 1905, en 1917 invertirá su posición y sus amigos formarán parte del gobierno provisional. A su vez, Lenin, Trotsky y los bolcheviques, calificaron esa actitud de "ministerialismo" y de traición al socialismo. Ni los mencheviques, ni los bolcheviques, sin embargo, podían ser acusados de inconsecuencia. Por el contrario, el viraje radical de ambas tendencias, obedecía a las mismas causas: la caída del zarismo, que se había desplomado como un árbol putrefacto, había lanzado a la burguesía liberal a los brazos del capital imperialista exterior y de la reacción monárquica interior, espantados todos por el ascenso revolucionario de las masas. Participar del gobierno provisional en 1917, era renunciar a la revolución burguesa, es decir a la revolución agraria; y rehusar en 1905 a participar del gobierno provisional revolucionario implicaba aban-

donar en manos de la burguesía liberal la bandera de las reivindicaciones democráticas, renunciando a conducir al país. Si la fórmula de la revolución permanente de Trotsky parecía a Lenin demasiado abstracta en 1905, esa fórmula interpretará la compleja realidad de 1917: en nombre de las masas populares y de las tareas democráticas, el proletariado y su partido se arrojarán a la lucha introduciendo en su desarrollo las primeras medidas socialistas. La revolución democrática y la revolución socialista se confundirán en un mismo proceso, sin compartimientos estancos. Sólo podrían alcanzar su definitiva realización no en el marco del Estado soviético, sino en el de la Europa avanzada, y no solamente en sus límites, sino en el del planeta entero. El leninismo será acusado de "trotskista" por la reacción burguesa de 1917. Después de 1924 el stalinismo condenará al "trotskismo" para sepultar el legado ideológico de Lenin antes de fusilar a sus herederos.

CAPITULO V - 1963

EL PAIS EN LA TRAMPA *

Como los hongos después de lluvia, los pantanos de las crisis engendran numerosos profetas y sabihondos. Cuando la crisis de un país llega hasta sus mismos cimientos, como en la Rusia de 1917, hasta proliferar los Rasputines, y el viejo orden, poseído de un desconcierto insano, besa los pies de los iluminados y busca en el cielo lo que la tierra se niega a explicar. En la crisis argentina han aparecido los astrólogos, a quienes consultan la burguesía industrial y los empresarios más realistas. Pero la constelación de los astros tampoco parece dispuesta a descifrar las razones de las convulsiones en que se debate la sociedad argentina.

Una vez más intentaremos fijar las posiciones del proletariado revolucionario en esta grave emergencia nacional.

La aparición del capitalismo argentino

La industria nacional creció entre las grandes crisis del imperialismo. Las dos guerras mundiales y la crisis de 1929 actuaron como factores propulsores de un capitalismo nativo, que nació enredado entre las pinzas de sus proveedores imperialistas de materias primas y de maquinaria. Si la burguesía nacional quedó

* Prólogo a "El proletariado y la revolución democrática", de V. I. Lenin, Ediciones Coyoacán abril d e1962.

desde entonces unida al temor y la envidia hacia los grandes imperios, no es menos cierto que el proletariado que originó el desarrollo capitalista argentino venía a constituirse no sólo en la mayor fuerza política del país sino en su sector nacional más consecuente y concentrado. El peronismo fue la primera expresión de esa irrupción capitalista en el viejo país agrario. La cabeza política del peronismo fue el Ejército, sobre todo los elementos ligados a Fabricaciones Militares y a la industria pesada, a pesar del breve dominio ejercido por Miranda y la industria liviana en la conducción económica. Pero el peronismo se detuvo en el límite, más allá del cual debía proceder a expropiar a la oligarquía terrateniente, comercial y financiera y desenvolver el programa de la Revolución Nacional hasta sus últimas consecuencias. Esa limitación del peronismo permitió a la oligarquía atemorizada, pero intacta, derribarlo en 1955, con la complicidad de todos los partidos de izquierda y derecha. Frondizi con el apoyo de Perón intentó más tarde replantear, en una escala infinitamente más débil y mediante un acuerdo con el imperialismo, el programa de industrialización. El carácter dual de su política no podía satisfacer ni a la oligarquía ni a la burguesía nacional, ni mucho menos, a la clase trabajadora. Su caída era inevitable. Lo cierto es que desde hace ocho años ha desaparecido del país una política económica nacional. La vieja oligarquía agropecuaria, más allá de las polémicas académicas entre "estructuralistas" y "monetaristas", continuó en los mandos de la orientación económica, a pesar de los recientes pronunciamientos militares o a través de ellas. Esto mismo prueba la debilidad orgánica de la "burguesía nacional", su temor a movilizar a la clase obrera, su tendencia irrefrenable a pactar con la oligarquía y su medular ceguera histórica.

La causa última de la crisis presente obedece a que la Argentina, país capitalista relativamente desarrollado, sin una cuestión agraria a resolver de la índole que es típica en América Latina,

es al mismo tiempo una semicolonia industrial y financiera del imperialismo internacional. Esta doble condición constituye el máximo acelerador de sus crisis y abre una vasta perspectiva revolucionaria. La conclusión aludida difícilmente podría ser exagerada, si se considera que nuestro país reproduce en cierta forma la concentración urbana y el nivel de vida relativo a las grande capitales mientras que, por el contrario, las bases de su desarrollo capitalista son tan débiles que su dependencia del exterior las expone fatalmente a hundimientos catastróficos y veloces como el que tenemos a la vista. Mientras que en las semicolonias o colonias "típicas" del imperialismo su grado de atraso, su insuficiencia industrial, la dispersión y la debilidad de su clase obrera actúan a manera de garantías suplementarias de una "estabilidad" fundada en el poder exterior y en la miseria general, en la Argentina industrial semicolonial la crisis se expande en un escenario esencialmente urbano, ante la presencia de un proletariado concentrado y seguro de sí mismo y en medio de un pánico general de las clases dominantes nativas, demasiado débiles para enfrentar a las masas trabajadoras a menos de contar con un fiel aparato militar represivo. Esto último se revela como uno de los aspectos más importantes de la situación presente. En numerosas publicaciones, el socialismo revolucionario de la Izquierda Nacional ha enjuiciado el papel desempeñado en la historia argentina por el Ejército, al mismo tiempo que el papel específico jugado por las fuerzas armadas en los países semicoloniales. Ya Trotsky pudo señalar estos aspectos en relación con la revolución mexicana, como Marx el carácter de los célebres "pronunciamientos" en la España del siglo XIX, a través de los cuales la clase media del Ejército expresaba el descontento de vastos sectores del pueblo y de la burguesía ante el atraso nacional. Pero estos análisis no pueden llevarse demasiado lejos. Si el pensamiento marxista enriquecido con la experiencia histórica, sirve para algo, es evidente que sólo un análisis concreto puede prestar servicios útiles a la

causa del socialismo. En este caso, el Ejército argentino de los últimos ocho años ha sufrido los mismos desplazamientos que los operados en la conciencia de la pequeña burguesía civil y se ha fragmentado en numerosas tendencias políticas que indican la profundidad de sus luchas internas. Se habla de una corriente "nasserista", dispuesta a imprimir por arriba un cambio en la orientación económica y social impuesta al país desde 1955. No podemos pronunciarnos sobre esta corriente militar, cuyos reales propósitos ignoramos, del mismo modo que resulta imposible predecir por anticipado su verdadera política y su destino ulterior. Pero a veinte años del 4 de junio de 1943, estamos en condiciones de afirmar categóricamente que sólo la clase obrera y su pensamiento político constituyen la fuerza capaz de resolver por métodos revolucionarios todos los problemas que aquejan a la República. En el movimiento nacional revolucionario, cuya fuerza motriz y cuya cabeza debe ser la clase trabajadora, tienen cabida todas las fuerzas, civiles o militares, que acepten la emancipación nacional y social de la Argentina. No creemos en salvadores providenciales ni en espadas purificadoras.

La gestación del llamado Frente Nacional, por otra parte, constituye de suyo una burda estafa a la voluntad del pueblo argentino y no puede contar con nuestro asentimiento. Sin la participación abierta y pública del peronismo en los comicios, estas elecciones están viciadas hasta la médula y todo "Frente Nacional" que cuente con la aceptación de Frondizi, Kennedy y Onganía no será representativo de al voluntad ni de la soberanía popular. Esa es la posición del Socialismo de la Izquierda Nacional.

No hay situación sin salida. Si el progreso industrial argentino por las vías capitalistas no puede ser asegurado por la burguesía nacional "desarrollista", ni por el Ejército, ni por el peronismo, ni por el frondizismo, el país no estará por esas razones dispuesto a languidecer, a hundirse en la degradación económica, biológica

y social. En ese caso, se abre la perspectiva del socialismo, de nuestro socialismo, argentino, popular y latinoamericano.

IDEOLOGIA SOCIALISTA Y REVISION HISTORICA *

Hasta 1943, el proceso histórico y político argentino se había desenvuelto bajo un doble sometimiento: la alienación económica determinada por la metrópoli inglesa y la subversión de la conciencia nacional, que actuaba a manera de un reaseguro imperialista. En la medida que la Argentina aparecía como un suplemento agrícola del Imperio Británico, su historia no podía concebirse como la suma de las actos propios de un país independiente, sino como la manifestación del "status" creado por el sector agrario indígena en la frontera interior de la semicolonia. Resultaba así que la versión oficial del pasado argentino quedaba reducida a la magnánima introducción del "progreso extranjero" en la "barbarie nativa".

Pero si indudablemente las masas populares habían pugnado a lo largo del siglo XIX por organizar una Nación, "latinoamericana" primero, y luego "argentina", no era menos evidente que sus tentativas, aún las más audaces, se habían cristalizado y detenido en los límites establecidos por el imperialismo contemporáneo. Ese fue el caso de la federalización de Buenos Aires en 1880, década significativa que coincide con la aparición del capital financiero y la suplantación de la exportación de mercancías por la exportación de capitales. Cuando Roca establece la

* Publicado en la revista "Izquierda Nacional", órgano del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, Julio de 1963.

unidad del Estado, cumpliendo una vieja aspiración nacional, las posibilidades que ese acto abría para la formación de un capitalismo argentino y de una burguesía nacional irían a frenarse por la presencia todopoderosa del imperialismo en su etapa triunfal, que doblega al roquismo y lo disuelve en la oligarquía bonaerense.

Hacia 1914 Roca había muerto, cuando el roquismo ya no existía y sus hombres se bifurcaban hacia el radicalismo o el conservadorismo. Pero si el partido de Mitre se le había adelantado en ese ocaso político de los antiguos partidos decimonónicos, habría de sobrevivirlo como expresión ideológica de la oligarquía resurrecta. El importante papel que una ideología puede jugar en el proceso histórico se prueba precisamente a la luz del mitrismo. Desaparecido el general Mitre, sus hombres se unieron al conservadorismo o al radicalismo, sobre todo al primero. Pero lo que el mitrismo representaba en los tiempos de Pavón —un liberalismo porteño y oligárquico— influyó sobre ambos partidos modernos. Es sintomático que Hipólito Yrigoyen, jefe del nuevo movimiento nacional que reemplaza en la escena al roquismo, rompa con las tradiciones políticas que en cierto modo debía heredar. Esa ruptura obedece a dos causas, íntimamente relacionadas: el carácter predominantemente inmigratorio del radicalismo, sobre todo en las ciudades, y la conclusión que Yrigoyen extrae de ese hecho y que lo lleva a hundir en las tinieblas, deliberadamente, sus nexos históricos con el roquismo y el federalismo nacionalista de las provincias.

Yrigoyen y la historia argentina

Yrigoyen niega en redondo todo el pasado, al que genéricamente condena bajo su palabra simbólica de "Régimen". Por el contrario, eleva a su partido a la condición de "Causa", lo que sí satisfacía a los argentinos nuevos que militaban en el joven

movimiento y afirmaba su seguridad ante el patriciado del pasado "regiminoso", fundaba tajantemente la historicidad del radicalismo. La pequeña burguesía urbana y rural, fruto directo de la inmigración, inmigrante en parte ella misma, rechazaba por boca de su jefe la búsqueda de una historia nacional. Le bastaba saber que entraba políticamente a la historia a través de Yrigoyen. Sin embargo, los mejores elementos del roquismo, del jordanismo y de los federales de arraigo en provincias, se habían incorporado al radicalismo naciente, cuyo jefe no podía ignorar, como no ignoraba, esas corrientes históricas que lo nutrían.

Pero al rehusarse a establecer sus vinculaciones con el pasado, Yrigoyen evidenciaba no sólo el descarnado realismo político que siempre lo distinguió, sino también su capitulación ante las ideas históricas de la oligarquía que se disponía a enfrentar: en realidad, su aceptación de la historia mitrista configuraba una especie de pacto con la oligarquía a la que reconocía como sagrada custodia de la tradición nacional, mientras que al confinar a su movimiento a una lucha puramente empírica, lo despojaba de trascendencia, y abría la puerta a las restauraciones.

Su célebre "antimitrismo", reducido a una sola frase, por otra parte, interesaría más tarde a los eruditos y a los investigadores, pero resultaba totalmente insuficiente para educar a una generación. En los tiempos de Don Hipólito, como en la época actual, la crítica de la historia era casi toda la ideología política, o por lo menos su inevitable fundamento. La ambigüedad de Yrigoyen, no sólo en cuanto a su programa, explicable por el carácter policlasista de su partido, sino ante todo con respecto a los orígenes y composición del radicalismo, era inexpugnable. El caudillo recelaba de la oligarquía, que conservaba desde la Revolución de Mayo el poder absoluto de la prensa diaria y, como decía Alberdi, el "despotismo turco" de la historia. Pero al rechazar toda vinculación con los orígenes, el radicalismo nació sin historia propia y sin una interpretación de la historia patria, a la que

se veía impedido de insertarse como un eslabón causal. A-histórico, a-ideológico, el radicalismo se vería acusado por la oligarquía y los lacayos, de "movimiento irracional" y "temperamental", reservándose para sí misma la seductora posición de heredera de la tradición patria. Así, el radicalismo debió asumir en los hechos la historia forjada por sus adversarios y que había llegado a ser la mitología escolar de los argentinos.

Prisionero desde sus comienzos de esas categorías históricas, el radicalismo llevaba los gérmenes de la disolución en sus propias entrañas. Alemistas e irigoyenistas, "azules" o "peludistas", "intransigentes" o "antipersonalistas" indicaban en cada etapa las divisiones y traslaciones de la clase media agraria o comercial vinculada orgánicamente al sistema exportador de los grandes ganaderos o los sectores de la incipiente burguesía industrial que "no osaba decir su nombre".

La burguesía nacional, venida al mundo cuando el imperialismo ya dominaba en él, no podía reflejar en su pensamiento político y en su vida práctica sino toda su insignificancia. Participaría en los movimientos nacionales de este siglo para medrar en ellos y abandonarlos en el primer momento de pánico. No había logrado, ni soñado siquiera, con crear su propio partido político, ni su prensa independiente. Se redujo a presionar a través de la prensa oligárquica, a la que fue enriqueciendo con sus aportes publicitarios, sin obtener la menor influencia en ella. El ejemplo más notable de estas características de la burguesía nacional, lo constituye su actitud frente al peronismo, el segundo gran movimiento nacional de este siglo. A semejanza del yrigoyenismo, este movimiento se reveló incapaz de conquistar ideológicamente a su época. Dejó en poder de la oligarquía dos elementos básicos de dominio: la influencia histórico-cultural sobre la sociedad argentina y su fuerza económica radicada en la propiedad de la tierra. Si no pudo atacar a la oligarquía agropecuaria en su raíz, fue, entre otras razones, porque aquella, a

diferencia del régimen feudal clásico, es una oligarquía capitalista, vinculada a los frigoríficos y al comercio de importación y exportación.

En tales condiciones, los intereses nacionales que acompañaban las banderas del peronismo, no podían representar el mismo papel que el de la burguesía revolucionaria del siglo XVIII, exterminar el feudalismo e imponer la dominación burguesa en todas las esferas de la vida social. En la Argentina del último cuarto de siglo, la clase dominante en su conjunto reposa sobre el régimen capitalista de producción, sea este agrario o industrial. Las limitaciones históricas de la burguesía "nacional" encuentran en esa frontera objetiva su más profundo fundamento. A través del peronismo, esta burguesía pudo hacerse oír desde las alturas del poder y en la política económica, pero no alcanzó jamás una influencia estatal perdurable ni ejerció una hegemonía ideológica en el país como para garantizar la continuidad de su poder, anonadar a sus adversarios y abrir el camino a un desarrollo industrial soberano. Como en su hora el yrigoyenismo, tampoco el peronismo pudo enfrentar a la oligarquía en el campo de las ideas históricas; expropiada del poder por el movimiento encabezado por Perón, la casta oligárquica mantuvo intacta su estructura económica y un poder aplastante en la superestructura cultural. Perdió el edificio del Jockey Club, pero conservó sus estancias; Borges fue despedido de su empleo municipal, pero el estilo cultural europeizante y abstracto de las instituciones, las universidades, las revistas literarias y el dispositivo del prestigio permaneció intacto ante las celebradas torpezas del régimen. El peronismo en el poder no innovó el sistema educacional, ni abrió ningún debate clarificador. Tan sólo un sector del revisionismo rosista, intentó cubrir con el estandarte del restaurador de las leyes la indigencia del gran movimiento, alterando, como era lógico, su verdadero y profundo significado nacional y democrático, es decir, no bonaerense ni antipopular.

Que tanto el yrigoyenismo en su tiempo, como el peronismo en nuestros días hayan carecido de una concepción ideológica y cultural global, no es obra del azar. La burguesía europea que libraba su batalla contra el régimen feudal había precedido su triunfo por un florecimiento cultural que cambió el "espíritu del tiempo". Antes de asumir oficialmente el poder, la nueva clase impuso su sello en Francia por medio de los enciclopedistas y en Alemania, su unidad nacional, realizada bajo el puño de Bisbarck, se justificó filosóficamente o mediante el lenguaje del arte a través de Goethe, Schiller, Fitche y Hegel. Sin embargo a la vista, la burguesía europea pudo desarrollar hasta sus últimas consecuencias una ideología política y una concepción del mundo burgués, que aniquiló al feudalismo en la esfera del pensamiento mucho antes de exterminarlo políticamente. De otro modo no habría podido consolidar su poder universal. Pero la burguesía argentina, y en este caso el peronismo, aparecen en la época de la revolución mundial, cuando las masas trabajadoras en el mundo entero imponen su propia hegemonía e incluso amenazan encabezar los propios movimientos nacionales. Las burguesías de los países atrasados se ven impedidas de exponer ante las oligarquías nativas una visión general y profunda de su propios fines, reemplazar la historia falsificada por los agentes imperialistas, modernizar su ideología y proyectarla como una explicación progresiva y democrática de sus objetivos de clase. Así, el peronismo carece de una opinión sobre los principales problemas históricos de la Argentina, vacila entre el rosismo y los viejos mitos unitarios, entre el "democratismo" y la apología al "poder fuerte", entre el "franquismo" y las simpatías a las revoluciones nacionales de otros países, entre un anticomunista reaccionario y una admiración ambigua por el mundo socialista, entre un "social-cristianismo" infuso y un "humanismo social" no menos indeterminado. La razón material de este caos reposa en el peligro de que la clase obrera, que mayoritariamente sigue al peronismo, pueda

elevarse a una concepción socialista de la revolución nacional partiendo de la base de una concepción nacional y democrática. La confusión ideológica del movimiento nacional burgués ejerce aquí las funciones de un control político defensivo frente a las masas. La indiscutible progresividad del peronismo está fuera de cuestión en este análisis y sus razones las hemos expuesto tan reiteradamente desde 1945, como para insistir nuevamente en ello hoy, cuando innumerables cipayos veinte años después, descubren maravillados al peronismo, aunque sin comprenderlo.

La clase obrera y el pensamiento socialista

Las primeras manifestaciones del pensamiento socialista en la clase obrera debían reflejar necesariamente las condiciones singulares de la época en que aparecían. Los artesanos inmigrantes o hijos de inmigrantes asumieron la ideología socialista y comunista precisamente porque ese "socialismo" explicaba la realidad de la semi-colonia con los argumentos de una sociedad europea que había inoculado en ellos los prejuicios imperiales. Era una ideología socialista para consumo de la ciudad-puerto, análoga a las ciudades europeas de donde procedían. Las ideas históricas y políticas predominantes en Buenos Aires eran las del mitrismo y de la burguesía comercial, de la que vinieron a constituirse en su ala izquierda. Junto al cosmopolitismo liberal de Mitre, los socialistas de Justo levantaron el cosmopolitismo "obrerista", que en términos políticos era precisamente lo que más convenía a la oligarquía portuaria para cerrar el paso al yrigoyenismo. Artesanos y consumidores, esos trabajadores debían encontrar en el Partido Socialista librecambista el defensor de sus intereses inmediatos, que coincidían con el criterio importador de la oligarquía. Por esa razón combatieron la política industrial proteccionista, a la que imputaban el encarecimiento de los artículos de consumo, que podían adquirirse a menor precio con una adua-

na libre. Para ese tipo de obrero de la semi-colonia, el antiindustrialismo venía a constituirse en todo un programa. Y su interpretación del país interior, el país de los "negros", se tomaba en préstamo de la aversión euro-porteña hacia el pueblo argentino, con toda su historia, su drama y su lucha.

Es fácil comprender por qué el pensamiento marxista no podía brotar con fuerza creadora en un país alienado, sin proletariado nativo, sin mercado interior, sin una clara diferenciación de sus clases, sin conflictos propios.

La asombrosa inmovilidad de la semi-colonia argentina hasta 1943 era la directa consecuencia del "pacto colombiano", de una alianza orgánica entre la oligarquía ganadera y comercial con el capital extranjero. Derechas e izquierdas participaban en proporciones adecuadas de las ventajas obtenidas de la sujeción nacional. El tiempo parecía detenido. Mientras el país de carne y hueso se desangraba en la parálisis, la oligarquía y su oposición dirimían caballerescamente sus diferencias en un Westminster fraudulento. La Argentina estaba sustraída al movimiento general del capitalismo y para emplear la expresión de Lenin sufría "no tanto del capitalismo como de la insuficiencia del desarrollo de este último", ya que su servidumbre exportadora ejercía un rol paralizante tanto para su economía, gorzosamente tributaria y dependiente del comercio exterior, sino también para su política, sus ideas históricas y su literatura.

Esta última era una miserable expresión bizantina de los "rastros" europeos, ávidamente consumidos por el rastacuerismo de la sociedad oligárquica y su clientela pequeño burguesa. Sin capitalismo industrial interior, era correlativa la carencia de las leyes dinámicas que ese capitalismo pone en acción; a la periferia sólo llegaban los ecos del debate teórico, los ecos de la producción industrial metropolitana, los ecos de una sociedad viva y real, que era Europa y de la que la Argentina era una sombra remota. La más simple lógica indica que el "marxismo" debía manifestarse entre nosotros como una variante izquierdista del bizantinismo intelectual (aunque una variante mediocre y conformista), un secreto para iniciados o una receta inerte para eunucos, vaciado de su riqueza dialéctica, inconcebible de aplicar a una sociedad estática, sin estremecimientos ni formas propias, sociedad que giraba alrededor de potentes astros lejanos. Pero la dialéctica demostró su existencia a partir del momento en que los argentinos ingresaron a la producción capitalista, asomó su cabeza el nuevo proletariado, se dibujaron las clases nacionales en todas sus dimensiones y los enfrentamientos recíprocos, los golpes militares, las manifestaciones de masas, los grandes sindicatos o el bloqueo imperialista instalaron al país dormido en la modernidad.

Ideológicamente, el marxismo argentino sólo podía desarrollarse, a su vez, a partir del análisis crítico del peronismo, como su aliado de izquierda y simultáneamente su contrafigura, tanto en la coincidencia en los fines nacionales comunes como en la independencia que una política socialista supone frente a las vacilaciones y contradanza de la jefatura política burguesa, independencia en la que reside la única garantía para un reagrupamiento de la vanguardia del proletariado.

Fue precisamente entonces que la Izquierda Nacional inició su transformación de corriente ideológica en corriente política y se convirtió en una necesidad absoluta del nuevo país. En un amplio sentido, la Izquierda Nacional vendría a justificar históricamente su existencia como la más importante manifestación intelectual del 17 de Octubre, aunque la verdad rigurosa exije establecer que sus sostenedores ya luchaban por el país antes de esa fecha. Eran los núcleos marxistas que asumían la herencia de los procesados y fusilados en Moscú por la burocracia de Stalin y Khrushchev, y que en la Argentina se levantaron, ellos solos, contra la intervención del país en la guerra imperialista. Si la Izquierda Nacional es la continuación de las corrientes marxistas

revolucionarias que antes de 1939 habían condenado la burocratización del Estado soviético, su interpretación del movimiento popular del 45, su revisión socialista de la historia argentina, su reinterpretación del Ejército y su crítica renovadora del proceso de la cultura satélite la distinguieron como la más poderosa corriente de ideas aparecida en el país.

La lentitud de su gestación y el áspero carácter de los obstáculos que se oponen a su irresistible expansión fue proporcional a la magnitud de las tareas que se proponía resolver. Independiente del imperialismo, de la burocracia soviética y de la burguesía nacional, la nueva izquierda, encarna a la joven Argentina. Existe porque es la respuesta a una profunda exigencia nacional, porque la clase obrera busca ya un eje de reagrupamiento y porque la juventud estudiantil reconoce en ella a su bandera. Es la bandera de la unidad de América Latina, grandiosa divisa de nuestra revolución.

CAPITULO VI — 1964

LOS PELIGROS DEL EMPIRISMO EN LA REVOLUCION LATINOAMERICANA *

El triunfo de la revolución cubana ha dado lugar a una considerable bibliografía. Sociólogos, periodistas, visitantes ocasionales (tanto de Cuba como de los problemas revolucionarios), interesados amigos y burgueses de izquierda no menos interesados han desfilado por la espléndida isla, en las diversas etapas de su proceso.

A su regreso sintieron la íntima exigencia de escribir su "testimonio". Pero sería un grave error juzgar a los maravillosos cubanos por los "cubanistas". La revolución producida en Cuba tiene suficientes títulos para la historia como para impedir que pueda ser confundida por esa marea inevitable de "simpatizantes" que suscita toda victoria. La osadía de sus jefes, su indudable firmeza y la rapidez de un aprendizaje ya es un lugar común de la literatura política y está fuera de toda discusión. Pero acontece frecuentemente que, cuando se inaugura un nuevo punto de partida en la historia universal, las cabezas visibles de un gran proceso político son envueltas por la ola de encomios originada precisamente en aquellos que nada hicieron para el triunfo y que se convierten en los más celosos guardianes de la reputación y de la infalibilidad de la revolución triunfante. En este sentido la revolución cubana parece seguir el mismo destino corrido por la revolución rusa,

* Publicado en "Izquierda Nacional", octubre de 1963, Nº 4.

a saber, que sólo se legitiman dos posiciones: la del enemigo imperialista, que la cubre de infamia, o la del "amigo" que al tiempo que la canoniza, declara sospechosa a aquellos revolucionarios para los cuales la revolución cubana es susceptible de análisis y para quienes sus incidencias internas, las fuerzas que en ella se debaten, son capitales para su destino. La revolución en Cuba ha roto las compuertas de una admiración indiscriminada y de una especie de delirio "cubanista" en las izquierdas latinoamericanas que, sustancialmente sano en su origen, amenaza con paralizar el funcionamiento del pensamiento marxista en relación con tan importante problema. Y, no sólo el pensamiento marxista, sino ante todo la acción revolucionaria que ese pensamiento guía.

Si la revolución cubana reviste una importancia tan singular, se debe ante todo al hecho de que con ella la revolución latinoamericana ha experimentado un gigantesco paso hacia adelante. Pues si Cuba fuese en realidad una isla, como afirman los geógrafos, su revolución aparecería notablemente disminuida en el campo de la historia mundial. Sería un puro falansterio insular, una criatura prodigiosa sin porvenir. Lo que proyecta a la revolución cubana al plano de las grandes perspectivas históricas es que Cuba es una provincia de la Nación Latinoamericana. Se nos permitirá añadir que salvo Fidel Castro, nadie hasta hoy ha expresado este punto de vista. Es preciso establecer que, por otra parte, la revolución latinoamericana es, a su vez, una etapa hacia el establecimiento de la sociedad socialista en este planeta. Los "cubanistas" que se han pronunciado en Latinoamérica sobre la revolución cubana, en particular los stalinistas y los socialistas de "izquierda", han evitado hasta hoy, como es tradicional en la izquierda cipaya, decir una sola palabra sobre el carácter latinoamericano de la revolución cubana. Ellos insularizan las revoluciones como el imperialismo balcanizó nuestros Estados. Pero lo que podría pasarse en silencio tratándose de los "cubanistas" o de los "amigos de Cuba", es imposible que ocurra con el Che

Guevara. La autoridad que dimana del papel que ha jugado y juega en Cuba y el prestigio genuino de que goza por sus actos, vuelve imperiosa la tarea de impedir que bajo su autoridad las ideas erróneas que expresa Guevara sobre algunos aspectos de la estrategia revolucionaria cubran el oportunismo o el aventurerismo de aquellos que si no hicieron la revolución cubana fue porque, casualmente, estaban ocupados en apoyar la contrarrevolución de 1955. Nos estamos refiriendo a las múltiples variantes de la izquierda cipaya de nuestro país, que han encontrado en Cuba un excelente pretexto para ocultar su oportunismo en la propia patria.

El Origen y la "Excepcionalidad" de la Revolución Cubana

En un trabajo que publica "Monthly Review" (Octubre de 1963, edición argentina) Guevara expone sus ideas acerca de la experiencia que la revolución cubana puede prestar a la revolución en América Latina. Resulta penoso comprobar que el tratamiento del tema es sensiblemente inferior al tema mismo, de suyo importante. Aunque Fidel Castro, en diversos discursos, se ha referido con particular énfasis al destino común de la revolución en Latinoamérica, Guevara no parece reparar en este ensayo sobre el carácter unitario, —históricamente y políticamente considerado— de nuestra revolución. Por el contrario, disuelve el gran problema estratégico de la revolución latinoamericana en la adopción de "fórmulas únicas" para realizar la revolución en cada uno de nuestros veinte Estados. Si bien es cierto que Guevara, al soslayar la existencia de una cuestión nacional latinoamericana incurre en un serio error, sus fórmulas de "medicina empírica", para usar su infortunada expresión, agravan ese error y lo transforman en un trágico equívoco. Pues si la propia, existencia de América Latina balcanizada en 20 Estados es la demostración más evidente de la acción imperialista inglesa primero y

norteamericana más tarde, de nuestra impotencia, la provisión de "fórmulas" para tomar el poder en Panamá o en la Argentina, en Uruguay como en Venezuela demuestra que ni en la esfera estratégica, ni en la esfera táctica, las ideas de Guevara están en orden.

El hecho de que Guevara sea uno de los principales jefes de la revolución cubana duplica su responsabilidad, pero al mismo tiempo sus apreciaciones adquieren un valor público independiente que requiere la más clara y rápida respuesta.

Ridiculizando a algunos "excepcionalistas" que juzgan el triunfo de la revolución cubana como producto de condiciones sumamente especiales e irreproducibles en el resto de América Latina, Guevara admite ciertas particularidades que gravitaron en Cuba. La primera de ellas, según Guevara, es "*esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruiz, nombre que en pocos años ha alcanzado proyecciones históricas...*" Y agrega: "*¿Y cuáles son las circunstancias excepcionales que rodean la personalidad de Fidel Castro? Hay varias características en su vida y en su carácter, que lo hacen sobresalir ampliamente sobre todos sus compañeros y seguidores: Fidel es un hombre de tan grande personalidad que en cualquier movimiento en que participe debe llevar la conducción y así lo ha hecho en el curso de su carrera desde la vida estudiantil hasta el premierato de nuestra patria y de los pueblos oprimidos de América. Tiene las características de gran conductor que, sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza, valor y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada, sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y*

anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros.

De modo que, para Guevara, la particularidad primera de la revolución cubana sería la personalidad dominante de Fidel Castro. Explica esta personalidad... por los datos de la personalidad misma. Si Guevara no hubiera proclamado su condición de marxista, esta tautología no dañaría más que la claridad de Guevara, pero como Guevara se confiesa marxista y es al mismo tiempo un dirigente de la gran revolución cubana, son las ideas marxistas las que resultan, en definitiva, lesionadas con esta pobre enunciación. Si Guevara nos hubiera dicho que después de 400 años de vida colonial —de la Cuba precolombina hasta la guerra hispanoamericana y desde 1898 hasta la revolución de 1959— la isla se alzó a la historia del mundo personificando en Fidel Castro toda su indignación y todo su orgullo, en otras palabras, que Fidel Castro resume en su persona a su pueblo, no habría dicho sino la verdad. Ninguna personalidad puede explicarse por sí misma, salvo para la concepción idealista de la historia. El culto del héroe pertenece al irracionalismo romántico, se funda en Carlyle, Schopenhauer y Nietzsche, antes que en Marx. No dudamos que Guevara no tuvo el propósito de ir tan lejos en su elogio de Fidel, puesto que planteado en esos términos, lejos de magnificarlo, lo disminuye, al sustraerlo al poder modelador de la historia que tan intensamente vivió. Puesto que el Fidel Castro que "Life", "Time" y Jules Dubois aclamaron cuando veían en él a un luchador por la libertad y un castigador de la tiranía, no era ya el mismo Fidel Castro que expropia la industria del azúcar y luego proclama la lucha por el socialismo. Tampoco Fidel Castro era un marxista en sus comienzos, ni era un fingido populista. En "El Capital" Marx había observado que el hombre, al actuar sobre el mundo exterior y modificarlo, modifica por ello mismo su propia naturaleza. Explicar a Fidel por sí mismo, y a su personalidad por sus virtudes intrín-



secas, equivale a sustraerlo del proceso histórico, a establecer una hipertrofia del factor personal y, resueltamente, a transformarlo en producto sacro. Los peligros del tradicionalismo filosófico están a la vista, pero más alarmantes resultan todavía los efectos del empirismo en la esfera de la estrategia y la táctica.

La Segunda Excepcionalidad: El Imperialismo

Guevara afirma: *"La condición que podríamos calificar de excepción, es que el imperialismo norteamericano estaba desorientado y nunca pudo aquilitar los alcances verdaderos de la Revolución Cubana... ¿Qué golpe más inteligente y más hábil que quitar el dictadorzuelo inservible y poner en su lugar a los nuevos muchachos que podrían, en su día, servir altamente a los intereses del imperialismo?"*

En efecto, ciertos sectores del imperialismo, sobre todo las corporaciones exportadoras y el capital bancario, simpatizaban abiertamente con los guerrilleros de Sierra Maestra y el gran periodismo amarillo de Estados Unidos lo elevó al pináculo de la fama mundial. Era justamente el período en que los revolucionarios del mundo entero, nosotros entre ellos, poco crédito hacían a Fidel Castro. Eran "fidelistas" en la Argentina todos los partidos y personalidades de la Revolución Libertadora, los hombres y mujeres de la oligarquía, en suma, los enemigos jurados de la clase obrera y de los intereses nacionales, los lacayos tradicionales del imperialismo. Ellos veían en Fidel un especie de Almirante Rojas. El imperialismo yanqui observaba con inquietud el quebrantamiento del régimen de Batista, y la creciente peligrosidad de su antigua servidumbre. La corrupción que el propio imperialismo había instalado en Cuba, se volvía contra la estabilidad de una sociedad colonial en disolución. Fidel Castro apareció ante el imperialismo como una posibilidad de regenerar la superficie de la dominación imperial, de "parlamentarizar" el status de la factoría. Pero como lo demostraron los acontecimientos, el dominio del imperialismo sobre Cuba tocaba a su fin. No bastaban las armas de Fidel para triunfar; se había hecho impostergable el apoyo de los campesinos expoliados para proseguir la lucha. La lógica interna de las guerrillas desbordó todos los planes del imperialismo y los esquemas populistas revolucionarios de Fidel: la revolución agraria estaba en marcha y sus diversas etapas no sólo fueron modificando las relaciones de Fidel con el imperialismo, sino también su ideología. Reemplazó las ideas a medida que la revolución se profundizaba; la revolución amplió su dimensión a su vez por el cambio de Fidel. Así pudo decir el general Eisenhower que Fidel "era un traidor", es decir, que había defraudado las esperanzas del imperialismo. Del mismo modo, los revolucionarios cubanos se elevaron desde una concepción liberal populista de la revolución contra la tiranía hasta la ideología socialista. En eso consistió la singularidad de su grandeza.

A lo dicho cabría añadir que Guevara se refiere en el mismo trabajo a que "la burguesía nacional, acogotada por el imperialismo y por la tiranía... viera con simpatía que estos jóvenes rebeldes de la montaña castigaran al brazo del imperialismo, que era el ejército mercenario". En realidad, en Cuba no había "burguesía nacional"; actuaba una burguesía comercial importadora, cuyo vinculación con el imperialismo era la razón de su existencia y que participaba de las ilusiones del imperialismo con relación a Fidel, todo lo cual está narrado con mucho detalle en el libro de Jules Dubois, "Fidel Castro", escrito cuando Dubois era amigo de la revolución cubana.

No tenemos motivo alguno para rechazar este "excepcionalidad" de la revolución cubana, que apunta Guevara. Por el contrario; creemos que se trata de una particularidad tan profunda, tan original, que difícilmente pueda encontrarse un paralelo en la historia de las revoluciones contemporáneas, ni siquiera

en la historia de las antiguas. También coincidimos con Guevara en que difícilmente el imperialismo pueda engañarse otra vez en América Latina, como le ocurrió en Cuba. Pero prescindiendo de la sagacidad del imperialismo, importa mucho que los revolucionarios de América Latina no se engañen en cuanto a la historia de la revolución cubana y sobre todo, en cuanto se refiere a sus propias perspectivas estratégicas. Pues provienen del Che Guevara, precisamente, en el curso del trabajo que estamas analizando, las mayores confuciones concebibles en torno a nuestros problemas.

Balcanización y monocultivo

Sorprende que Guevara emplee el vocablo "América" sin aditamentos. Ya sabemos que hay dos Américas. Pero más asombra que al mencionar la segregación de Panamá se refiera a ella como la expresión de la "lucha interimperialista" entre "los grandes consorcios monopolistas del mundo". En esta observación incidental, por lo demás, aparece bien claro que Guevara ha carecido de tiempo para reflexionar sobre el rasgo fundamental de la historia política del continente, es decir, sobre la fragmentación de la nación latinoamericana. En 1903 la transformación de la provincia norteña de Colombia en "República de Panamá" no fue la expresión de la "lucha interimperialista", sino de la lucha entre el Senado de Colombia, que se negaba a entregar a Estados Unidos una faja de soberanía colombiana para construir el Canal y el gobierno de Washington. Eso se llama "balcanización", como lo fue la disolución de los viejos Virreynatos, la creación de la República del Uruguay en el Río de la Plata por el Imperio Británico o la ruina de la República de Centroamérica creada por Morazán.

La balcanización no surge por el monocultivo, sino el monocultivo por la balcanización. La cuestión nacional latinoamericana irresuelta es la base política de la deformación unilateral de

nuestras economías estaduales. Guevara rechaza, como es natural, las monstruosas manifestaciones económicas de nuestra subordinación; pero parece desconocer su origen histórico y político, por lo que recae, sin proponérselo, en el "antiimperialismo estadual" de nuestros stalinistas e izquierdistas cipayos. La lucha por la unidad nacional de nuestros pueblos latinoamericanos, que proceden de una misma historia, viven en contigüidad territorial, hablan una misma lengua y se alimentan de una misma tradición cultural, es el eje de la revolución de América Latina. Hasta el presente, el destacamento avanzado de esa revolución es el pueblo de Cuba. Guevara no debe olvidarlo.

Medicina empírica y lucha armada

Los aspectos más peligrosos del ensayo de Guevara se refieren, sin embargo, al papel de "consejero revolucionario" que espontáneamente se arroga en los asuntos de la Revolución latinoamericana. Nuestra cálida simpatía por la revolución cubana y sus hombres, no abstante, se fundan en nuestra condición de revolucionarios. Por esa razón no podemos permitirnos la menor condescendencia con las ligerezas en que incurre Guevara al abordar estos problemas. "*Aplicamos algunas fórmulas*, dice, *que ya otras veces hemos dado como descubrimientos de nuestra medicina empírica para los grandes males de nuestra querida América Latina; medicina empírica que, rápidamente se enmarcó dentro de las explicaciones de la verdad científica*". ¿Cuáles serán estas "fórmulas", no "científicas", pero útiles, que Guevara "ha descubierto" y que ahora se dispone a recomendarnos?

Son muy simples. Las "condiciones objetivas" para la revolución, lo sabemos, "están dadas": colonialismo, miseria, degradación biológica del pueblo, etc. "*Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales una de las más importantes es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los*

poderes imperialistas y sus aliados internos. Estas condiciones se crean mediante la lucha armada, que va haciendo más clara la necesidad del cambio ... y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento". Para aclarar mejor su pensamiento, Guevara añade: *"Apuntando ya que las condiciones se completan mediante el ejercicio de la lucha armada, tenemos que explicar que el escenario una vez más de esa lucha, es el campo y que, desde el campo, un ejército campesino que persiga los grandes objetivos por los que debe luchar el campesinado (el primero de los cuales es la justa distribución de la tierra) tomará las ciudades".* El lector podrá pensar que Guevara establecerá ciertas diferencias en la medicación para los miembros de una familia, como lo harían hasta los curanderos. Pero la medicina empírica, cuyos descubrimientos nos ofrece Guevara, no distingue matices. Nuestro autor habla de "América" (suponemos que se refiere a América Latina) y extiende su receta a todo el continente. Advierte, sin embargo, que *"un campesino argentino no tiene la misma mentalidad que un campesino comunal del Perú, Bolivia o Ecuador, pero el hombre de tierra, permanentemente presente en los campesinos, da la tónica general de América y, como en general, están más explotados aún, de lo que habían sido en Cuba, aumentó las posibilidades de que esta clase se levante en armas".*

Es evidente que como guerrillero práctico Guevara ha resultado ser más eficaz que como teórico de la revolución. La "teoría" de la revolución latinoamericana reposa sobre el conocimiento de la realidad de América Latina. Guevara, que es médico (no empírico) no acudiría para operar después de un combate a los consejos de un chapucero, por más empírico que fuese. Es más probable que recordase sus clases de anatomía y de técnica quirúrgica. Y habría procedido correctamente, pues estaría en juego la vida un combatiente. La vida y la existencia de millones de latinoamericanos se pondrán en juego cuando la revolución en

este continente alcance su punto crítico. No podemos permitirnos improvisaciones al respecto. ¿Cómo ha podido concebir Guevara la idea singular de que en América Latina han faltado alguna vez las "condiciones subjetivas", es decir la decisión personal, la audacia, la fe en la victoria, el desprecio del enemigo? Son precisamente las "condiciones subjetivas" las que han sobrado y costado ríos de sangre en Latinoamérica. Tupac Amarú, no era expresión de "condiciones subjetivas"? ¿Y Sandino, en Nicaragua, carecía de "condiciones subjetivas"? ¿Y los obreros y marinos de El Callao que se levantaron en 1948, estaban huérfanos de "condiciones subjetivas"? ¡Toda la historia del siglo XX en América Latina es la historia de los motines, levantamientos y luchas más audaces! No, compañero Guevara, en nuestro continente no han faltado "condiciones subjetivas", han sobrado. Lo que han faltado, por cierto, son las otras, las "condiciones objetivas", las que tuvo Cuba, por ejemplo, cuando el imperialismo se autoengañó y apoyó la revolución de Sierra Maestra, mientras el ejército mercenario de Batista se deshacía víctima de su propia gangrena. El imperialismo no ha apoyado hasta ahora ninguna revolución en América Latina: y cuando lo ha hecho, como en el caso de Bolivia actual, ha logrado paralizarla. Esta teoría revolucionaria de las "condiciones subjetivas" es un puro subjetivismo, nihilismo voluntarista elevado a la jerarquía "teórica", a la candorosa creencia del "descubrimiento". Guevara ofrece como descubrimiento algo que refiere toda la historia de México y de Bolivia: que en América Latina la clave de la revolución es la cuestión agraria. Lo que no dice es que en México la revolución agraria está fundamentalmente realizada, lo mismo que en Bolivia. Que en Chile existe una agricultura minifundista de tipo capitalista. Que en Uruguay el imperialismo inglés creó en el siglo pasado una economía agraria capitalista para facilitar la exportación masiva de cereales, carnes y lanas. Que en la Argentina ocurrió el mismo fenómeno y por las mismas causas. Y

que ese "campesino" argentino con el que sueña Guevara (y no solamente Guevara, ay!) es el campesino de nuestra pampa gringa, que "tiene hambre de tierra", naturalmente, pero que no desea comprarla a los precios del mercado, pues prefiere adquirir autos y camiones e invertir su capital en la usura prendaria. Guevara reduce a América (América Latina) a un solo campo, el campo servil o comunal, la estrategia revolucionaria a la lucha armada (basta fijar un punto y aguantar) el parlamentarismo a una quimera, la lucha legal a una farsa y para que nada falte en esta embriaguez insurreccional apunta la posibilidad de "una rebelión popular con base guerrillera dentro de la ciudad". Para alertar contra las manifestaciones de este irracionalismo político Lenin escribió todo un volumen. Se titula "El extremismo, enfermedad infantil del comunismo". Guevara reduce un proceso infinitamente rico y complejo a dos o tres "fórmulas" mágicas, fundadas en el libre albedrío. No le arredra adoptar el mismo consejo para países con una economía agraria fundamentalmente capitalista como el Uruguay, México, Chile o la Argentina, donde el foco revolucionario está en la ciudad, con aquellos países donde la cuestión cardinal no está en la ciudad, sino en el campo precapitalista, como Perú, Colombia, o el noroeste del Brasil. Esta monstruosa simplificación lo faculta para demostrar al auditorio de Maravillados pequeños burgueses de Buenos Aires, Montevideo o Santiago de Chile, lo fácil que será lanzarse a la conquista del cielo. Debemos convenir que esta perspectiva que ofrece Guevara es realmente una perspectiva celeste en el sentido más galáctico de la expresión.

Por otra parte, Guevara todavía no ha "descubierto" cosas que el marxismo ha enseñado desde hace un siglo: que existe una correlación entre las condiciones "objetivas" y las "subjetivas", correlación que establece oportunamente el partido revolucionario y que es su más alta y delicada función. Pues las masas populares, las clases medias, el ejército (no mercenario) y hasta las

clases dominantes en agonía, al disgregarse la vieja sociedad, sienten profundamente la necesidad de un cambio. Saben todos que "esto no puede seguir así", pero sólo unos pocos saben en qué consiste la calidad del necesario cambio. En el proceso revolucionario (que no es precisamente un golpe de fortuna) esos pocos, o sea el partido revolucionario, ganan a su causa a la mayoría de las masas populares, incluso a sectores del ejército, y los que hasta entonces constituían parte de las "condiciones objetivas" (es decir, la situación general externa al partido) pasan a formar parte de las "condiciones subjetivas", vale decir, de las masas populares que van adhiriendo a las banderas de la revolución.

No sólo desconoce los principios elementales del marxismo quien levanta un muro impenetrable entre las "condiciones objetivas" y las "condiciones subjetivas" sino que se veda a sí mismo la posibilidad de derribarlo.

¿Y el proletariado?

Para Ernesto Guevara parece haber un gran ausente en la revolución latinoamericana. La clase obrera es raramente aludida; cuando se la menciona, aparece en un segundo plano, aunque con los debidos respetos: *"Sobre la base ideológica de la clase obrera cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro . . ."*

Sería la "clase campesina de América" (lo que es una monstruosa abstracción según lo hemos indicado) la que formaría un "ejército libertador", aunque con la "ideología de la clase obrera", de donde podría inferirse que no con la clase obrera misma. Esta establecería, para esa eventualidad, un poder vicario en los "revolucionarios" de las guerrillas. Idea tan profundamente errónea, reaparece en el estudio de Guevara una y otra vez. *"Ese ejército,* afirma, *creado en el campo en el cual van madurando las condiciones subjetivas para la toma del poder (que va conquis-*
tando las ciudades desde afuera, uniéndose a la clase obrera y aumentando el caudal ideológico con esos nuevos aportes...) etc."

Segun se ve, al tomar las ciudades, el ejercito campesino
se enriquecería con los "nuevos aportes ideológicos de la clase obrera". Pero el rol de la clase obrera en la lucha revolucionaria aparece como un mero espectro, alusivo y elusivo. Aquí no hay partido revoluciorario de la clase obrera, no hay participación ni [illegible] dirección obrera en el proceso de la revolución agraria y popular; sólo se descubre un ejército campesino, es decir pequeño burgués, que se dirige a sí mismo con las ideas de Marx depositadas en su seno por la divina intermediación. Por algo rechaza Guevara la "excepcionalidad" de la revolución cubana; esa excepcionalidad, (en otras palabras, las particularidades y originalidades de toda revolución en cualquier latitud y cualquier época) lo obligarían a estudiar las características de la revolución en América Latina, antes de pontificar sobre ella. Pero al negar la "excepcionalidad" de la revolución de Cuba, somete al resto del continente a un patrón único que libera a nuestro autor de enojosos problemas y de respuestas no menos enojosas.

Sus ideas sobre las guerrillas en aquellos países latinoamericanos que poseen grandes concentraciones urbanas no son menos peregrinas; pecan de una inaceptable ambigüedad. Su empirismo mueve a Guevara a desplazarse de párrafo a párrafo de las nociones teóricas más generales a recetas caseras puramente pragmáticas; si en el orden gastronómico este método es saludable, en la esfera de la medicina resulta más inquietante. Pero en lo que concierne a la estrategia revolucionaria todo esto tiene un nombre: aventurerismo. Sin preocuparse de las condiciones reales de la situación social y política de un país dado, Guevara aconseja que la *"lucha en grandes ciudades debe iniciarse por un procedimiento clandestino, para captar los grupos militares o para ir tomando armas, una a una, en sucesivos golpes de mano... En este segundo caso se puede avanzar mucho y no nos atreveríamos a afirmar que estuviera negado el éxito a una rebelión popular con base guerrillera dentro de la ciudad"*.

Así, Guevara habla de la "guerrilla en las ciudades". Parece una broma, pero el tema es demasiado grave. En la época del Segundo Imperio, Engels declaraba cerrado técnicamente el ciclo de la lucha de barricadas en el viejo París. Las grandes avenidas abiertas por el Barón Huysmann en la capital francesa, al eliminar las callejuelas tortuosas y estrechas de la ciudad medioeval, y permitir el emplazamiento de la artillería, ponía fin al estilo clásico de las luchas populares análogas a la revolución de 1830 y 1848. Ni lucha de barricadas, ni lucha de guerrillas eran posibles en las condiciones de la ciudad moderna. Guevara tendría que repasar, o leer, a Engels, que algo conocía del tema, y no sólo de oídas. Pero si en lugar de hablar de las "guerrillas en la ciudad" Guevara pretende indicar la posibilidad de una lucha armada dentro de la ciudad, sin duda que tendría que referirse al proceso general de la insurrección armada, de un pueblo y en un país dado, según condiciones específicas que sólo la realidad indicará en su momento. Imaginar consignas y procedimientos tácticos para una situación abstracta, es caer en la teorización más estéril.

Santiago de Chile pertenece a América Latina, lo mismo que Buenos Aires, Montevideo, Asunción o Río de Janeiro. Si esa asombrosa fórmula no es un conjunto de palabras, como lo tememos, ¿piensa Guevara también en estas capitales? Por lo demás, esa "guerrilla dentro de la ciudad", según se deduce de su exposición, ¿podría sin duda iniciarse en cualquier momento ya que lo que importa es la voluntad "subjetiva"? En consecuencia, si el campesinado de la Argentina forma una de las columnas más sólidas del régimen capitalista agrario de este país y es el bastión de la propiedad privada ¿de qué fuerza se nutrirá ese "ejército campesino" que proyecta Guevara? Es curioso que a pesar del origen argentino de Guevara, su ignorancia sobre nuestro país

posea tal magnitud. Lo que resulta más curioso es que se funde en ella para formular consejos sobre una revolución cuyas leyes y datos objetivos parece desconocer. Iguales consideraciones podríamos formular sobre otros países latinoamericanos de cierto desenvolvimiento capitalista donde el papel del proletariado resultará decisivo para la victoria revolucionaria y donde la ideología del marxismo deberá expresarse a través de un partido proletario, caudillo del país, y en modo alguno como un conjunto de ideas descendido desde lo alto. El ejército campesino de Mao estaba construido sobre miles de obreros y estudiantes revolucionarios de los centros urbanos que se retiran de las ciudades hacia el Norte después de las grandes derrotas de 1927. Era un ejército-partido de una dirección proletaria, con un estado mayor y una oficialidad revolucionaria que educó en las grandes marchas a miles y miles de campesinos pobres. Esa fue una de las "excepcionalidades" de la revolución china. Sólo se puede repetir esa "excepcionalidad" china, como la cubana, en el papel; la realidad latinoamericana nos prepara "excepcionalidades" nuevas, propias y sorprendentes, ante las cuales la actitud de un revolucionario serio debe ser estudiar sus bases objetivas, tal cual salieron de manos de la historia. Sólo el proletariado latinoamericano podrá constituirse en el guía y la cabeza de las grandes masas campesinas o pequeño-burguesas del continente en la lucha por la independencia económica, la unidad nacional y el socialismo. Esto no rige tan sólo para los países con un gran proletariado, como Argentina o Brasil, sino también para el Perú, cuya revolución agraria está fuera de discusión. Pues aún en el Perú ya existe una clase obrera que tendrá como misión dirigir al campesinado, y no ser dirigido por él. La historia de todas las luchas sociales señala que las insurrecciones campesinas sólo dieron origen a la creación de nuevas dinastías, como en la antigua China, o trasladaron el poder a manos de la burguesía nacional, como en México.

Ernesto Guevara ha prestado grandes servicios a la revolución cubana; su presencia en ella nos enorgullece como argentinos. Pero sólo la verdad nos hará libres. Si las revoluciones triunfantes necesitan de ella para no morir, las revoluciones que han de hacerse no triunfarán sin ella.

LA CUESTION NACIONAL Y EL MARXISMO *

La interpretación marxista de la cuestión nacional es rechazada con singular tenacidad por los "marxistas" argentinos. Esta ignorancia no obedece a ningún descuido bibliográfico. Abundan las fuentes y, por lo demás, en los últimos veinte años la corriente revolucionaria de la Izquierda Nacional, aún antes de constituirse como partido, ha dejado su testimonio escrito en toda una serie de libros, folletos y revistas. Pero aunque las generaciones se renuevan, "el peso de las generaciones oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos". La izquierda cipaya ha muerto históricamente, sin duda, pero se sobrevive políticamente bajo la forma de sectas. Mientras los antiguos revolucionarios eran confinados por el aislamiento objetivo a la condición sectaria. Pero ahora se proyectan a la acción pública por la modificación favorable de aquellas condiciones. La madurez de la época se vuelve contra las otroras imponentes organizaciones de la izquierda cipaya y tiende a convertirlas en sectas. Tal es el destino actual de los distintos fraccionamientos del "socialismo" y del "comunismo" en la Argentina. La diferencia obvia entre unos y otros salta a la vista. En los períodos de la reacción los núcleos aisla-

* Publicado en "Izquierda Nacional", Nº 5, febrero de 1964.

dos definen la voluntad revolucionaria de resistir la corriente hostil, mientras que en los segundos, su condición sectaria en el período mundial de avance retrata la completa impotencia de la cipayería para comprender la realidad nacional e influir sobre ella.

Lenin y la cuestión nacional

Nada ha sido objeto de una desfiguración más profunda por el stalinismo, la socialdemocracia y otros "izquierdistas" que la posición leninista sobre la cuestión nacional. Prevalece todavía en esos medios en completa desintegración un sinnúmero de ideas peregrinas sobre la "burguesía nacional", sobre la naturaleza de nuestra revolución y sobre la estrategia certera para triunfar en ella. Como cabía esperar, el imperialismo es el principal usufructuario de esta confusión. Habiendo desaparecido Américo Ghioldi como expresión oligárquica en el seno de la pequeña burguesía izquierdista, su necesaria sustitución debía asumir un carácter más "revolucionario", para cumplir los mismos fines, esto es, separar a la clase obrera de la pequeña burguesía radicalizada y a ambas de los intereses nacionales de un país semi-colonial. Los ultraizquierdistas emplean un lenguaje rotundo; pero su práctica política es mucho menos arrojada. Son revolucionarios de palabra y oportunistas de hecho. Como es bien sabido, el oportunismo en los países atrasados tiene un doble carácter, que refleja las dos grandes fuerzas prevalecientes en él: el imperialismo y la burguesía nacional. Mientras que algunos traducen al lenguaje "marxista" los puntos de vista de la burguesía, idealizando su papel revolucionario, como lo hace Juan José Real, otros, en cambio, cubren su oportunismo hacia el imperialismo con la verba exaltada del intransigente tribuno: estos son los ultraizquierdistas, más peligrosos que los anteriores por cuanto toda la historia argentina contemporánea ha sido modelada por el capital extranjero en la doctrina "antiburguesa"

y "anticapitalista" fundada por Juan B. Justo. Se recordará a este respecto que Justo dividía al capital en dos categorías: el capital "espúreo" y el capital "sano". El primero era el capital argentino, raquítico y ansioso de proteccionismo; el segundo, el capital extranjero, fuerte y seguro de sí mismo. Justo prefería el segundo. Es en épocas muy recientes que la burguesía nacional ha hecho su tímida aparición y que los movimientos que actualmente la interpretan —peronismo y frondizismo— actúan en la escena. Diremos de paso que mucho antes que existiera como tal la burguesía industrial, ya existían en nuestro país "movimientos nacionales" y que la diferencia entre "burguesía nacional" y "movimientos nacionales" es un enigma sellado con siete llaves para nuestros "izquierdistas".

La pequeño burguesía urbana ha sido la víctima tradicional de la influencia izquierdista-imperialista. Los ejemplos de 1930, 1945 y 1955 son demasiado conocidos a este respecto como para que insistamos en analizarlos. En esta nota sólo nos ocuparemos del oportunismo hacia el imperialismo, que es el más corriente entre los sectores en apariencia más antagónicos de la izquierda cipaya. Por otra parte, estos sectores o sectas, multiplicados por el ciclotrón de la crisis "ad nauseaum", difieren entre sí en mil problemas: Stalin o Trotsky, Mao o Jruschev, Togliatti o Gramsci, revolución campesina o colectivización, Ben Bella o Tito, etc., pero coinciden unánimemente en condenar las tareas nacionales de nuestra revolución y en sepultar horrorizados los textos de Lenin y Trosky sobre la revolución en los países semi-coloniales.

El imperialismo habla

La quiebra total de la izquierda cipaya, ha movido al imperialismo a usar su propia voz en el debate sobre la naturaleza de

las clases sociales en la Argentina.[1] La publicación de la revista "Fichas de investigación económica y social" posee ese significado. Dirigida a "economistas y sociólogos" profesionales, este órgano enmascarado con el seudo-cientificismo yanqui, se propone en realidad remachar la vieja sumisión de la izquierda cipaya a las categorías abstractas y extranjerizantes que siempre la distinguieron. Todo esto no pasaría de una simple curiosidad "sociológica", si no fuera que su perceptible redactor, el Sr. Milcíades Peña, no intentara emplear una amalgama de "marxismo" y estadística destinada a volver más accesible a los incautos su mercadería antinacional y antimarxista. Este nuevo método imperialista, mechado de alusiones a la "clase obrera", a "Trotsky", etc., exige que se le preste cierta atención.

Juan B. Justo ya no sirve

El tradicional órgano de los intereses comerciales porteños, "La Nación" de los Mitre, ha difundido siempre la doctrina de que las industrias argentinas estaban "sobre-protegidas". El fun-

[1] El redactor principal o único de la revista *"Fichas de investigación económica y social"* es el señor Milcíades Peña, titular de una empresa de publicidad, relaciones públicas e investigación del mercado que actúa en esta plaza. Vastamente relacionada con las grandes empresas extranjeras radicadas en el país, esta firma les proporciona profesionalmente informes mediante importantes contratos por prestación de servicios. La "investigación de mercado" es una invención yanqui típica del mercado imperialista, donde el despilfarro publicitario esconde la evasión de réditos y una forma indirecta de ejercer presión política sobre la prensa, la radio y la TV. La "investigación de mercado" constituye una de esas especialidades características de la anarquía capitalista, un subproducto del derroche y un método derivado del espionaje industrial. El señor Peña publica avisos en la sección financiera del diario "Clarín" cuyo título es el siguiente: "Se buscan empresas con más de 10 millones de pesos anuales de ventas". En la revista imperialista "Primera Plana", el señor Peña ha sido reporteado acerca de los mejores métodos de investigación del mercado requeridos por las grandes empresas instaladas en la Argentina. Se trata pues de un personaje altamente calificado para lanzar una ofensiva publicitaria desinteresada contra el desarrollo industrial argentino. La aversión confesada del señor Peña contra la "burguesía industrial" es completamente sincera a la luz de tales antecedentes.

dador del Partido Socialista y campeón del librecambismo, Juan B. Justo, argüía que las industrias en este país eran "artificiales". Aconsejaba a los industriales combatir el proteccionismo. Los ultraizquierdistas posteriores, inventaron variantes originales: al no poder negar la existencia de una industria y de una burguesía nacional, pretendieron suprimir a esta última con un ingenioso subterfugio, que consistía en afirmar que el "imperialismo es un factor interno" de la economía. En otras palabras, que la única respuesta para la revolución argentina, ya que el enemigo estaba adentro y afuera, era la revolución socialista, lo que eliminaba de un solo trazo las *tareas nacionales en un país semi-colonial*. La revista "Fichas" y su Agente de Relaciones Públicas, por fin, agrega a esa lista su propia contribución: la industrialización argentina sería tan sólo una "seudo-industrialización". Con la inclusión de una sola palabra, aunque sea una seudo-palabra, este experto ingresa a la galería de los teóricos cipayos, lo que no es hazaña pequeña, sobre todo tratándose de un hombre de negocios.

Burguesía europea y burguesía nacional

Mientras que algunos socialistas combatían abiertamente la idea misma de industrializar la Argentina, otros izquierdistas considerarán a la industria obra exclusiva del imperialismo, pero todos ellos declararán que sólo "el socialismo" puede introducir el orden en este valle de lágrimas. No es ajeno al debate añadir que tanto unos como otros, cada uno a su hora, fueron enemigos acérrimos del yrigoyenismo y del peronismo. Estos dos grandes movimientos del siglo XX argentino, como es bien sabido, sobre todo el segundo, expresaban un frente de clases antioligárquico y de un marcado carácter burgués-populista, o sea históricamente progresivo.

Los cipayos que redactan la revista "Fichas", y agobian al lector (sea o no "sociólogo") con especiosas estadísticas, ignoran por

completo las condiciones que rodearon la aparición de la burguesía en los países imperialistas. Es un error corriente afirmar que la burguesía europea fue "revolucionaria" y que realizó su propia revolución, mientras que la burguesía de los países atrasados, por venir al mundo en la época de declinación del régimen capitalista, adquiere forzosamente una naturaleza contrarrevolucionaria. En realidad, la burguesía no fue revolucionaria en parte alguna del mundo, ni en época alguna. Si el proletariado, sometido a las condiciones de explotación capitalista, aliena su existencia global y sólo puede alzarse a una conciencia sindical de sus intereses económicos inmediatos (lo que exige la formación de un partido revolucionario) la misma burguesía no ha sido menos enajenada, en el otro polo del sistema, por la contracción cotidiana que le exige la defensa de sus intereses como capitalista individual. El pensamiento colectivo es más extenso y profundo en el proletariado que en la burguesía, que frecuentemente pierde de vista los intereses empresarios por la exclusiva y estrecha vigilancia del capitalista privado a su propio "status". De donde resulta que las revoluciones burguesas clásicas no fueron dirigidas ni inspiradas por la burguesía, sino por otras clases que se subrogaron a aquella en la fundación del Estado Nacional o en la conducción del proceso revolucionario. Pero esos "movimientos nacionales" tenían un marcado contenido económico y social burgués, puesto que toda la época y la situación general de la sociedad imponían a esos movimientos ese contenido. El capitalismo había penetrado por todos los poros del régimen feudal, mucho antes que la revolución conmoviera el régimen político. Así, el jacobinismo revolucionario del siglo XVIII fue un movimiento de la pequeña burguesía, pero los frutos de la gran revolución fueron gustados por la burguesía. La unificación de Alemania no la condujo la burguesía alemana, que apenas advertía las ventajas de un simple "Zollverein", sino por la nobleza militar campesina de Pomerania, que la promovió teniendo en vista los intereses dinásticos

de los Hohenzollern: pero la política bismarckiana, realizada por el ejército prusiano, amplió universalmente el vuelo del capitalismo alemán, sin que la burguesía alcanzara en modo alguno el poder político. No fue la burguesía industrial de Piamonte la que dirigió la lucha por la unidad de Italia, sino la Casa de Saboya, Cavour y los garibaldinos, con toda la pequeña burguesía peninsular. Sin embargo, esa unidad nacional fue la condición primera para que la burguesía expandiese el capitalismo en Italia y fundase su poder económico. Quizás la única excepción sea la revolución inglesa del siglo XVII, si dejamos en claro que su cabeza pensante y jefe supremo tampoco era un burgués, sino el hidalgo campesino Oliverio Cromwell. El carácter enajenante de la producción capitalista se manifiesta más particularmente en el capitalista privado que en el proletariado y si éste sólo puede adquirir la conciencia "Tradeunionista" de sus fines, el burgués individual ni siquiera llega a percibir los intereses, de su clase en su conjunto, y mucho menos la clase en su conjunto logra forjar una autoconciencia de su política. El rasgo distintivo de la burguesía en los países imperialistas, como lo demuestra toda la historia de la Rusia prerrevolucionaria, fue justamente que la burguesía liberal rusa estaba más dispuesta a sellar un acuerdo con la nobleza feudal que con el pueblo y prefería una ventaja circunstancial a una revolución democrática. Pero si esta ha sido la actitud habitual de la burguesía como clase, se impone establecer las diferencias existentes entre la burguesía y los movimientos nacionales en los países atrasados.

La burguesía semi-colonial se forma como un resultado directo de las crisis del sistema capitalista mundial. Está ligada desde su origen al capital extranjero, a sus mitos, ideas y a la reverencia a su gigantesco poder. Pero todo esto no impide que sus intereses se enfrenten frecuentemente con el imperialismo. Los intereses de la burguesía no se manifiestan a través de la burgue-

sía misma, atada a sus preocupaciones cotidianas y a su odio de clase al proletariado nativo, mucho más agudo que su aversión al capital extranjero. Dichos intereses encuentran su expresión en los movimientos nacionales. Si bien es cierto poseen el contenido nacional burgués consiguiente, están compuestos de distintas clases sociales, entre ellas el proletariado y asumen frecuentemente en su lucha un carácter plebeyo que aterra a la propia burguesía nacional. Baste recordar la actitud de los industriales frente a Perón y recíprocamente para medir las relaciones entre la burguesía nacional y el movimiento nacional.

Esta distinción en apariencia terminológica está lejos de ser obvia. Los cipayos de hace veinte años veían en Perón a un "dictador fascista" y en el proletariado a un "lumpenproletariat"; hoy ya no es posible afirmar cosas semejantes. Por esa razón los cipayos de la revista "Fichas" y sus congéneres, prefieren enfilar sus baterías contra la "burguesía industrial", para esconder su odio contra el movimiento nacional, que también incluye al proletariado. El antiperonismo de la revista "Fichas" es transparente. Ese hecho bastaría para situar políticamente a su editor, y a concluir con el asunto si otros temas que imprudentemente toca la revista no exigieran la debida puntualización.

Los países opresores y los países oprimidos según Lenin

La burguesía nacional oscila perpetuamente entre el temor a su propio proletariado y su ambición de disputar al imperialismo el control del mercado interno. A esta contradicción es preciso añadir otra: como el capital imperialista posee importantes intereses en la industria argentina, es habitual que ciertas ramas de la industria de capital extranjero tiendan a establecer un dominio monopólico en el mercado, que hiere directamente a los sectores industriales de capital nacional del mismo rubro, carentes de

la protección fiscal, aduanera y bancaria con que cuentan sus competidores interiores o exteriores.

Esta situación desgarra continuamente la dirección de su política y recrea sin cesar una dualidad irresoluble y convulsiva. Si Juan José Real considera erróneamente que la burguesía nacional es definidamente progresista (como traslación mecánica del estado semi-colonial del país) la revista "Fichas" estima que es abiertamente contrarrevolucionaria (por considerarla mero agente del capital extranjero). Ambos se equivocan, pues ambos practican una política oportunista; uno hacia la burguesía nacional y la otra hacia el imperialismo. Si en lugar de rendirse ante los productos microestadísticos de los "sociólogos" norteamericanos el Sr. Peña y su empresa hubiese destinado unos momentos a la lectura de Trotsky, habría encontrado en la obra de este gran revolucionario, "El gran organizador de derrotas", las líneas siguientes: "Es evidente que la burguesía no viene al campo de los revolucionarios al azar ni a la ligera, sino por la presión de sus intereses de clase. Después, por temor a las masas abandona la revolución o le manifiesta abiertamente el odio que había disimulado. Pero no puede pasar definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de la necesidad de 'sostener' de nuevo a la revolución, o, al menos, de coquetear con ella, más que cuando con métodos revolucionarios o de otra especie (bismarckianos, por ejemplo) logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase." (pág. 216). La revista "Fichas" no coincide con este punto de vista. Por el contrario sostiene que la burguesía (movimiento nacional) "no puede dejar de ser una clase contrarrevolucionaria ... ella es una clase contrarrevolucionaria y antinacional ..." ("Fichas", pág. 80). Como todos los que ignoran la dialéctica, los redactores de "Fichas" inmovilizan una categoría, aíslan de su contexto histórico una clase, la fijan como un elemento inmóvil en el fluir del proceso histórico y la consideran como una fracción de eternidad. Pero

al lanzar a la burguesía (movimiento nacional) a la barricada de la contrarrevolución, el Sr. Peña crea un vacío, que se apresura a colmar con la fórmula socialista pura, la fórmula predilecta del imperialismo para separar el proletariado de la Nación y de sus posibles aliados en la revolución democrática. Lenin llamaba a estas actitudes "anarquismo pequeño burgués", Trotsky las juzgaba como "una imbecilidad equivalente a la traición"; nosotros preferimos designarlas como expresiones de la izquierda cipaya.

La revista "Fichas" resume en su contenido todas las inepcias antimarxistas de tres cuartos de siglo, enderezadas a impedir la adopción de la política leninista en la cuestión nacional. Las citaremos por su orden:

1º Desconocer el carácter semi-colonial de la Argentina.

2º Atribuir a su industria una dependencia completa del capital imperialista.

3º Negar en consecuencia todo nacionalismo a la burguesía industrial o al movimiento nacional burgués.

4º Negar, además, toda divergencia entre terratenientes e industriales.

5º Negar toda "movilidad social" en la industria, o en lenguaje más simple, afirmar que la inmensa mayoría de los directivos industriales son actualmente los mismos que dirigían la industria antes de 1946.

6º Afirmar que la oligarquía agropecuaria fue la más enérgica promotora de la industrialización argentina.

7º Negar, además, que el gobierno de Perón propulsó la industrialización.

8º Negar la existencia en la política argentina de una política *nacional* entre los diversos grupos de las clases dominantes. Cada uno de ellos sería servidor de uno u otro imperialismo extranjero.

9º Propugnar un gobierno de obreros, peones y... chacareros.

Que una empresa de Relaciones Públicas y Publicidad salga con esta fórmula no es lo menos sorprendente de la revista "Fichas". Los izquierdistas cipayos cuentan con un nuevo aliado.

Desde hace veinte años hemos combatido tesis semejantes. Y durante dos décadas la realidad argentina se ha encargado de demoler con su evidencia a sus estériles sostenedores. Si consagramos estas líneas a refutar a los cipayos de la revista "Fichas" no es porque tengamos en cuenta su insignificancia —salvo en el campo comercial— sino porque esta curiosa revista nos permite reiterar con fines educativos ideas sustanciales del marxismo en los países atrasados.

El imperialismo y la propia burguesía nacional, al emplear el púdico vocablo cepaliano de "país subdesarrollado" convienen en aceptar el carácter semi-colonial de la Argentina, notorio para todo el mundo, excepto para el "investigador" de "Fichas". La Argentina de 1964 no ha cambiado esencialmente el carácter histórico-social que le atribuía Lenin en su libro sobre el imperialismo, escrito en 1916, y en el cual incluía a nuestro país en la serie de los países oprimidos. El 26 de julio de 1920, durante el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, Lenin definía del siguiente modo el punto de vista marxista sobre la cuestión nacional y colonial: "En primer lugar, ¿cuál es la idea más importante y fundamental de nuestras tesis? La distinción entre pueblos oprimidos y opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa." [1] De esta situación histórica especial de los países atrasados, Lenin extraía no menos evidentes conclusiones tácticas y estratégicas: "La dominación extranjera impide el libre desenvolvimiento de las fuerzas económicas. Es por esta razón que su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias y es por esto que la ayuda aportada a la destrucción de la dominación extranjera en las colonias no es, en realidad, una ayuda aportada al

movimiento nacionalista de la burguesía nativa, sino la apertura del camino para el propio proletariado oprimido."

¿Revolución nacional versus revolución socialista?

En el período en que Stalin idealizaba a la burguesía china, la burocracia soviética separaba las tareas nacionales de la revolución democrática de las medidas propias de la revolución socialista en compartimientos estancos, separados por amplios períodos históricos. Era una variante de la ideología nacional burguesa en ciertos países atrasados, que persiguen la completa capitulación del proletariado y su partido al programa de la burguesía. Por el contrario ciertos ultraizquierdistas o agentes imperialistas, según los casos, sostienen una tesis inversa, no menos peligrosa que aquélla. Afirman que la revolución socialista es la única tarea concebible en un país atrasado. Al exponer semejante tesis, sustituyen la "etapa democrática" por la "etapa socialista", en lugar de entender de una vez que el proceso de la revolución permanente en los países atrasados significa simplemente que la lucha por la liberación nacional sólo puede emprenderla el proletariado siempre y cuando acaudille a masas no proletarias, e incluya en su programa consignas no solamente socialistas, sino nacionales. Es en el duro proceso revolucionario, cuyas alternativas y dificultades nadie puede prever, salvo algún Cagliostro yanqui, que el proletario puede asumir la dirección de la lucha nacional e introducir las medidas socialistas que convengan a la Nación para arrancarla del caos. Si la política de Stalin en China condujo a arrodillarse ante Chiang-Kai-sehk, la política ultraizquierdista de los cipayos sólo puede conducir a debilitar el

movimiento nacional, a aislar al proletariado de su seno o a consolidar dentro de él la primogenitura de la burguesía nacional. Lo más frecuente en estos casos, es que los pequeños burgueses de "izquierda", lectores de "Fichas" permanezcan al margen de los grandes procesos revolucionarios, preservando en sus bolsillos la pureza de la doctrina, como en 1945 o en 1955, si es que no salen a la calle para contribuir a derribar al "gobierno burgués", del brazo de la oligarquía. Esto el señor Peña lo debe saber muy bien. El "internacionalismo abstracto" es la máscara de los social-imperialistas en los países opresores y de los más declarados opresores en los países semicoloniales.

La revista "Fichas" afirma que la "burguesía es contrarrevolucionaria" y propone luchar contra la burguesía (movimiento nacional) y el imperialismo al mismo tiempo. Coloca en un mismo plano al país opresor y al país oprimido. "Aguardar que la burguesía nacional saque al país del atraso para recién después llamar a la clase obrera a la conquista del Poder no es apoyar el desarrollo nacional sino renunciar a él, ya que aparte del proletariado no hay ninguna otra clase capaz de realizar esa tarea. En estas condiciones hablar de 'revolución democrático-burguesa' o de 'revolución nacional' es caminar en el vacío o engañarse conscientemente", afirma en la página 80 el Sr. Peña. Fuera del hecho notable de que un agente de Relaciones Públicas exponga tales ideas, queda en pie el hecho de que fuera del proletariado "no hay ninguna otra clase" interesada en la independencia nacional. En la Argentina, que es nuestra patria, mal que le pese a los "Public Relations", existen otras clases interesadas en el crecimiento económico y en la independencia nacional: existen el proletariado rural, la pequeña burguesía urbana y rural, clase gigante y en muchos sectores empobrecida, los pequeños comerciantes y los pequeños industriales. La inmensa mayoría del país está interesada en la liberación nacional, pero si bien es

indiscutible que sólo el proletariado puede conducir a esas masas, no es menos cierto que el proletariado librado a sus solas fuerzas no puede realizar ni la liberación nacional ni por supuesto su liberación social. Para este tipo de cipayos Trotsky afirmó lo siguiente: "Lenin ha escrito centenares de páginas para demostrar la necesidad capital de distinguir las naciones imperialistas de las colonias y semicolonias, que constituyen la mayor parte de la humanidad. Hablar de "derrotismo revolucionario" en general sin distinguir entre países opresores y oprimidos es hacer del bolcheviquismo una caricatura grotesca y miserable y poner esta caricatura al servicio del imperialismo" [1]

La estadística yanqui o la mentira como ciencia

La "sociología" norteamericana ha impuesto en el pequeño mundo de sus imitadores internacionales un método estadístico para miniaturistas destinados a fragmentar la sociedad global. De este modo se cierran la posibilidad de descubrir sus contradicciones y conservan su bien remunerados empleos. La revista "Fichas" se aplica dócilmente a utilizar dicho método. Su propósito declarado es inventariar la ausencia de contradicciones entre las clases dominantes de la Argentina y la absoluta fusión de ellas con el imperialismo. Esta burda operación se realiza en varias etapas. La primera de ellas consiste en negar la "movilidad social" en nuestro país. La historia universal es la realización de la idea absoluta para Hegel, y para Marx es la historia de la lucha de clases. Nunca la historia del mundo ha sido tan convulsiva como en nuestra época, en la que agoniza el capitalismo y los pueblos, las clases y los regímenes sociales y políticas se

desplazan en luchas grandiosas. Para la revista "Fichas", sin embargo, todo es estático. Como las cifras son manuables, los cipayos de la revista intentan demostrar con ellas dicha tesis. Con la ayuda inapreciable de la Guía de Sociedades Anónimas ofrecen las pruebas. Es conocido el hecho de que dicha Guía no persigue un propósito científico, sino que está destinado a las agencias de publicidad, a los agentes de Relaciones Públicas a caza de nuevos clientes y otros menesteres semejantes. Por esa razón incluye en sus páginas a todas las empresas que radicadas en el país se rigen por el sistema jurídico de acciones. Dicha Guía contiene, pues, compañías comerciales, intermediarios, industrias importantes, grandes tiendas, agrícolas-ganaderas, de transportes y hasta agencias de propaganda, que como se sabe, venden ilusiones. Esto último tampoco lo ignora el señor Peña, pues justamente es su oficio.

Con ese sapiente breviario en la mano la revista "Fichas" sostiene que no ha existido entre 1946 y 1960 "movilidad social", o sea el desplazamiento de individuos de una clase social a otra más elevada en la esfera de la industria. En otras palabras, dicha revista se proponía demostrar que la "burguesía industrial" carece de existencia y que los principales directores de Sociedades Anónimas industriales son en la actualidad básicamente los mismos que existían en la gran industria en 1946. Es fácil inferir que también la revista indicada pretende señalar que el peronismo no promovió la industrialización argentina, lo que se indicará explícitamente con la misma autoridad científica en otra parte de la regocijante publicación.

Pero los números empleados por estas manos indiestras juegan una mala pasada a sus manipuladores. Ellos demuestran sin dejar lugar a dudas, que la "movilidad social" de ese período constituyó una realidad aplastante.

Cabe advertir al lector que el "inconsciente" de los "investiga-

dores" de la revista "Fichas" ha trabajado más certeramente que su máquina calculadora: para designar a los directores de las Sociedades Anónimas industriales de antiguo arraigo (imperialistas) emplea el vocablo "clásicos" y para aquellos dirigentes de la industria incorporados a la actividad económica después de 1946, utiliza la palabra "advenedizos". No otro es el criterio oligárquico para designar a los recientes ricos de la "nueva clase", lo que psicológicamente implica una involuntaria confesión que desmiente la propia tesis sobre la identificación entre terratenientes e industriales, dentro de la mejor tradición de los actos fallidos freudianos.

Pero veamos las cifras de los cipayos: sobre 743 directivos hay 165 "clásicos", 97 "dudosos" y 482 "advenedizos". La revista "Fichas" considera "dudosos" a "aquellos directores que en razón de sus apellidos (González, García, etc.) resultaron de difícil identificación dentro de aquí y ahora del trabajo" Los Gonzáles y Garcías que son de "difícil identificación" no pertenecen evidentemente a la cohorte de directores "clásicos" de las grandes Sociedades Anónimas anteriores a 1946, bien conocidos por la Guía y por la revista "Fichas". Son apellidos típicos de la pequeña burguesía argentina que ascendía verticalmente hacia puestos directivos de la industria. Estos "investigadores de mercado" están por lo visto más familiarizados con los Parsons y Packard que con los García. Sólo a un cipayo en estado de beatitud perfecta se le puede ocurrir la idea de realizar una "investigación" para saber quién es García. Resulta concebible que al terminar esa encuesta, se encuentre acometido de una estadística perplejidad.

En resumen, esto obliga a sumar los 97 "dudosos" a los 482 "advenedizos". El resultado aritmético es : 165 empresarios de

la década pre-peronista y 579 "seudo-industriales", como diría nuestro seudo-investigador. La tesis le ha estallado entre las manos. Como dice el proverbio gaucho, el mal enlazador se enreda en su propio lazo.

Se trata de un solo ejemplo de la solvencia intelectual de la revista "Fichas". Pero toda la publicación cipaya se funda en esos sólidos cimientos.

Industria nacional e industria extranjera

La revista "Fichas" y su solitario redactor finjen considerar que la industria argentina sólo puede concebirse bajo la forma de Sociedad Anónima. ¡Qué honestidad científica! Dejan a un lado sigilosamente a las Sociedades de Responsabilidad Limitada, que es la forma jurídica adoptada en nuestro país para favorecer la organización de la pequeña o mediana empresa y a cuyas estipulaciones se acogieron miles de talleres y fábricas en el período que horroriza al Sr. Peña y sus mandantes y que apenas osan mencionar. Esos talleres, que la revista llama despectivamente "artesanales", si habían sido ya excluidos de sus relevamientos por el Censo Industrial de 1941, también son ignorados por el señor Peña. Pero se ve obligado a confesar que constituyen "el 90 % de los establecimientos y un 20 % de los obreros", lo que deja al margen de sus elucubraciones a casi un cuarto de millón de obreros argentinos. En un país semi-colonial, cuesta cierto esfuerzo tener que repetirlo, decenas de miles de pequeños y medianos industriales, que emplean entre 200.000 y 250.000 obreros, constituyen precisamente uno de los focos más peculiares de la "burguesía industrial" aborrecida por este agente extranjero, que considera "advenedizo" a todo industrial argentino y "clásico" a todo industrial imperialista. De un modo absolutamente típico, esos talleres forman parte del rudimentario capitalismo de un país atrasado. Las deficiencias de la información estadística (que entre otras cosas

permite la manipulación inescrupulosa de cifras por estos "investigadores de mercado") impiden que pueda contarse con guarismos actualizados. Una estadística completa ampliaría considerablemente su número e importancia: son legión los talleres que no pagan réditos y escapan a todo control. La recomposición de estadísticas sobre base de diversas fuentes, de años distintos, de pesos de valor diferente, ha dado nacimiento a un arte que más se vincula con la ficción literaria que con la investigación responsable. Sus resultados están a la vista.

Las cifras no dicen nada por sí mismas. La propia revista "Fichas" lo demuestra amputando de la industria nacional un cuarto de millón de obreros. Pero estas conclusiones se derivan del pensamiento político fundamental que guía la penosa recopilación.

La industria de capital argentino, así como la industria argentina de capital extranjero, forman parte del aparato productivo del país. Emplean proletariado nacional, se enfrentan entre sí por la tendencia monopolista del capital extranjero a dominar el mercado interior y se distinguen por las diferentes bases financieras de su política. Mientras que la industria de capital extranjero cuenta con sus propios bancos y puede soportar una acción de "dumping" o los períodos de receso del mercado consumidor, la industria de capital nacional depende fundamentalmente de los bancos oficiales, es decir del Estado. Las consecuencias de la caída de Perón en 1955 se hicieron sentir agudamente en este problema. A menos que se ignore la realidad del país y se suspenda por un momento la lectura del "Times", este hecho es de tal notoriedad que hasta la revista "Fichas" podría conocerlo.

La dependencia de la industria argentina del exterior, que apunta triunfalmente la revista "Fichas" es la demostración del carácter atrasado del país. Las importaciones no han hecho sino crecer, pero se ha modificado con la industrialización su carácter.

En lugar de importar artículos de consumo, el país importa del exterior bienes de capitales, equipos, materias primas industriales. Antes de considerar esta transformación cualitativa como una prueba de la capacidad de maniobra que adquiere un país semicolonial frente a sus antiguos proveedores, la revista citada la juzga como una manifestación de que las grandes empresas imperialistas "ven complacidas la pseudo industrialización porque ella origina una creciente demanda de esos productos" (pág. 48). La complacencia del imperialismo por la industrialización argentina se puede medir por la política desarrollada contra Perón durante quince años, por la presencia de los representantes del imperialismo en los gobiernos sucedidos en el país a partir de 1955 y la política económica por ellos practicada. Todo el país conoce los resultados de la "complacencia" imperialista por nuestra industrialización, a la luz del millón de desocupados que la política imperialista ha producido en los últimos años.

"No es posible comprender la industrialización ateniéndose exclusivamente a su contenido económico. Industrialización implica modificaciones en la estructura de la sociedad, ante todo modificaciones de las relaciones de propiedad, expropiación de las viejas clases propietarias y ascenso de nuevas clases al poder", afirma la revista "Fichas" en la pág. 3.

Y ¿cómo sería posible "comprender" la industrialización si no es por medio de su contenido económico? El Sr. Peña ha cometido un desliz, no menos grave que sus anteriores fantasías contables. ¿Querrá decir quizás que la industrialización también puede "comprenderse" por el contexto histórico que la rodea y modela? Tampoco, porque la revista ignora la historia argentina, y la estructura de nuestra sociedad, entre otras cosas que también ignora. En efecto, con un candor un tanto torpe descubre que en los países atrasados la industria se desarrolló de modo distinto que en los países clásicos. Ha oído que en este tipo de países

frecuentemente las formas modernas de la economía industrial no alteran la estructura arcaica del régimen agrario y que se yuxtapone a éste como un elemento diferente, que se inserta en el anacrónico conjunto. Ese fue el caso de la Rusia zarista, que parece conocer la revista "Fichas", también de mentas, (no hay versión en lengua inglesa). La gran industria se instala en el corazón de un Imperio campesino feudalizado y bárbaro. Algo semejante ocurrió en la China pro-comunista. La revistita ha inflado de aire sus débiles pulmones y de una sola bocanada ha generalizado estos ejemplos, abrazando a la Argentina como ejemplar latinoamericano de "desarrollo combinado". El despertar es cruel, debemos admitirlo.

Todos los estudiantes saben que en nuestro país no hay "cuestión agraria", en el sentido que se da contemporáneamente a esta expresión, o sea que no hay tareas burguesas o capitalistas que realizar en esta esfera. Desde los tiempos de Rosas ya existía el capitalismo agrario. La influencia inglesa propagó el carácter capitalista de la producción agraria a la producción agrícola del Litoral, como forma idónea para exportar masivamente los cereales requeridos por el mercado europeo. Los propietarios de las estancias en el Litoral y sobre todo en la provincia de Buenos Aires son propietarios capitalistas, producen vacas para la exportación o el mercado interno, extraen plusvalía de peones, industrializan sus haciendas en frigoríficos extranjeros o nacionales, y en muchos casos combinan la explotación ganadera con la agrícola, usan tractores y hasta aviones para transportar repuestos de tractores en sus inmensas propiedades. Su poder consiste en la peculiar fertilidad de nuestras praderas, que supera a las de Australia y que mediante la renta diferencial ubica a la oligarquía terrateniente argentina en un lugar de privilegio entre sus iguales. Es el sector más parasitario de las clases dominantes argentinas, no porque sea feudal, sino justamente porque extrae su poder de su índole capitalista. El desarrollo industrial del país hasta

hoy no podía por vías burguesas proponerse "expropiar" a la oligarquía. En las condiciones descriptas, sólo el proletariado, pero como una medida socialista, puede trazar esa perspectiva. En consecuencia, la "industrialización de este país no se ha instalado en un medio feudal", como parece soñar la revista "Fichas", sino que ha aparecido en un medio capitalista agrario. La oligarquía no puede ser expropiada por su hermana de sistema, la burguesía industrial, justamente por esa razón. Pero la expropiación de la oligarquía se impone como una necesidad urgente pues fundada en su poder económico se opone a la industrialización del país, que podría modificar no el mercado interior sino la estructura de nuestro comercio exterior, sobre la cual funda la oligarquía ganadera su fuente de ganancias. No hay "ascenso de nuevas clases al poder", dice la revista para explicar por qué no existe "industrialización" en la Argentina, sino seudo-industrialización. Esto nos lleva al problema político e histórico más amplio de las relaciones entre el bonapartismo, la burguesía nativa y el movimiento nacional. Los "investigadores de mercados" tampoco han investigado este tema.

Burguesía nativa, bonapartismo y movimiento nacional

Hemos visto que la industrialización en la Argentina, como fruto de las crisis del imperialismo, es tan genuina como la tontería de muchos de sus detractores. Es un hecho. Los números no pueden sino corroborarlo, por inepta que sea la mano que los esgrime.

Las "nuevas clases" no han ascendido al poder, como pretende el Sr. Peña con indignación, justamente porque la burguesía no asciende sino raramente al poder político. Lo hace generalmente a través de otras fuerzas, que no siempre son burguesas. Ya hemos dado abundantes ejemplos históricos. En la Argentina, como en América Latina, el bonapartismo cumple ese papel. El Ejér-

cito se subroga a la burguesía, especuladora y rapaz, para imprimir al Estado un orientación nacional burguesa. No puede hacerlo sino a través de la movilización de grandes masas populares y proletarias, cuyas aspiraciones de todo orden debe satisfacer en parte. Ese fue el rol histórico del general Perón, apellido que no puede soportar la revista cipaya. La burguesía misma no hizo sino odiar al jefe militar que expandía el capitalismo nacional, pero que debía moverse dentro de esos límites sociales. Esto lo hemos explicado centenares de veces. Lo hacemos una vez más, no para los cipayos incurables, que se nutren de otros recursos de persuación, sino para los jóvenes que nos leen.

Los "sociólogos profesionales" y los "economistas profesionales" que lean la revista "Fichas" buscarán en vano la explicación más importante del problema en sus páginas. El Sr. Peña no parece haber advertido que si la burguesía nacional es muy débil, no todo el capitalismo argentino es privado. Hay un sector muy considerable, impulsado por Perón durante esos doce años de gobierno, que debe designarse como un "capitalismo de Estado". Por la importancia política y económica de este sector, puede medirse el papel que juega en los países atrasados el aparato del Estado como instrumento de crecimiento económico y de resistencia al capital imperialista. Lo encabeza la Dirección de Fabricaciones Militares, que dirige la construcción de la industria pesada, de acuerdo al Plan Savio. Los altos hornos de San Nicolás, de Zapala, el carbón de Río Turbio (actualmente paralizado), las empresas nacionalizadas del transporte, comunicaciones, YPF, etc., etc., indican que en nuestro país, como en la Inglaterra del siglo XVII, después de la revolución de Cromwell y del Acta de Navegación, el Estado intentó convertirse, con el apoyo del movimiento nacional, en el principal propulsor del capitalismo. La burguesía industrial creció a su sombra y lo apuñaló cuando pudo hacerlo.

Ahora sufre las consecuencias de su imbecilidad.

La oligarquía, defensora de la industria y el peronismo, su enemigo

El inefable "investigador" es un inveterado coleccionista de curiosidades "sociológicas". Estas notas se han hecho demasiado extensas como para permitirnos examinar las perlas falsas una por una. Sólo mencionaremos la que sostiene la identidad de intereses entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial. La otra, es que la primera impulsó el desarrollo industrial durante la "década infame", a través de Justo y Pinedo, mientras que el régimen de Perón se distinguió por la declinación de la industria. El gobierno ganadero defiende la industria y el gobierno industrialista la sume en la decadencia! Como la pura enunciación de estadísticas nada evidencia, puesto que la política es la "expresión concentrada de la economía", según Lenin, se impone dilucidar brevemente la impostura de este cipayo profesional. La crisis de 1930 redujo drásticamente el valor de las exportaciones agropecuarias. Los gobiernos oligárquicos de Uriburu y Justo se encontraron con un presupuesto insignificante de divisas. Enfrentaron la crisis no con un criterio "liberal" sino con una política "dirigista". La oligarquía utilizó el Estado para su propia protección; estableció un 10 % de adicional aduanero para restringir importaciones que no podía pagar, cortó en redondo la inmigración europea y financió con los bancos estatales su propia quiebra. Esta política originó un desenvolvimiento industrial considerable, como cabía esperar. La oligarquía, a través de sus diversos órganos, no fue indiferente a este desarrollo, que contribuía a mantener activa la economía general en un período de crisis agraria. Pero cuando los precios agrarios comenzaron nuevamente a subir en el mercado mundial, por la atenuación de la crisis y la proximidad de la guerra imperialista, la oligarquía renovó su aversión a la industrialización, justamente al restablecerse la ecuación estancia-fábrica con Gran Bretaña.

La política de la época ilustra bien estas vicisitudes del "industrialismo" de la oligarquía, que sólo cipayos como el Sr. Peña han podido calificar como una orientación orgánica de los terratenientes pero se cuida muy bien de explicar.

En cuanto al hecho de que "la ocupación industrial creció varias veces más" bajo el régimen de Justo que "bajo el gobierno del general Perón —llamado de la burguesía industrial" no hace sino demostrar que el proceso histórico argentino es para la revista "Fichas" un misterio total. Es justamente porque en el país, a raíz de la crisis del 30, se había producido un importante crecimiento industrial, que se explica la aparición del peronismo. Expresión política de ese nuevo ciclo de la economía nacional, Perón fue a su vez un agente propulsor de la industrialización, primero de la industria liviana y luego de la industria pesada. Invirtió para esos fines las divisas acumuladas por la guerra —no siempre con el criterio más acertado— y echó las bases de la siderurgia. La declinación que se observa desde 1948 obedece a la escasa capitalización nacional, propia de todos los países atrasados y que había encontrado en las reservas de la postguerra su primer apoyo. Para realizar el proceso de acumulación sin interrupciones sólo podía orientarse la política económica sobre la perspectiva de la expropiación de la oligarquía y la planificación de los recursos nacionales, pero ese era el extremo límite del movimiento nacional burgués. La idealización de la oligarquía por la revista "Fichas" sólo persigue el propósito de ocultar la progresividad histórica del peronismo. Tal es la tesis de los cipayos. A lo dicho cabría agregar que la investigación realizada por el Prof. José Luis de Imaz con el título de *La clase alta de Buenos Aires* demuestra que en la llamada oligarquía porteña y bonaerense "el 56 % percibía ingresos provenientes de la renta de la tierra y el 12,8 % de la actividad industrial". La separación económica, social y psicológica entre ambos sectores no es menos evidente. Imaz advierte en su trabajo sobre el hecho de que en su encuesta a miembros de la oligarquía, sólo 36 figuraban "participando en los directorios o actuando como síndicos de sociedades anónimas. En ese total sólo se han computado las sociedades de capital nacional, no aquellas meras sufragáneas de las extranjeras ni sus representantes" (pág. 20). Pero al mismo tiempo señala que esa vinculación con la industria, extraída de la "Guía del accionista" "está expuesta a varios peligros. El primero, que la presencia de muchas de estas personas es más nominal que real, al sólo efecto, en algunos casos, de prestigiar con su nombre a la empresa interesada... El segundo grave peligro consiste en que dentro del total están incluidas también las sociedades de tipo agropecuario. Tampoco las restantes sociedades son todas industriales, ya que, aunque en minoría, también las hay comerciales y de tipo mixto". Agrega lo siguiente, que dedicamos piadosamente a la revista "Fichas": "Tal como surgen los datos de la Guía de Sociedades Anónimas es imposible discriminar rubros". Como el Profesor Imaz es un sociólogo profesional mientras que la revista "Fichas" pertenece a investigadores comerciales de mercado, la autoridad respectiva en materia de encuestas no ofrece dudas.

Frente único de cipayos y chacareros

Ofrecemos al paciente lector la última perla de la muestra. La revista analizada señala la Unión Industrial Argentina como la entidad representativa de la burguesía industrial. Todo el mundo familiarizado con la política y la economía argentinas sabe muy bien que la UIA reune las empresas de capital imperialista o derivadas del agro, protegidas dentro del sistema imperial-oligárquico y cuya representatividad puede medirse por el simple hecho de que reune entre sus asociados a fabricantes e importadores de un mismo producto. Pero además de incluir a

la UIA como representantes de los industriales argentinos, que significa lo mismo que aludir al Partido de Nicolás Repetto como expresión del pensamiento marxista, la graciosa revista de marras expone sus ideas sobre los chacareros de la pampa gringa. Como era lógico esperar, la revista "Fichas" no buscó estas ideas en la Argentina sino en el mundo anglosajón. Fundándose en el señor Carl C. Taylor la revista "Fichas" dice: "Indiquemos tan sólo que el latifundio priva al chacarero de todo interés en construir una vivienda costosa sobre la tierra que no es suya. Por eso el elemento más débil en el nivel de vida rural de la Argentina es la vivienda, lo que se debe principalmente al latifundio" (pág. 63). Toda la bibliografía conocida, pensada y escrita en nuestro país, es suplantada por este autor, que ha procedido para conocer la vida rural del país con los mismos métodos que su ligero discípulo. ¿Quién ignora entre nosotros que cuando el chacarero no es propietario de la tierra sino su arrendatario, compra casa en el pueblo? Afirma la misma revista que el chacarero vive aislado entre sí: "Este aislamiento bárbaro de la población rural argentina incide para restringir el mercado interno de la industria nacional". La existencia de un mercado interno para la industria no está determinada por el "aislamiento" del chacarero, propio de la vida rural, sino por su condición de siervo de la gleba o productor capitalista, es decir, por su apartamiento o vinculación con la economía monetaria. Para que no quede duda alguna sobre su ignorancia de los hechos más elementales, la estadística revista "Fichas" afirma que la burguesía industrial aprovecha la existencia del latifundio, pues aunque reduce su mercado interno, le permite obtener mano de obra barata para sus fábricas. Las torpezas se acumulan aquí en cantidad imposible de enumerar. Léase: "Desde entonces, el latifundio siguió abasteciendo a la industria con la fuerza de trabajo barata de los chacareros arruinados y empobrecidos que emigraban al Gran Buenos Aires. Durante la última guerra mundial, el chacarero

vivió al borde de la miseria, en momentos en que no se exportaban sus productos, vegetando gracias al programa gubernamental de adquisición de las cosechas, elaborando para mantener el valor de la renta agraria . . . En consecuencia, durante todo el período de la guerra los chacareros se volcaron sobre el Gran Buenos Aires, facilitando a la industria la mano de obra barata que necesitaba para elevar la cuota de ganancia de sus capitalistas" (pág. 63). ¡Es el viejo cretinismo agrario de los socialistas, de "La Nación" y de la oligarquía ganadera! El pequeño burgués urbano que en 1945 derramaba lágrimas de cocodrilo por los escuálidos chacareros arruinados por el peronismo, renace en la revista "Fichas" para recoger tales detritus "ideológicos", que nadie creía ni en 1945. Es preciso desconocer totalmente la realidad argentina para proferir tales tonterías. Los cipayos de la revista "Fichas" ni mencionan al peón rural o al obrero agrícola, que fue quien realmente se volcó al Gran Buenos Aires, elevando así los jornales de sus compañeros que permanecían en el campo. Además, no fueron los peones o jornaleros con trabajo los que venían a la industria de la Capital, sino aquellos muchachos desocupados en las orillas de los pueblos rurales, que vivían de changas miserables y que ya no podían ser absorbidos por las faenas agrícolas. Ningún chacarero vino a Buenos Aires en esa época, como no fuera para escuchar "Il Barbero" en el Colón. ¡La razón era tan simple! Si eran "felices propietarios" de su tierra, triplicaron sus ganancias con los altos precios de la guerra, y si eran "arrendatarios", aprovecharon la congelación de los arrendamientos dictada por el gobierno militar en 1944. Por otra parte, el Estatuto del Peón impuesto por Perón, les obligó a dar sueldo regular y cama decente al peón criollo hasta entonces humillado y explotado en la chacra, como su hermana lo era en el servicio doméstico de la ciudad. Pero al imponerse por vía militar un Estatuto del Peón, el chacarero que hasta ese mo-

mento sólo trabajaba la cosecha fina y holgaba el resto del año, se vio obligado a utilizar la mano de obra cuya mensualización le exigía el Estatuto. Así fue como diversificó su producción, y trabajó todo el año para aprovechar al jornalero. Sembró no sólo trigo, sino avena, alternando los cultivos, e hizo algo de tambo y hasta ganadería. En otras palabras, acentuó su enriquecimiento durante la guerra, gracias al Estatuto del Peón, que maldijo en voz baja, y a la congelación de Arrendamientos, que no pudo sino aclamar.

¿Los viejos cipayos andan buscando criar cipayos nuevos? La revista "Fichas" miente con una impudicia solo comparable a "La Nación". ¿De modo que durante la última guerra "no se exportaban sus productos" y por eso el chacarero estaba "arruinado"? El Señor Milcíades Peña, que solo lee en inglés las sonseras que traduce, ¿no sabe leer los archivos de los diarios, al menos? ¿No ha oído hablar de las "libras congeladas" en Gran Bretaña? ¿Alguien ignora en nuestro país que esos fondos congelados en Inglaterra era el fruto de las exportaciones argentinas de carne y cereales, que atravesaban el bloqueo marítimo?

¿Para qué seguir? Este teórico de la industria imperialista de la oligarquía industrializadora, del industrial "clásico" y del chacarero arruinado, no da para más. En la última página de su cómico y algo envejecido opúsculo propone un gobierno de obreros... y chacareros. Será difícil que los chacareros se encuentren de acuerdo con tan ambiciosa postulación. Deberían abandonar en tan honrosa circunstancia la actividad usuraria a la que actualmente se consagran con pasión y los $ 15.000 promedio que sacan hoy por hectárea sembrada. Los teóricos de chacra deberán buscar otros candidatos más "arruinados" para sus aventuras estadísticas.

Donde el fin es sólo el principio

Las páginas leídas hasta aquí fueron escritas "al correr de la pluma" en los últimos diez años. Reclamo la benevolencia del lector por las imperfecciones de forma y las reiteraciones propias del género. En cuanto a las ideas expuestas, constituyen el "leiv motiv" de la política sostenida por el autor desde su juventud. El título del volumen se explica si se considera que todo el sentido de mi labor hasta hoy ha consistido en contribuir, en la medida de mis fuerzas, a la construcción de un partido revolucionario de la clase obrera argentina.

Iniciamos esa lucha hace un cuarto de siglo. En esa época era frecuente en nuestras filas decir que luchábamos "contra la corriente". Algunas hojas de esos años hasta recogían dicha expresión como fórmula desafiante de los escasos revolucionarios que enfrentaban solos a los apóstatas del socialismo. El espíritu de la "izquierda rosa", una aleación repugnante de liberalismo, stalinismo y rooseveltismo. El símbolo del "período rosa" fueron los Procesos de Moscú, en el orden internacional. Los abogados del Rey inglés y los políticos liberales como Lisandro de la Torre, bendecían las farsas jurídicas que exterminaban a los últimos revolucionarios de Octubre. En nuestro país, esa época se manifestaba en la creación del Frente Popular y recibía el nombre de "década infame". La cipayería se unía aquí, y fuera de aquí, en una sagrada alianza contra la independencia nacional y contra el marxismo revolucionario.

El puñado de jóvenes que procedíamos de la Oposición de Izquierda, nacida en la Unión Soviética después de la muerte de Lenin, entre quienes me encontraba, luchó en completa soledad y salvó el honor del pensamiento marxista en esas tristes horas. Una de nuestras revistas enarbolaba orgullosamente estas palabras de Goethe: *Quien en épocas inciertas tiene el espíritu*

incierto, multiplica el mal y lo agrava cada vez más. Pero quien mantiene una idea firmemente, crea un mundo nuevo.

El movimiento obrero internacional estaba agobiado bajo los golpes de una reacción constante y las traiciones sistemáticas del stalinismo. La pequeña burguesía, a su vez, encontraba muy de su gusto el frente común entre el imperialismo y la burocracia soviética, que le permitía asumir un tinte "izquierdista", sin romper con los bandidos colonialistas. Roosevelt, León Blum y Stalin encarnaban ese confortable izquierdismo.

Por nuestra parte, estuvimos contra la política del Frente Popular de 1936-1939, que subordinaba en América Latina la lucha contra el imperialismo, a la lucha contra el fascismo. Del mismo modo, luchamos contra la guerra imperialista entre 1939 y 1945, celebrada por las izquierdas cipayas como una "guerra por la democracia". Nos opusimos a la exigencia socialista y stalinista de que los argentinos derramaran su sangre en los campos de la dulce Francia. Estos puntos de vista no eran recibidos con agrado; se nos retribuía con las fórmulas habituales: "agentes policiales" o "trotskystas provocadores". La imaginación de los cipayos no daba para más. Estaban educados para recibir órdenes, no para elaborar respuestas teóricas.

En 1945 nuestro movimiento asumió posiciones todavía más atrevidas, ante el horror sin nombre de la cipayería de izquierda. Saludamos las huelgas generales del 17 y 18 de octubre como la primera manifestación moderna del proletariado en la política nacional. No nos importaban los símbolos exteriores y los jefes que el proletariado se daba en ese gigantesco despertar.

Con el 17 de octubre terminaba la "década infame" y el "período rosa". Desde 1945 hasta 1955 sostuvimos la histórica progresividad del peronismo bajo su doble aspecto: como primera experiencia política del nuevo proletariado y como movimiento nacionalista burgués defensivo ante el imperialismo extranjero.

Desde 1955 hasta hoy, continuamos esta lucha en los términos que el lector habrá encontrado sintetizados en este libro.

Tales son los orígenes históricos del Socialismo de la Izquierda Nacional. Los avances y repliegues políticos de ese largo período constituirían la materia de todo un volumen. El proceso histórico está lejos de confirmar la perspectiva lineal y acumulativa de las quimeras positivistas. Bastará indicar por ahora que defendimos desde "Lucha Obrera", en 1955, las conquistas nacionales del proletariado del 45 ante la oligarquía resurrecta; que desde 1962 colaboramos en la fundación del *Partido Socialista de la Izquierda Nacional*, bajo cuyas banderas militamos. Es un largo y áspero trayecto.

El Socialismo de la Izquierda Nacional es una primera cristalización de esa ardua lucha teórica y política. Con fines de elemental justicia histórica, diremos que la trayectoria de la Izquierda Nacional arranca desde las vísperas de la segunda guerra mundial. Sus publicaciones fueron: "Inicial", "Frente Obrero", "Octubre", "Izquierda", "Política", "Izquierda Nacional". Sus hombres escribieron el conjunto de ensayos y obras más importantes en la historia del pensamiento marxista de este país, cimiento inconmovible para una lucha revolucionaria victoriosa.

Nuestro movimiento se acredita así como la tendencia marxista más coherente aparecida en la época del proletariado industrial. Es su expresión teórica misma y será, no lo dudamos, su próxima expresión política. El análisis marxista del peronismo y de sus peculiaridades bonapartistas; la naturaleza del ejército en América Latina; la renovación socialista de la historia argentina; la caracterización de la cultura semi-colonial; la significación de la Argentina como provincia de la nación latinoamericana, tales son, entre otros temas fundamentales, los aportes que la Izquierda Nacional ha ofrecido para una inteligencia totalizadora del país.

Marx observaba que el proletariado anuncia su inevitable triun-

ío por medio de grandes batallas intelectuales. Estas batallas se han librado en toda la línea. Resulta más patética su victoria a la luz de la petrificación de las viejas formaciones cipayas, tan sobrevividas como el país agrario que las trajo al mundo. La lucha por un partido revolucionario ha dejado de ser una perspectiva. La Izquierda Nacional está en marcha.

Setiembre de 1964.

INDICE